

Un thriller, un drama, una historia.

EL GRITO DE LAS MARIPOSAS

———— **RAFAEL SOLER** ————



Contenido

[EL GRITO DE LAS MARIPOSAS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[Carta al lector](#)

[Libros de este autor](#)

PRIMERA EDICIÓN: mayo 2020
Título: El grito de las mariposas
Diseño de la portada: Rafael Soler Molpeceres
Maquetación y corrección: Rafael Soler Molpeceres

Autor: Rafael Soler Molpeceres
ISBN 9798643981572
IMPRESIÓN: bajo demanda por Amazon
Copyright: © Rafael Soler Molpeceres
Fecha de registro: 06 de Mayo del 2020
Licencia: todos los derechos reservados.

EL GRITO DE LAS MARIPOSAS

Una novela de Rafael Soler Molpeceres.

PRÓLOGO

Era un caluroso día de verano, de los que en la costa mediterránea se dice de auténtico bochorno, el aire quemaba sus mejillas, el poniente soplaba con fuerza, el sol, una auténtica tortura.

Martin había elegido un mal día para una de sus largas rutas en bicicleta. Consternado por la imagen, que había vivido minutos atrás, sólo pensaba en refugiarse en el pueblo más cercano.

La batería del móvil, que apenas tenía un 2% de su capacidad, y la falta de cobertura hizo que optara por apagar su Iphone para una llamada al servicio de emergencias. Tal vez en lo alto de la colina, que asomaba al final de la carretera, llegara la señal de algún repetidor cercano. En su maillot tenía media barrita de cereales y tan solo una cuarta parte de agua en su bidón.

La situación no pintaba bien, pero no podía volver por donde vino. Aprovechó una pequeña bajada para acelerar con su fiel amiga, una Orbea de 29 pulgadas que le había acompañado en cientos de rutas.

El corazón se le salía por la boca, incluso notaba el sabor a sangre de la lengua. Ya no sentía el calor, ni tan siquiera le molestaba el resol en los ojos, a pesar de su sensible color azul topacio. La adrenalina estaba disparada, tan solo pensaba en huir, al mismo tiempo que oía como gritaban;

—¡Martin, Martin, espera!

Llegó al final del camino asfaltado, el cortafuegos pasó a convertirse en un estrecho sendero que ascendía a un pequeño monte, desde lo alto, probaría llamar a emergencias. La estrechez del camino, las piedras y los surcos que habían dejado las lluvias de mayo complicaban el ascenso.

A lo lejos se oía el ruido de un motor, parecía acercarse, no había tiempo que perder, tras un par de resbalones de la rueda trasera, decidió dejar su Mountain Bike para subir a pie. Antes de emprender su camino hacia arriba, revisó una pequeña bolsa de herramientas que tenía bajo el sillín, normalmente llevaba una pequeña navaja, una herramienta multifunción, de esas que venden en cualquier centro comercial en la sección de bicicletas, y un kit repara pinchazos. Ese día, la navaja no estaba, en cuestión de un segundo, recordó como el día anterior la había colocado en la bolsa de la playa ¡Mierda! pensó al tiempo que seguía haciéndose reproches, todo el mundo me lo decía “un día vas a tener un percance por ahí tu sólo. ¿Por qué no te apuntas a algún club? por lo menos irías acompañado”, retumbaba la voz de su madre en una cabeza sin hueco para más clamores.

Lo que en un principio parecía la huida más rápida, resultó ser una auténtica odisea, los 41°C, la fatiga y el terreno parecía reírse de él.

La rigidez de las botas de ciclismo, no estaban hechas para la montaña, pronto, los 75km que llevaba a la espalda y el calor sofocante de aquella tarde empezaron a hacer mella ¡a qué mala hora no me apunté al club de ciclismo!

Por la cabeza de Martin se le pasaban preguntas de todo tipo mientras ascendía por la ladera.

El cuerpo cada vez parecía más pesado, las calas patinaban sobre las piedras que sobresalían, pegó un pequeño sorbo de agua y continuó el ascenso.

Desde la cima pudo ver como llegaba la vieja furgoneta blanca al final del camino, exhausto por el esfuerzo decidió probar suerte con el teléfono, pero fue en vano, seguía sin

cobertura. Tan sólo tenía dos opciones, adentrarse en las montañas o hacer frente a la situación, sin tener del todo claro a qué clase de monstruo se enfrentaba.

Mientras barajaba toda clase de posibilidades, decidió reponer al máximo las fuerzas. “Si me como la media barrita que me queda, llenaré los músculos de hidratos, necesito energía rápida”, se decía para sí mismo. Miró lo que le quedaba de agua y de un trago se la bebió “¿de qué me sirve la energía si por efecto de la deshidratación empiezo a marearme?” se preguntaba para convencerse de que hacía bien.

Calculó que le sacaría unos 15 minutos de ventaja, tiempo que le había costado subir.

¡Bien, vamos a seguir, venga Martin! se decía una y otra vez intentando motivarse, “seguro que en la siguiente montaña encuentras un camino que enlace hacia abajo, dirección al canal del Júcar”. Si llegaba hasta allí, estaría salvado, podría pedir ayuda.

CAPÍTULO 1

El Boeing 714XT llevaba un retraso de 20 minutos. Luís, esperaba en la puerta de llegadas internacionales de Manises. Estaba nervioso, miraba su reloj una y otra vez mientras se preguntaba ¿se habrá echado para atrás?

Estaba todo preparado, llevaba meses chateando con Isabella, lo que empezó siendo una breve charla con intención de mejorar su inglés se convirtió en algo más que una amistad, tantas confidencias habían despertado un extraño sentimiento entre ambos.

Eran las 23,25 cuando, tras la puerta de llegadas, podía verse, al fondo de aquel pasillo iluminado a media luz, la silueta de Isabella. La reconoció enseguida, esos ojos manchados de rímel la delataban. Iba cargada con una mochila a la espalda, el equipaje de mano y un niño al brazo medio dormido. Al lado, sin despegarse de su madre, Daniela, con el mismo color azul intenso que su hermano.

Su mirada inocente y tierna, se le quedaría marcada a Luís durante mucho tiempo.

Empujaba una maleta de piel marrón, casi más grande que ella, apenas podía verse tras ella.

—Hola Isabella —dijo Luís.

—Bienvenida a tu nueva casa.

Con un fuerte, pero tierno acento alemán, le pidió que le ayudara con el niño.

—Estoy agotada, ha sido un día muy duro.

Los 4 se dirigieron hacia el parking, allí les esperaba el Corsa de Luís. Martín apenas hablaba, a sus 4 años, se le veía un niño introvertido, lleno de miedos. Preguntó a su madre...

—¿Ya hemos llegado?

—Sí, cariño —respondió con la ternura que sólo una madre es capaz de inspirar.

—Ahora duerme un poco más que nos espera un largo trayecto hasta Tortosa.

Tras colocar todo el equipaje en el maletero y el hueco que quedaba en la parte trasera del vehículo, arrancó el coche. Se podía respirar cierta tensión en el interior, no era lo mismo sentarse frente la pantalla del ordenador y empezar a escribir que estar allí sentados, el uno al lado del otro, tan sólo unos centímetros les separaban.

Luís no sabía muy bien qué decir, sabía que la decisión había sido dura, además, no estaban solos, aunque el niño no sabía castellano, la niña llevaba 3 años de clases de español.

—Esperaré a mañana —pensó, entretanto se limitó a comentar planes para el día siguiente.

—Ya veréis que bonito, os va a encantar el castillo de Peñíscola, por la tarde daremos un paseo por el pueblo y veremos el atardecer desde lo alto del castillo templario.

Pasando el viejo seminario de Tortosa, se desviaron hacia la derecha, la urbanización parecía un laberinto, tras un serpenteo de caminos, cruzaron una rotonda y a tan sólo unos 400m llegaron a su destino.

Isabella quedó maravillada con la casa, regentando un bar de carretera, en su país era inconcebible vivir en un chalet así, definitivamente, venir a España había sido una decisión acertada, su sol, su gente, su cultura, sin ninguna duda, aquí sabían disfrutar mejor de la vida.

La noche duró poco, los primeros rayos de sol atravesaban las persianas de la habitación, pronto Martín saltó sobre su madre, lleno de energía, su hermana le recriminó hacer tanto ruido, Daniela, no se hubiera levantado de la cama en todo el día, su cabeza necesitaba asimilar todos los cambios que había sufrido en tan poco tiempo.

Sin entender muy bien qué sucedía, sabía que no estaban allí de vacaciones como le había dicho su madre, con 12 años, no alcanzaba a comprender la magnitud de los acontecimientos, se sabe si te están ocultando algo o no, y algo raro estaba sucediendo.

Al oír que estaban despiertos, Luis se acercó hacia el dormitorio donde habían pasado la noche, se sentó en la cama junto a ellos y preguntó

—¿Qué tal habéis descansado?

Isabella respondió

—A mí, me costó bastante conciliar el sueño, pero por lo que se ve, los críos han cargado las pilas.

Hacía tiempo que Isabella no veía tan contentos a sus hijos.

Luis, movido por la magia del momento, se sentó al borde de la cama, cogió al pequeño del brazo haciéndole cosquillas, en seguida, Daniela quiso participar en el juego y se unió, fueron unos minutos, un efímero instante, pero suficiente para alegrar durante todo el día a Isabella, por fin parecían una familia.

—Tengo que dejaros, en la mesita del recibidor os he dejado una copia de las llaves, la nevera está llena, disculpad que no os haya preparado nada para desayunar, tengo que irme, llego tarde y seguro que ya hay gente en el bar esperando a que abra hay clientes que no perdonan su carajillo de las 7.

Y con un guiño de ojos, salió por la puerta.

Aquel 19 de junio era el inicio de una nueva vida para Isabella y sus pequeños.

En Austria, cuando todavía no había cumplido los 17 años se enamoró perdidamente de un finlandés bohemio, que había obtenido una beca para estudiar en el Joseph Haydn Konservatorium.

Andersson tenía el don de tocar prácticamente cualquier instrumento. Desde muy niño, había aprendido solfeo, prácticamente al mismo tiempo que aprendía a leer.

Sus padres, al ver de sus capacidades empezaron a exigirle cada vez más, lo llevaron a clases de piano, violín, tal vez, por esa exigencia Andersson fue adquiriendo un punto de rebeldía que fue acentuándose a medida que crecía. Durante la adolescencia, quiso dejar los estudios, tan sólo se interesaba en una vieja travesera que había comprado en una casa de empeños y sacarse unos cuantos marcos tocando por las calles.

Sus padres, temiendo que se desviara del camino que le habían designado, decidieron enviarlo interno a estudiar a la capital

A los 23 años no había acabado sus estudios musicales en la escuela politécnica de Helsinki, no por falta de capacidad, sino por falta de disciplina y constancia.

Fueron unos años de fiestas universitarias, primeras borracheras y primeros contactos con drogas blandas. El cambio de pareja, era algo habitual, prácticamente a la semana, el viernes se enamoraba perdidamente de una chica, para el lunes siguiente no recordar ni su nombre.

Neida, su tutora y profesora de fundamentos de composición, lo llamó a su despacho.

—Andersson, no puedes repetir otro curso, eres el alumno con más capacidad que ha pasado por este centro, no malgastes tu vida, todavía estás a tiempo de licenciarte, reacciona por Dios, no nos gustaría tener que expulsar a alguien con tanto talento.

Estas palabras, hicieron replantearse qué quería hacer con su vida, Neida tenía razón, sus palabras resonaban en su cabeza como si de campanas se tratase, expulsión, talento, expulsión, talento...Durante aquella semana estuvo algo atormentado por aquella conversación, llevaba 7 años fuera de casa, el politécnico era su hogar ¿qué iba a hacer si lo expulsaban?

La posibilidad de volver a casa con sus padres le hizo reaccionar.

En el segundo semestre sacó las mejores notas de la escuela, al final lo había conseguido, consiguió licenciarse, pero no sólo eso, sino que sacó 7 matrículas de honor.

El rector de la universidad quiso felicitarlo personalmente —Andersson, enhorabuena por el final de tus estudios, lástima que no sacaras todo tu potencial antes, pero quería hacerte una propuesta, sabemos que puedes dar mucho más de lo que has mostrado en ésta universidad, he solicitado una beca para que hagas el postgrado en un conservatorio de Viena, tal vez, con la disciplina que has mostrado estos último meses, podamos verte en el concierto que retransmiten cada año nuevo, o quién sabe, hasta dirigir la Filarmónica de Viena, eso siempre nos daría un prestigio añadido.

Ambos, con un tono de complicidad echaron a reírse.

Poco tiempo después, Andersson, asomado por la ventanilla de su avión, se despedía de su país, rumbo hacia un nuevo hogar, un prestigioso conservatorio de Viena.

Su llegada fue como la de cualquier joven de su edad, estaba feliz, se sentía plétórico, acababa de cumplir 24 años y estaba a punto de cumplir el sueño de todo joven músico, una oportunidad en la ciudad de la ópera.

Los primeros meses fue un alumno modélico, la rivalidad con sus compañeros parecía tenerlo absorto en un sólo objetivo, tocar en la gran ópera de Viena.

Poco duró su interés, pronto empezó a salir de fiesta por toda la ciudad, lo que empezó siendo una salida para conocer gente y relacionarse, acabó siendo un credo en su día a día.

Empezó a faltar a clases, cada vez se movía por ambientes más turbios, había entrado en una espiral de caos de la cual ya nunca saldría.

Isabella era una chica traviesa e impulsiva, tenía una madurez impropia para su edad. No le atraía lo mismo que al resto de compañeras, cada vez se divertía menos con sus amigas. Mientras ellas fantaseaban con salir con el chico ideal y preparaban el acceso a la universidad, ella soñaba con viajar, con llevar una vida de artista ¿por qué no pintar en Montmartre? Se preguntaba a menudo.

Los sábados solía acudir al mercado de pulgas y exponía al público sus cuadros, así es como sacaba algo de dinero para algún día cumplir su sueño.

Un día se dijo, necesito trabajar ¿cómo voy a ir a París vendiendo un cuadro cada dos, tres meses?

Cogió los ahorros que tenía guardados en una caja de galletas y decidió dirigirse hacia la dirección postal que ponía en un recorte de periódico que había conseguido gracias a Moiller, el chico malo del instituto.

Abrió la puerta y un hombre con aspecto desaliñado, vestido con un pantalón de pijama y una camiseta amarillenta la recibió, en la boca llevaba un cigarro y en la mano una botella de cerveza alemana, su boca desprendía un agrio olor a trigo tostado mezclado con tabaco ¿qué quieres niña? Dijo con voz ronca y entrecortada.

—Necesito un documento de identidad nuevo, tan solo con añadirme un par de años me sirve.

—¿Tienes el dinero?

—Sí, hasta el último chelín.

—Bien —respondió el hombre.

—Pasado mañana al medio día, bajo la parada de metro de RoBauer Lände, verás un chico tocando una travesera, acércate a él y tírale una moneda sobre el sombrero que tendrá depositado en el suelo, dentro verás un pequeño sobre, con disimulo, cógelo cuando la dejes.

—Y recuerda, nunca has estado aquí.

Serían las 11.30 cuando Isabella, con la mirada perdida en el vagón, iba repasando las instrucciones que le habían indicado, por fin podría buscar un trabajo que le permitiese ahorrar, los transeúntes solían pasar de largo su puesto del rastrillo, la gente prefería comprar en puestos con licencia, así se aseguraban que no eran robados.

Absorta en sus pensamientos llegó a la estación, el sonido del cierre de puertas hizo que volviera a la realidad, por poco no me paso de parada, se dijo a sí misma.

Se abrieron las puertas y tal como le había dicho aquel misterioso hombre, allí estaba, de pie, junto un sombrero negro y una especie de macuto extendido en tierra. Era alto, delgado, piel más blanca de lo habitual, ojos claros, rozando el azul celeste. De fondo, como si de arte de magia se tratara, se podía escuchar por toda la estación una dulce melodía, a Isabella, lo primero que le transmitió fue melancolía y tristeza, se acercó hacia él, sabía que no debía establecer contacto alguno, tan solo tirar una moneda y coger discretamente el sobre que había en el interior del sombrero, pero no pudo, hechizada por la música que estaba tocando hizo que se acercase y escuchar detenidamente la canción que tocaba.

Cuando terminó, aquel chico de metro noventa, se agachó y buscó entre una libreta que tenía llena de partituras en el fondo de su bolsa de cuero.

—¿Qué canción es? preguntó Isabella.

—Es el concierto de Aranjuez.

—Es preciosa —respondió Isabella.

—Por un momento me he trasladado a los jardines del palacio imperial de Schönbrunn.

A lo que respondió Andersson...

—Bueno, realmente está inspirada en los jardines del Palacio de Aranjuez, España. Su compositor era ciego y la compuso en memoria de su esposa, se nota cierta melancolía en las notas, se cree que el autor se inspiró en los recuerdos de su juventud, queriendo plasmar la belleza de los paisajes por donde solía pasear con su esposa, ella había sido sus ojos durante muchos años.

Tras estas palabras, la curiosidad de Isabella pudo con ella, y al tiempo que cogía su sobre, invitaba a aquel curioso chico que acababa de conocer a dar un paseo por el parque del Prater.

—Claro, por qué no —dijo Andersson con tono pletórico— estos días de sol tenemos que aprovecharlos.

Tan sólo llevaban unos minutos juntos y la conexión era tal, que parecía que se conocían de años.

Isabella se abrió tanto a su nuevo amigo que, sin darse cuenta, le había contado toda su vida, sus miedos, sus inquietudes, sueños que no había contado a nadie. Sin darse cuenta, aquel desconocido lo sabía todo de ella y ella apenas sabía nada de él.

Tras una larga caminata, llegaron hasta una gran explanada, el césped era salvaje, llevaba meses sin podarse, se sentaron bajo la sombra de un Tilo de hoja pequeña. Andersson sacó del interior de su chaqueta una petaca y una pequeña caja metálica, esas que se utilizan para almacenar el tabaco de liar.

—¿Quieres un trago? Tomate esto —le dijo aquel chico de piel blanquecina,

—Va genial para la creatividad.

Isabella extendió el brazo y sin dudarlo, se tomó aquella cápsula granate junto un largo trago de....

—¡Por Dios! ¿Qué es esto? Parece alcohol puro.

—¡¡¡Agg!!! dijo Isabella sin poder evitar una mueca de aversión hacia aquella bebida.

—Ja, ja —rió Andersson —tranquila, es sólo absenta, la bebida de los grandes genios.

Lo siguiente que recuerda Isabella es aquella última frase, la bebida de los genios.

Todo parecía borroso y confuso.

—¿Dónde estoy? Oh no, pero... ¿qué ha pasado? Por Dios, dime que no ha sucedido.

Isabella, algo aturdida giró su cuerpo hacia la izquierda de la cama, estaba desnuda, miró a su frente y allí estaba Andersson, tumbado boca abajo.

La luz de la calle penetraba en la habitación a través de la persiana veneciana iluminando la blanca piel de Andersson, parece un ángel, se dijo ella.

Con cierto temor a despertarlo, se levantó silenciosamente, se puso su ropa, y volvió rápidamente a la cama.

Durante unos instantes, allí tumbada y en silencio, realizó un ejercicio de introspección que había aprendido en un taller de terapia ocupacional semanas atrás. Su intento por recordar algo más que aquella frase fue inútil.

—Buenas tardes —dijo Andersson.

—Ha sido genial ¿cómo te encuentras?

Isabella no sabía muy bien qué responder. Por un lado, estaba conmocionada, sabía que había perdido la virginidad por otro, se encontraba hechizada bajo el embrujo de aquellos ojos claros.

—Ten, tómate esto, te irá bien para el dolor de cabeza.

Esta vez dudó en tomar otra pastilla.

—Tranquila, es un sólo un ibuprofeno, con un poco de café estarás como nueva.

—Tenemos que hablar, dijo ella en tono serio, claro, dime, qué vamos a hacer si...ya sabes.

—Ya sabes qué —respondió Andersson.

—Tengo 16 años, no hemos tomado ninguna protección ¿entiendes qué quiero decirte?

—Bueno, no te adelantes y disfruta el momento.

Mientras Isabella tomaba el café, Andersson sacó de un cajón de la cocina un pequeño trozo de plata, enrolló un billete haciendo un canuto y con un mechero calentó el papel de aluminio. Dio una gran inspiración y sin quitarse el billete de la boca, dijo

—No me mires así, los egipcios ya fumaban opio —exclamó justificándose.

—Tengo que irme a casa, hace horas que acabaron las clases, mis padres deben estar preocupados, mañana vendré a verte.

Salió del edificio, no sabía muy bien donde estaba, miró el nombre de la calle y anotó en un bloc el número de portal. Siguió una señal que indicaba parada de metro a 200m y se dirigió dirección Wien Mitte, allí haría trasbordo en un autobús que la dejaría en la puerta de su casa.

A la mañana siguiente, Isabella no acudió al apartamento de Andersson, se pasó el día en casa. Su carácter alegre no era el de siempre, estaba apagada y triste. Su cabeza se había llenado de preocupaciones, esperaré unos días y me haré la prueba, pensó.

—Isabella, qué te pasa —preguntó Mariam.

—Nada mamá, cosas mías.

—Hija, tu padre y yo lo hemos hablado, no queremos retenerte, sabemos que quieres trabajar fuera pintando cuadros, en tres meses cumples 17 años, de qué nos sirve retenerte un año si al siguiente te vas a ir. Te hemos educado lo mejor que hemos sabido, y confiamos plenamente en ti, tan sólo espero que nos guardes una habitación para poder ir a verte en vacaciones.

Mariam sacó un sobre lleno de dinero.

—Toma, una ayuda para tu nueva vida, cuando venga papá dale las gracias, si no es por él

yo no hubiera accedido a esto.

CAPÍTULO 2

Había pasado una semana del encuentro con aquel chico de tez blanca y ojos azules.

Pronto iba a cumplir su sueño, lo tenía todo planeado, al finalizar el bachillerato se independizaría y podría hacer realidad su mayor sueño, buscarse un hueco entre los grandes artistas de París.

Al salir de clase, ajena a la conversación que tenían sus amigas, pararon en un cruce, esperaron que el semáforo se pusiera en verde y retomaron su camino. De pronto, una luz evanescente parpadeaba sobre ella como si de una señal divina se tratase, con cierta cara angustiada dijo; “chicas lo siento, me he dejado la carpeta de filosofía, nos vemos mañana ¿vale?”.

Fue lo primero que se le ocurrió, llevaba todo el día irritada, cuando no le molestaban los olores, estaba sumergida en un mundo donde nadie tenía acceso. La farmacia le hizo reaccionar, tenía que enfrentarse a sus temores.

Una vez vio que sus amigas se habían alejado lo suficiente, entró, esperó su turno.

—Un test de embarazo por favor.

—¿Cuánto es? preguntó.

—Son 83 chelines, aquí tiene, gracias, que pase un buen día.

De camino a casa, un escalofrío recorría su cuerpo.

—Si sale positivo ¿qué voy a hacer con mi vida?

Nada más llegar se encerró en la habitación, ese día apenas comió, un ligero desasosiego se apoderaba de ella.

—Hija, llevas dos días que apenas comes, pareces un zombi, apenas nos diriges la palabra ¿va todo bien?

—Sí papá, tranquilo, estoy un poco agobiada con el tema de París, los alquileres son carísimos, además, quiero aprobar todas las asignaturas, y las clases de español se me están atragantando.

A la mañana siguiente, cogió el primer bolso que vio en el armario y escondió en el bolsillo interior, la prueba de embarazo.

—Hoy tengo que saberlo.

Salió de casa temprano, miró la dirección que había anotado en su bloc hacía tres semanas y se dirigió con paso firme hacia la otra punta de la ciudad. Estaba algo lejos, pero prefería caminar.

Durante el camino, el temor al rechazo por parte de Andersson disipó su angustia matutina.

Había quedado en que volverían a verse al día siguiente, y durante más de quince días he estado desaparecida— ahora vuelvo a su casa y ¿qué le digo? felicidades!!! vamos a ser papás ¿ahora qué hacemos?

Isabella no podía evitar el temblor que invadía su cuerpo,

“¿cómo iba a recibirla tras el plantón?”.

Tocó el interfono, nadie respondió, aprovechó que salía un vecino para colarse y subir al cuarto piso, tal vez no abra si no esperaba a nadie, se dijo en un intento de autoconvencerse de que todo iba a salir bien.

Parecía no haber nadie en el piso.

Con la cabeza cabizbaja se dirigió a las escaleras, necesitaba calmar sus nervios con algo de ejercicio. Justo en ese momento, se abrió la puerta del ascensor, Andersson, pese a su estado de embriaguez, la reconoció.

—Es tarde ¿qué haces aquí?

—¿Tarde? respondió Isabella.

—¿Pero te has visto? ¡Van a dar las diez de la mañana y casi no puedes ni andar! recriminó como si de su madre se tratase.

—¡Eh tía, no me ralles!

—Ven, te prepararé algo caliente, te sentará bien.

Entraron los dos al apartamento.

Una vez dentro le ayudó de desvestirse y lo acompañó hasta la cama, en la habitación, un flash de recuerdos, pasaron por su cabeza ¿Cómo podía haberse entregado a aquel tipo?

Tras unas horas, Andersson despertó, tenía bastante jaqueca, cogiéndose la cabeza, se sentó en el sofá del comedor junto a Isabella.

—Te esperé en casa todo el día ¿por qué vienes ahora?

—Tenía miedo de volver a verte, pensé que si lo dejábamos todo como estaba, tú seguirías tu camino y yo con mi vida.

—¿Y ahora has decidido incluirme en ella?

—No —respondió.

—Estoy preocupada, llevo días que me noto rara, necesitaba volver a verte, pero tú con tus 31 años y yo con mis 16 me asusté.

—Entonces no entiendo por qué has vuelto.

—Creo que estoy embarazada.

La noticia produjo una risotada en Andersson

—Pero ¿qué dices?

Isabella sacó de su bolso el test de embarazo.

—Por favor, quédate conmigo para ver el resultado, no puedo hacerlo sola.

Mientras Isabella estaba en el baño, Andersson se levantó del sofá y empezó a dar vueltas en la habitación, como si de un león enjaulado se tratase. Por su cabeza cientos de pensamientos afloraron.

—¿Lo tienes? Preguntó.

—Sí, ahora toca esperar, en 5 minutos sabremos el resultado.

Isabella, con la vista perdida en la piel brillante y suave de Andersson, se acercó junto a él, hizo un ligero movimiento colocando sus pies de puntillas, ladeó su cabeza y lo besó. Ambos, fundidos en aquel beso apasionado hicieron el amor sobre una alfombra aterciopelada.

Tras un efímero momento de arrumacos, Andersson fue a por su pitillera, se lió lo que parecía un porro y se lo ofreció a Isabella, entonces, rápidamente, al igual que cae una losa, su tortura volvió a su mente.

—¡La prueba! —gritó.

—Ya debe de estar.

Ella no se atrevía a mirar.

—Trae, déjame a mí —dijo él con voz firme.

—Dos rayas ¿eso qué significa?

El mundo se le vino abajo, todos sus sueños truncados, por un momento intentó visualizarse en París con el bebé, pero la ansiedad que le produjo la imagen hizo que tuviera que ir corriendo al baño, ya no le quedaba nada en el estómago que tirar.

Tras un largo rato sentados frente a frente, sin apenas dirigirse la mirada, Andersson rompió el silencio.

—Creo que lo mejor es que abortes.

— Ni pensarlo —respondió ella.

— Va en contra de mis principios.

—¿No te das cuenta que te va a arruinar la vida?

—En todo caso querrás decir que tú me has arruinado la vida ¿no crees?

Exclamó en un tono autoritario que no daba pie a respuesta alguna.

—Bien, me haré cargo, puedes quedarte aquí si lo deseas, podemos intentarlo.

—Dame un poco de tiempo —respondió.

—No sé cómo van a encajar mis padres todo esto, además, soy menor de edad y todavía no me han firmado la emancipación, si se enterasen, ya puedo ir despidiéndome de mi regalo de cumpleaños.

Tanto tiempo pidiendo ser independiente y ahora este acto de irresponsabilidad hacía tambalear la firma del contrato.

Tan sólo faltaba mes y medio para su aniversario, poco más de cuarenta días para que le entregasen la rúbrica que le daría la libertad para adentrarse en el mundo de los adultos.

—Lo mejor será que no les digas nada hasta tener la carta—dijo Andersson mientras la cogía de la mano.

La dulzura con que la que la acarició, estremeció todo su cuerpo, cómo podía hacerle sentirse así aquel casi desconocido.

Había pasado ya un mes desde que Isabella había confirmado la noticia. Durante este tiempo, se había visto prácticamente a diario con Andersson.

Todos los días, con la excusa de que iba a la biblioteca para preparar los exámenes finales aparecía bajo su portal.

Primero charlaban un poco sobre como les había ido el día, después, ella dedicaba un poco de tiempo a sus estudios, mientras tanto, él ponía en práctica su ritual, cogía su mechero, sacaba el papel de plata, hacía un canuto e inspiraba profundamente el humo que desprendía la combustión de la heroína. Cuando terminaba, escribía alguna nota musical, que luego más tarde, llevaría a la práctica con su travesera de plata.

Isabella sabía que ese chico no le convenía, cuando no estaba bajo los efectos de las drogas, el menor de los ratos, era un chico sensible y cariñoso, pero inevitablemente y de manera incomprensible se sentía atraída por él.

A menudo pasaba horas sentado en el hueco que dejaba el alféizar bajo la ventana, tocando las notas que se le ocurrían. Reflejaba el sol sobre su rubio cabello mientras Isabella lo observaba completamente abstraída. Tal vez admiraba su creatividad, tal vez fuera su independencia, o quizás aquel físico nórdico, no lo sabía muy bien, pero por algún motivo intrínseco, se sentía feliz a su lado.

Pasaron los días y llegó su décimo séptimo cumpleaños, fecha en la que sus padres le habían prometido darte la carta firmada de emancipación.

—Hija, papá y mamá estamos muy orgullosos de ti, te hemos educado lo mejor que hemos podido, tal vez, no seamos perfectos, pero ten claro que cuando uno es padre o madre, no viene con un manual de instrucciones bajo el brazo, no hemos sabido hacerlo mejor. Esperamos que disfrutes de tu nueva vida, y recuerda, reservamos una habitación para las Navidades —exclamó Alfred mientras su mujer Dorian, luchaba por evitar derramar lágrima alguna de sus ojos vidriosos...

Isabella no había dicho nada en casa, por suerte, la tripa no delataba al bebé que se estaba gestando en su interior.

Dos semanas después, había finalizado el curso, todo aprobado pese el malestar e insomnio del último mes, sin duda alguna, había sido una tarea difícil en su situación.

Ahora le quedaba despedirse de sus padres.

La acompañaron al aeropuerto internacional de Viena.

—¿Llevas todo cariño?

—Sí, tranquilos.

— El billete —exclamó Alfred.

—Sí papá, por favor, no me pongas más nerviosa.

Entraron por la puerta principal, y tras un emotivo abrazo se despidieron.

Tras cruzar el terminal de pasajeros, preguntó a un auxiliar de control.

—Disculpe, me he dejado la bolsa de mano ¿podría indicarme la salida?

—Claro, ven conmigo.

Acompañándola, cruzaron un pasillo destinado al personal de transporte de equipaje.

—Por aquí, todo recto tienes la salida al control de accesos, venga, date prisa no sea que pierdas el vuelo— exclamó el hombre.

Abrió la puerta sigilosamente, giró la mirada hacia un lado y hacia otro esperando no encontrar a sus padres y se dirigió apresuradamente hacia la parada de taxis que había junto a la entrada, allí la esperaba Andersson.

—No te preocupes, estarán bien, has hecho lo mejor para todos.

—Por favor, hacia Handelskai.

CAPÍTULO 3

Habían pasado ya 7 años de aquel fatídico día. Todos los 25 de cada mes, Isabella, tenía una cita, una cita inexcusable. A menudo, se sentaba y pasaba horas hablándole a un trozo de piedra donde rezaban las inscripciones, Alfred y Dorian, por siempre juntos, vuestra hija no os olvida, 25-06-1991.

Allí, sentada sobre el césped del cementerio, se martirizaba por lo ocurrido el día que salió del coche de sus padres camino de una París que nunca vieron sus ojos.

—Nunca debí mentirles, si no me hubieran acompañado al aeropuerto, hoy estarían aquí, conocerían a su nieta, fui una cobarde, perdonadme papás.

Una voz lejana gritaba.

—¡Mamá mira, una mariposa!

Daniela, una preciosa niña de pelo rubio ceniza tirando a clarito, se acercó.

—Mira, para los abuelos— extendiendo, sus blancos brazos, hacia su madre, le entregó unas pequeñas flores silvestres que había cogido.

—Gracias mi vida, estarían muy orgullosos de ti— dijo con voz rota, el nudo que se le formó en la garganta apenas le dejaba articular palabra. Daniela, se acurrucó sobre el regazo de su madre.

—¡Ay! exclamó Isabella. Sin querer, la pequeña había rozado el moratón que asomaba por su brazo izquierdo.

—¿Te he hecho daño mamá?

—No hija, no has sido tú, fue la maldita escalera.

—De mayor voy a ser doctora, así podré curarte cuando te caigas.

—Despídete de los abuelos Daniela, ahora en silencio, habla con ellos, seguro que te escuchan desde el cielo.

Isabella, con los ojos llorosos, reconocía que todo había sido un error, lo dejó todo por él, sus sueños truncados nunca llegaron a materializarse. Seguía sin entender qué clase de dependencia obsesiva le hacía permanecer al lado de Andersson.

Llegaron a casa al atardecer, tras la visita al cementerio, dieron un paseo por el recinto ferial, Daniela era una niña, necesitaba divertirse, bastante tenía ya en casa escuchando discusiones y viendo como se iba consumiendo por el efecto de las drogas.

Tras merendar en un pequeño bar, donde todos los jueves hacían una deliciosa tarta casera, se dirigieron a casa.

—Mami, te quiero mucho— dijo la niña mientras abrazaba cariñosamente a su madre.

Abrieron la puerta del piso, una voz lejana retumbaba en la cabeza de Andersson.

—¿Dónde está aquel chico que aspiraba a tocar en la ópera de Viena? por el amor de Dios, ¿no te das cuenta que dejé mi vida por ti? ¿no ves que Daniela te necesita?

Bajo un rayo de lucidez, se levantó como pudo buscando el apoyo de una silla.

—Lo siento, no soy un buen ejemplo para la niña.

—Hace semanas que no traes dinero a casa, lo sé, me cuesta afinar las notas.

—Isabella, toda mi vida se me ha exigido que me dedicara a algo que ni siquiera me preguntaron si me gustaba, todo el mundo siempre me ha dicho que tenía un don, desde donde comienzan mis recuerdos de niño, siempre he estado rodeado de instrumentos, libros, CDs....yo siempre miraba como mis amigos del colegio salían a disfrutar de sus regalos de navidad ¿sabes

qué hacía yo mientras los demás hacían carreras con los trineos? Intentar cambiar una clavija del puto violín antes de que viniera mi padre, sus guantazos y el machaque continuo de mi madre me afligían.

Isabella quedó sorprendida, nunca lo había visto así, no pudo evitar un sentimiento de ternura ver aquel hombre de 38 años completamente derrumbado.

Andersson, nunca quiso hablar de su pasado, Isabella siempre pensó que la relación con sus padres no debía de ser buena, y evitó hacer preguntas durante el tiempo que estaban conviviendo, siempre que había sacado el tema, desaparecía con su travesera y volvía a casa tras dos días perdido y completamente demacrado.

¿Cómo no lo había visto antes?

—Lo siento, estos años, con la niña y el accidente de mis padres apenas he podido sacar fuerzas para mi misma, tenía que haberme dado cuenta de que no estabas bien.

Tras la conversación que mantuvieron aquella tarde, Andersson estuvo un tiempo ajeno a sus adicciones, se centro en la música y volvió a componer. Por las mañanas temprano, cargaba con un maletín para violín y un estuche para flauta. Tenía sus horarios, a primera hora tocaba en el metro, aprovechando la afluencia de gente que entraba a trabajar, al medio día, recorría los parques más emblemáticos de la ciudad atrayendo los oídos de los turistas.

En casa, todo parecía haber cambiado, Isabella ya no necesitaba hacer horas extras en un pequeño centro comercial de esos que abren las 24h, en casa entraba más dinero.

Daniela se sentía feliz, a menudo solían pasear juntos por orillas del Danubio, hacían picnic cuando el tiempo se lo permitía, aprendía a montar en bicicleta, a patinar, iban al cine, pero, sobre todo, lo que realmente le hacía feliz era que tenía a papá y mamá juntos, ya no necesitaba esconderse bajo la cama de su habitación y taparse los oídos cuando discutían, eran una familia.

Una mañana de domingo, mientras desayunaban una pregunta detuvo el tiempo durante unos segundos.

—Si tuvieras un hermanito ¿cómo te gustaría que lo llamáramos? —Andersson, súbitamente alzó la mirada mientras derramaba el café por la mesa.

—¿Hablas en serio?

Isabella asintió con la cabeza.

El apartamento, apenas tenía 40m² ¿Dónde se iban a meter? pronto, Andersson sintió la necesidad imperiosa de salir como hacía antes, perdiéndose por las calles de la ciudad. Allí sentado, empezó a faltarle el aire, intentó disimular su malestar, pero las preocupaciones y temores empezaron a apoderarse de él.

—Tengo que irme —espetó de manera repentina.

Sin dar explicaciones, cogió algo de dinero de la caja metálica que tenían en la cocina, un mechero y se puso el abrigo,

—¿Dónde vas, no piensas decir nada más?

Dijo Isabella con cierto tono de decepción. Sin duda, no era la reacción que esperaba.

Pasaron las horas, Daniela preguntaba constantemente

—¿cuándo va a venir papá? Me habíais prometido que iríamos a la pista de hielo.

—Tranquila, te prometo que iremos otro día, parece que hoy el trabajo no nos va a dejar, excusó a la pequeña.

Al llegar la noche, como tantas otras veces había hecho, Isabella se acostó junto a su hija, leyó un cuento y pronto la pequeña cayó rendida.

En la oscuridad de la noche, mientras acariciaba el suave pelo de la pequeña, el silencio

inundaba la casa.

A través de la ventana, la luna llena iluminaba parte de la habitación.

—¿Dónde habrá ido? pensó.

Estaba inquieta, no podía conciliar el sueño pensando en lo ocurrido durante el desayuno, lo que iba a ser una noticia motivo de alegría fue el detonante de una relación completamente artificial, de nuevo embarazada y sola.

Apenas pegó ojo, durante su vigilia hizo un repaso a lo que habían sido sus últimos años.

—¿Por qué me intento engañar a mi misma? Él nunca me amará, he sido una estúpida.

Andersson pasó la noche de local en local, primero una cerveza, luego fue el whisky y cuando ya empezaba a nublarse la vista, una botella medio escondida tras varios tipos de ginebra distinguió unas letras, absenta, pidió un vaso de tubo de aquel verdoso líquido y salió del local.

Aquella bebida había traído viejos recuerdos a su mente, recordó que durante un tiempo hacía trabajillos a un tipo a cambio de unas papelinas.

Adentrada la noche, llegó al portal donde hacía años, un tipo desaliñado le haría un nuevo pasaporte a una niña para poder trabajar. Tocó el timbre insistentemente.

—¿Qué coño te pasa tío? Como toques una vez más el puto timbre te rompo la jodida cabeza —se escuchó tras la puerta.

Allí estaba, había pasado casi una década, pero para Harold no parecía pasar el tiempo, su mismo aspecto desaliñado y su vieja bata al más puro estilo playboy.

—¿Eres tú? Entra mamonazo, me dejaste tirado ¿sabes lo que me costó el jodido caballo que no entregaste?

Harold levantó el puño.

—Debería partirme la cara con él.

y sin mediar más palabras le golpeó fuertemente en el rostro, Andersson cayó al suelo.

Al despertar notaba como la sangre caía recorría el contorno de sus labios, un fuerte dolor hizo que instintivamente se llevara la mano a la nariz.

—Oh, Dios, creo que me la has roto.

—Te lo merecías yonqui de mierda ¿cuántas veces te avisé de que nosotros no tocábamos la mercancía?

Andersson no podía evitar dirigir la mirada hacia aquel trozo de carne amputada.

—¿Fue por mi culpa? Titubeó con miedo a la respuesta.

—Tranquilo, sabía lo que me jugaba con el clan del estilete.

—Son gajes del oficio.

—¿Vas a ponerme al día o piensas quedarte ahí todo el día sujetándote la jodida napa?

Ambos entraron a la cocina de la casa, se sentaron en unos taburetes de madera carcomida, que por su aspecto parecían sacados de algún contenedor.

—Bien ¿qué quieres?

A lo que Andersson respondió...

—Quiero comprarte algo de esa mierda, estoy pasando una mala racha y necesito relajarme.

—Claro, pero ¿recuerdas que me debes 205.410 chelines, no pensarás que iba a perdonártelo?

A la mañana siguiente, Isabella llamó al trabajo para avisar de que llegaría tarde, estaba sola y tenía que llevar a Daniela al colegio, tras colgar, no pudo evitar lanzar un ligero susurro en el vacío de aquel pequeño estudio.

—Hoy va a ser un día muy largo —suspiró tras la frase.

Pese lo poco que había dormido, la rabia y la impotencia que sentía tras la reacción de su pareja la mantenían en un estado enérgico.

—¿Cómo digo yo ahora que también voy a tener que salir temprano?

A falta de 30 minutos para las 17:00 Isabella se dirigió al pequeño trastero que tenía el gerente como despacho.

—Sr. Stone, me encuentro indispuesta, si no le importa, mañana recuperaré las horas de hoy.

Sabía que comentando su situación no le pondrían ninguna pega, pero explicarlo todo, era reconocer que se había equivocado apostando por Andersson.

—Claro, tienes mala cara, procura descansar para mañana.

Cogió un tranvía que la dejaría cerca del colegio, nada más llegar, vio a su hija acompañada de su padre, la impotencia de no poder gritar hizo que rompiera en lágrimas.

—Mamá, mira lo que me ha comprado papá —sin hacer caso alguno, clavó su mirada llena de odio en él.

—Espero una explicación— dijo mientras Andersson, paralizado por el miedo retrocedió un paso temeroso de que algún padre se diera cuenta de la discusión.

—Perdón, mi actitud no ha sido la correcta, no es algo de lo que me sienta orgulloso —a lo que respondió Isabella con un cortante...

—Tenemos que hablar.

De camino a casa, apenas se dirigieron la palabra, la pequeña, movida por la tensión que había en el ambiente, creyó conveniente mantearse en silencio durante el trayecto.

Entraron por el portal, una antigua puerta de hierro forjado cuyo color oscuro se fundía con el gris de la fachada.

—Necesito un cigarro, nosotras te esperamos arriba. Cogieron el ascensor, Daniela ilusionada en pulsar el botón del sexto, entró corriendo.

—Mamá ... yo primero.

Isabella por unos instantes, no reaccionó a la carrera por ser el primero que solían jugar al llegar a casa, tragó saliva y se dijo —tengo que ser fuerte por ella —rápidamente se sumó al juego haciéndole cosquillas mientras estiraba sus pequeñas axilas, a lo que la pequeña no pudo resistirse, retirando instintivamente su mano del botón mientras se iba encogiendo en una breve carcajada.

—¡Eso es trampa!

Mientras tanto, en el portal, Andersson estaba nervioso, su cuerpo le reclamaba la dosis de la pasada noche, intentó calmar el ligero temblor de manos con un cigarro, pero necesitaba algo más.

Tenía que ser sincero con ella, había intentado formar parte de una familia, la familia que Isabella quería formar, pero no podía seguir engañándose, la obligación que se impuso tras el accidente lo estaba comiendo por dentro, se sentía como un animal silvestre enjaulado.

¿Cómo dejar aquella muchacha tras perder a sus padres y qué hay del nuevo bebé?

Durante estos últimos años, Andersson había pagado su decisión en silencio, refugiándose en las drogas y el alcohol, tuvo un momento de flaqueza en su verdadera naturaleza e intentó ser un buen cabeza de familia, pronto la niña crecería y podría desaparecer sin causar el daño que haría en un ser tan frágil e inocente pero no pudo, aquella mañana de domingo, tras recibir la noticia de ser nuevamente papá, explotó.

Tiró la colilla al suelo, cargado de razones, entró decidido a través del portal, tomó el elevador y subió hasta el apartamento. Apenas colocó la llave sobre la cerradura cuando la puerta

se abrió desde su interior escuchándose al mismo tiempo que se descubría el interior del piso

—Daniela, vida, ves a la habitación, papá y mamá tienen que hablar —apuntó Isabella con semblante serio.

—¿No piensas decir nada?

—No puedo seguir aquí asfixiándome.

Las palabras retumbaban en la mente de Isabella, de todas las respuestas y excusas que esperaba oír, estas se clavaron en su yo más profundo.

El silencio dejó a Andersson coger el violín con el que vino a Viena, un viejo Stradivarius que había restaurado su padre cuando todavía vivía en Finlandia. Por un instante, se trasladó al rastrillo de segunda mano que ponían en las calles adyacentes a Hämeenkatu en su Tampere natal.

—Papá, pero si está roto.

—Tranquilo, vamos a dejarlo como nuevo.

Ensimismado en sus recuerdos, volvió a la realidad cuando Isabella estiró de su maletín, entre sollozos le decía

—¿Dónde vas, otra vez te largas?

Andersson, súbitamente tiró hacia él liberando su violín. Isabella, sin rendirse en el forcejeo volvió a embestirlo con la intención de que no saliera por la puerta, un fuerte empujón, la dejó en tierra con la mala fortuna de golpearse con el canto de una escalera interior que accedía a una pequeña guardilla que utilizaban a modo de trastero.

Andersson por un momento temió un mal golpe, vio que respiraba y se apresuró en coger sus cosas.

Dudó en despedirse de su hija, el miedo a enfrentarse a aquellos pequeños ojos, fue superior a toda aflicción.

Minutos más tarde, el sonido de un portazo ayudó a Isabella a recobrar el conocimiento, se había ido.

CAPÍTULO 4

No era la primera vez que Isabella iba a trabajar con algún moratón, las discusiones con Andersson solían ser frecuente e intensas, pero hasta ahora las señales eran disimuladas con un poco de maquillaje, ocultadas tras una manga larga o un pantalón, al menos eso creía ella. Esta vez, el morado de la sien podía distinguirse a pesar de sus intentos por camuflarlo.

En el trabajo, todos intuían qué le pasaba desde hacía tiempo, pero nadie se atrevía a preguntar. En alguna ocasión, su compañero de caja había visto lo que parecía alguna marca, pero prefería mirar hacia otro lado.

—No te metas en líos de pareja, ya es mayorcita —se decía en un intento de autoconvencerse de que hacía lo correcto.

Los meses pasaban, la tripa de Isabella iba en aumento, este embarazo estaba siendo completamente diferente al anterior, las angustias le permitían degustar cada antojo que afloraba. A menudo iba con Daniela a una cafetería próxima a la ópera nacional, allí las dos pasaban la tarde merendando la famosa tarta Sacher que compartían madre e hija.

Lo peor que llevaba eran las noches de insomnio, noches y noches en vela.

Inevitablemente, en sus horas de vigilia, a menudo pensaba en Andersson

—¿Dónde estará? Parte de ella seguía enamorada.

Andersson saldó su deuda con Harold, le convenció que vendiendo su antiguo violín en el mercado negro podría sacar más del doble de lo que le debía, a cambio, le pidió que le dejara pasar una temporada en su casa y una cantidad de heroína suficiente para lo que quedaba de año.

A penas quedaban 3 meses para Navidad, cuando, entre las drogas y el alcohol tenía un momento de lucidez se quedaba tendido sobre la cama de su habitación, con la mirada perdida en el blanco envejecido del techo.

—¿Cómo estará Daniela?

A pesar de su naturaleza volátil y libre, había visto crecer a esa niña, no podía evitar echarla en falta.

Sus sentimientos eran confusos, nunca había aguantado bien las presiones, tal vez por el acoso y derribo que sufrió de niño por parte de sus progenitores, pero poco duraban esos sentimientos de arrepentimiento, al momento, su cuerpo le reclamaba su dosis diaria, no podía controlarlo, había vuelto a engancharse con más fuerza que en otras ocasiones. Anteriormente había estado semanas sin necesidad de probarlo, con un cigarrillo de cannabis solía colmar su mono.

Faltaba un mes para Navidad, una fecha donde los ojos azules de su pequeña solían resplandecer con especial brillo, para los niños, siempre son fechas mágicas, santa Klaus dejando los regalos, la ilusión con la que preparaban los calcetines sobre la estantería que tenían en el salón, esperando que a la mañana siguiente aparecieran llenos de caramelos, el vaso de leche que dejaban junto a la ventana para los renos, un sinfín de recuerdos atormentaban la mente de Andersson en estos últimos días.

—Mañana iré a verlas —dijo en voz alta.

Al día siguiente, como había hecho durante todo este tiempo en que se había ido a vivir con Harald, se sentó en una mecedora cuyo chirrío se hacía insoportable para los oídos de cualquier persona que estuviera en la casa, calentó el papel de aluminio y aspiró con una especie de pipeta de vidrio el humo que ascendía hacia su cara.

Pasado el efecto inicial del colocón, subió a la habitación, buscó entre el amasijo de ropa que tenía almacenada en un rincón algo que no oliera a rayos y se vistió rápidamente.

Al salir de la casa, junto al jardín de la entrada, había una pequeña sala donde se guardaban las bicicletas, cogió su favorita, una clásica estilo holandés, donde podía leerse la inscripción, made in Germany, since 1922.

No tenía claro cómo iba a hacerlo, pero sentía la necesidad de verlas, de saber que estaban bien.

Una vez llegó al apartamento, aguardó a la espera de que llegaran del colegio.

Entre dos coches, sentado en el bordillo de la cera de enfrente, estuvo bebiendo un botellín de cerveza negra, de pronto, a lo lejos, pudo distinguir la silueta de Isabella llevando de la mano a Daniela.

Por un momento deseó salir corriendo al encuentro, pero el último recuerdo, cuando abandonó el piso, le impidió dar rienda suelta a sus impulsos.

Aguardó escondido entre los coches, allí podía verlas sin necesidad de dar la cara, se sentía avergonzado.

Isabella sacó la llave de su bolso y cuando estuvo a punto de hacer el giro de muñeca para abrir el portal, una voz conocida resonó tras ella.

—Hola

Aquella voz era familiar, mientras se giraba...

—¡Papá! ¿ya has terminado de trabajar? preguntó Daniela efusivamente.

Sin saber lo que le había contado su madre, siguió la conversación con su hija.

—Sí, bueno, realmente me queda un poco todavía, pero ya no estoy en Alemania — respondió mientras miraba el grabado de su bicicleta.

Isabella con cara de incredulidad, le invitó a subir.

—¿Piensas quedarte ahí todo el día?

Parte de ella estaba dolida, por otro lado, se sentía dichosa de volver a verlo, la cara de alegría de su hija le empujó a invitarlo a subir.

Una vez en el apartamento, Daniela se sentó sobre el regazo de su padre como en tantas otras ocasiones había hecho.

—¿Sabes? voy a tener un hermanito.

—¿En serio?

— Sí, mamá me dijo que le iba a poner Martin.

— Me gusta ese nombre —respondió.

Mientras, de reojo, observaba como Isabella preparaba algo de pasta para comer, la tensión del inicio daba paso a un ambiente familiar.

Andersson intentaba actuar con total normalidad, estaba inquieto, la imagen de Isabella tendida en el suelo, inconsciente tras el empujón iba y venía en bucle a su cabeza al tiempo que Daniela le ponía al día contándole lo que habían hecho estos últimos meses.

—¿Me ayudas a poner la mesa?

—Claro —respondió Andersson algo menos cohibido por la situación.

—¿Plantos llanos u hondos?

—Son macarrones, los que quieras, bueno no, saca la vajilla del tercer estante.

—¿La que ponemos en nuestro aniversario? —preguntó sorprendido.

Esos platos eran de las pocas cosas que pudo conservar de casa de sus padres, los recordaba desde niña, les tenía un especial cariño y eran reservados para ocasiones señaladas, como navidades o cumpleaños.

Al oír aquellas palabras, Andersson se relajó, sabía que una vez más, Isabella, lo había perdonado.

—¿Por qué si no iba a poner hoy la vajilla de los días especiales? —Pensó para sí mismo.

Tras la comida, la pequeña se fue a jugar a su habitación, quedándose solos en la mesa, se miraron fijamente, sin apenas saber qué decir.

Frente a frente, no pudieron evitar fijarse en las huellas que dejaba el tiempo en sus rostros, ella ya no era una jovencita traviesa y aventurera, era una atractiva mujer, responsable y siempre preocupada por su hija, él comenzaba a mostrar los primeros signos de envejecimiento, unas pequeñas arrugas surgían de la frente y contorno de los ojos, que con su pelo rubio canoso le otorgaba un atractivo añadido, a pesar de las ojeras que ensombrecían aquella penetrante mirada azul.

Andersson rompió el silencio.

—¿Cómo llevas el embarazo? Tienes buen aspecto.

—Bien, algo cargada los riñones.

—Daniela me ha dicho que quieres ponerle Martin.

—Sí, una vez me dijiste que odiabas tu nombre, que te hubiera gustado llamarte como Luther King, así que Martin me pareció una manera de mantener vivo tu recuerdo sin tener que nombrarte a diario, no sabía si volvería a verte.

—Lo siento, nunca he querido hacerte daño, cuando me agobio con las presiones actúo como un animal movido por el pánico, no soy capaz de controlarme.

—Mejor lo olvidamos, ¿no te parece? —respondió ella.

Andersson rompió a llorar desconsoladamente, fue su manera de aliviar todo ese pesar que le había acompañado durante estos meses.

Isabella se levantó colocándose a su lado, lo abrazó y le besó buscando sus labios.

Él respondió de manera apasionada, la deseaba con pasión, pero de repente, un escalofrío invadió su cuerpo, empezando por sus extremidades y subiendo hasta la nuca de manera impetuosa.

No era la primera vez que le sucedía, la magia del momento se truncaba dando paso a su adicción, el cuerpo le reclamaba su dosis.

—¿Te pasa algo?

—No ¿por? —respondió bruscamente.

—Me había parecido que estabas nervioso.

Andersson no podía disimular. Un trasiego de movimientos involuntarios, llevaban sus manos al cuello, al pecho, todo de manera automatizada, sentía frío, calor, poco a poco empezaba a faltarle el aire.

—Creo que la comida no me ha sentado muy bien.

—Ya te he dicho mil veces que no era bueno tomar bebidas frías haciendo la digestión.

—Voy a dar un paseo, haber si se me pasa.

—¡Daniela! —chilló llamándola su madre con intención de acompañarle.

—No, mejor voy solo, ha sido un día de muchas emociones y necesito aclarar mis ideas.

Bajó a la calle, dudó en coger la bicicleta para volver a casa de Harold, en su estado, no estaba seguro si podría mantener el equilibrio, los músculos parecían agarrotarse cada minuto. Finalmente recordó que, en la calle paralela, había un metro, 150 metros y solo 10 minutos le separaban de su pipa casera, no veía el momento de fumar su tan ansiada heroína.

CAPÍTULO 5

Todos sus esfuerzos por dejar la maldita heroína fueron en balde. Quedaba una semana para que Isabella saliera de cuentas y las visitas a casa de Harold cada vez eran más frecuentes, en una de las ocasiones, ante la necesidad de alargar el hábito en el que se estaba convirtiendo la adicción de su cuerpo a aquel opiáceo, preguntó a su amigo si tenía alguna otra cosa que pudiera contrarrestar su dependencia.

—¿Tío, no puedo estar todo el día fumando en casa? Necesito algo más fuerte.

—¿Has probado a pinchártela en vena? Dicen que el efecto es mayor y más rápido.

Aquel consejo sería su perdición.

Durante aquella mañana estuvo meditando los pros y contras de inyectarse en vena aquella droga, la idea de un pinchazo rápido le atraía, sacar la pipa en casa, era discusión asegurada.

—Tengo que probarlo —y con paso decidido se dirigió a una farmacia donde compraría unas jeringuillas de insulina.

Giró lentamente la llave de casa, por un instante permaneció inmóvil en la entrada, como si esperara que Daniela saliera corriendo a su encuentro, dio un paso y sigilosamente cerró la puerta.

“Parece que no hay nadie”.

Rápidamente, se dirigió al baño, cerró la puerta asegurándose de pasar bien el pestillo y sentado en el retrete se remangó el suéter, se ató un torniquete al brazo con el cordón de su zapatilla y esperó unos instantes a que las venas se hincharan de sangre pudiendo así visualizarlas mejor.

Inmediatamente disolvió el polvo cristalino blanco con un poco de agua calentada en una cuchara.

En su mente repasó los pasos que le había explicado su compañero,

— Oh, no, el limón —recordó las palabras de Harol; “no olvides añadir unas gotitas de limón”.

En ningún momento cuestionó la necesidad de añadirlo, seguiría la receta paso a paso, tal como le había indicado.

Con miedo a que en cualquier momento llegaran a casa, entró en la cocina, abrió la nevera y cogió medio limón de la cajonera. Encerrado de nuevo en el baño, añadió unas gotas del jugo que le faltaba y cargó la jeringuilla.

Por suerte, su tez blanca y su extrema delgadez facilitó la tarea. Notó la delgadez de la aguja en el punto que había fijado, cerró los ojos y de manera decidida la clavó. Al abrirlos, comprobó que había pinchado en la vena extrayendo un poco de sangre, al ver aquella pequeña gota diluirse en su preciada sustancia, la inyectó rápidamente como si no quisiera desperdiciar un instante.

No pasaron ni 20 segundos, una sensación de euforia y placer invadió su cuerpo, parece que esta nueva forma de consumir colmaba su necesidad rápidamente, había funcionado.

Tras el parto, la convivencia en el pequeño apartamento se hacía difícil, el pequeño Martin lloraba y lloraba, en la casa apenas se podía descansar, hasta Daniela, que tenía desde siempre un buen dormir, le resultaba complicado conciliar el sueño.

No había noche que consiguieran dormir 5-6 horas seguidas, los intentos de Isabella en darle el pecho tan sólo agravaron la situación, se negaba a admitir que la criatura de la casa

necesitaba más de lo que sus pechos podían ofrecer.

Había pasado un mes desde el nacimiento, todos se encontraban irritados por la falta de sueño, Andersson no era feliz, parte de él quería volar, siempre había sentido la necesidad de sentirse libre.

Llevaba mal las obligaciones y una familia se le hacía muy cuesta arriba.

Hacía tiempo que no componía, sus capacidades creativas estaban cada vez más mermadas por los efectos de la droga, después de la euforia de los primeros minutos tras el pinchazo, venía el bajón, empezaba siendo una relajación absoluta dejándolo al borde de un trance semiconsciente, pero los lloros del bebé le volvían a la realidad, así día tras día.

Isabella estaba de baja maternal, Andersson, consumido por el agotamiento había dejado de tocar por los parques de Viena y Daniela, empezaba a traer notas en su agenda escolar de los profesores, comunicando faltas de puntualidad y bajo rendimiento escolar.

Las discusiones en la pareja habían vuelto, cada vez eran más frecuentes, Andersson no toleraba ningún comentario o sugerencia, lo vivía todo como un reproche continuo hacia su persona, respondiendo agresivamente al que haría un animal acorralado por su verdugo.

Isabella ya había vivido esto antes, sabía que nunca había dejado las drogas del todo, pero este viaje era diferente, el deterioro físico y mental era notorio, hasta el punto de tener miedo de dejar solos a los pequeños con su padre. Necesitaba hacer horas extras, los únicos ingresos de la casa venían por ella, y los gastos se habían disparado.

Tras 14 meses desde el nacimiento del pequeño Martin, las cosas no parecían ir mejor, a la falta de sueño había que añadirle el cansancio acumulado.

La casa era un matriarcado, Isabella era el faro que iluminaba y recomponía los pedazos rotos en que se estaba convirtiendo su familia, apenas tenía fuerzas, pero el timón no podía decaer.

Tras la incorporación al trabajo, a los partes de puntualidad, había que añadirles las ausencias reiteradas de los últimos días. Andersson tenía que hacerse cargo de los niños mientras su mujer alargaba con horas extras su jornada laboral, por lo que el descontrol iba creciendo.

Por la noche se pasaba horas bajo las alas de la euforia que le proporcionaba su dosis diaria, abrazado con un éxtasis inusual, su mente componía pequeñas melodías que no llegaban a materializarse, tras su momento efímero de placer, caía rendido a altas horas de la madrugada, daba igual si sonaba el despertador o si se derrumbaba el edificio, las primeras horas de sol, causaban un efecto de sopor mágico.

Aquella mañana, como tantas otras, antes de marcharse a trabajar, abrió la ventana de la habitación principal, Isabella solía ventilar la casa con el frescor renovado de la primera hora de la mañana.

Intentó despertar a su pareja sin éxito, nada inusual, se había acostumbrado a ello, durante años había escuchado su estúpida frase “yo soy libre, y como tal, amanezco de manera natural, cuando el cuerpo me lo pide, sin ataduras, sin relojes”. Así que, resignada a ello, dejó una nota en la nevera con las tareas del día, si se lo recordaba en persona, montaba en cólera, obligaciones tan sencillas como preparar un tentempié para el colegio le irritaban de manera incontrolable. Los pósters de colores se acumulaban en la nevera, pero parecían dar resultado, al menos discutían por otras cosas.

Tras 12 horas de jornada en el supermercado, Isabella volvió a casa.

— Hola, ¿Dónde están mis chicos? —preguntó con voz enérgica a modo de saludo.

Nadie respondió, eran las 20:10, Daniela se había quedado dormida en el sofá mientras veía uno de sus programas favoritos. Entró en el dormitorio, un grito de pánico despertó a la niña.

Aquella imagen no se borraría nunca de su memoria, allí, tendido en el suelo, estaba el

cuerpo de Andersson, una jeringuilla en el brazo, un torniquete sin deshacer, mientras el pequeño Martin intentaba asomarse por la ventana que aquella misma mañana había dejado entreabierta. Instintivamente fue corriendo a por el pequeño saltando por encima del padre.

—Por Dios, ven aquí hijo —gritó mientras lo abrazaba.

Por la puerta asomó Daniela.

—Mamá, vas a despertar a papá.

—Coge a tu hermanito e id al salón —dijo con un tono de voz aplastante.

Isabella se temía lo peor, con miedo a encontrar lo que sus ojos no querían ver, se agachó junto al cuerpo inerte, tocó su rostro, estaba frío, el pánico poco a poco se iba apoderando de ella, por la cabeza le vinieron cientos de recuerdos y un sin fin de sentimientos contradictorios brotaban de su yo más interno.

Primero, observó si respiraba, no parecía haber movimiento alguno, se inclinó, acercó su oído al pecho con un único objetivo, encontrar un latido, mientras, de manera automática, cogió la muñeca derecha de Andersson, el dedo medio e índice presionaban sobre la yugular con la expectativa de percibir un leve latido que avivara su esperanza. Todo intento por encontrar un ápice de vida fue inútil, llevaba horas muerto.

Una sensación de tristeza invadió su ser, imágenes llenas de recuerdos inundaron su mente al tiempo que una sensación de angustia y liberación se abrían paso en su interior.

Isabella siempre había amado a Andersson, fue un flechazo a primera vista, su fuerte físico nórdico y aquellos aires de genialidad la atraparon en el mismo instante que lo vio tocando su travesera en aquella parada de metro años atrás. Pero con amar uno, no es suficiente, sus intentos por sacar a flote una relación condenada a las fluctuaciones habían pasado factura, ya no podía más, Andersson era un drogodependiente.

Aunque llorara en silencio los moratones que escondía por las continuas peleas, aunque se esforzase en entenderlo y justificase lo que no tenía razón de ser, la lucha diaria por sacar todos adelante la había dejado exhausta estos últimos meses, estaba agotada.

Isabella, sin saber muy bien que decir, salió al salón, Martin y Daniela jugaban, se sentó en la alfombra junto a ellos y les dijo;

—Tenemos que ser fuertes, sabéis que papá estaba malito ¿no?

—Sí, y muy cansado, hoy lleva durmiendo todo el día.

—No mi amor, papá está con los abuelos, su enfermedad ha podido con él, ahora está en el cielo tocando música para toda la corte celestial, al igual que otros grandes maestros.

Daniela rompió a llorar, a pesar de que en muchas ocasiones había presenciado discusiones en casa, Andersson, con ella siempre intentó hacer el papel de amigo y confidente. A pesar de que en los últimos meses había vivido el deterioro de su padre, él siempre tuvo palabras de cariño hacia su pequeña, siempre sacaba un rayo de lucidez y ternura para su niña, tal vez, ese trato cariñoso es lo que mantenía a Isabella viva en su lucha por recuperarlo.

Las semanas pasaban, Martin crecía, a Daniela no le quedaba más remedio que ser fuerte y asumir el papel de madre en su ausencia, con sus 9 años acudía a diario al jardín de infancia del barrio con una autorización firmada, con ella recogía a su hermano y como una mujercita subían al apartamento esperando la llegada de su madre.

Isabella estaba sola, dos hijos y un montón de facturas que no perdonaban. El bono social que recibía para la guardería, permitía prescindir de algunas horas extras, así podría descargar las tareas que forzosamente había asumido Daniela.

La vida seguía, el dolor iba difuminándose con el paso de los días, es sorprendente la capacidad con la que se adaptan los pequeños a una pérdida, pensó.

A pesar de que Isabella se sentía liberada por la carga que suponía luchar tirando siempre del que era padre de sus hijos, la soledad podía con ella, el recuerdo de lo que podía haber sido le perseguía en sus horas nocturnas.

En los pocos ratos libres que disponía, volvió a pintar, tras años sin tocar un lienzo, intentó llenar su vacío con los pinceles. Dando rienda suelta a su creatividad se evadía del día a día y salía de la monotonía de casa al trabajo y del trabajo a casa, siendo así más soportable los momentos en que analizaba la falta de fortuna en su vida.

No había conseguido su sueño de joven pintora en París, se sentía culpable de la muerte de sus padres, en el amor, tampoco había tenido suerte, un amor no correspondido con la persona equivocada había consumido su juventud, una profunda tristeza la invadía.

CAPÍTULO 6

Siempre le habían gustado las mariposas, la idea de que una repugnante larva, sufriera una metamorfosis convirtiéndose en una maravillosa criatura de sangre fría le atraía.

Tal vez se sentía identificado por ese hecho, Fernando sabía que estaba allí, al igual que el resto de sus compañeros, porque sus familias esperaban un cambio, una transformación, por eso propuso aquel nombre a la sociedad secreta que habían fundado en el internado.

Todos eran conscientes de que no eran más que un club de niños ricos, a los que sus familias querían enderezar bajo la tutela de aquellos estrictos sacerdotes, pero el hecho de que se denominasen “las 12 mariposas” les hacía sentirse importantes.

—Chicos, nos falta un miembro para completar la hermandad, apenas tenemos tiempo, en 72 horas habrá luna de sangre, debemos elegir ya— repuso Alfonso, el miembro más místico del grupo.

—12 tribus, 12 apóstoles, 12 meses —asintieron los demás.

—¡Silencio! —se escuchó desde el fondo de la sala.

Sentados alrededor de la mesa principal de la biblioteca, tras aquel susurro demandante de paz, alzaron la vista y fijaron su atención como el águila que busca su presa, necesitaban a alguien que encajara, alguien de confianza, allí estaba, Pedro, un niño de origen humilde, introvertido y que apenas se relacionaba con nadie, se pasaba horas en la biblioteca estudiando idiomas, hacía poco que había empezado con el latín, no se separaba del viejo diccionario que le había prestado el hermano Francisco.

Durante los dos siguientes días, los miembros del club, siguieron cada paso que daba Pedro, lo observaban todo, lo que comía, las horas que dormía, con quién hablaba, durante las clases estaban más pendientes de su comportamiento, educado y sumiso, que de las charlas filosóficas del padre Damián sobre las virtudes del Generalísimo.

Reunidos a la luz de un candelabro, en la caseta del huerto,

—Bien chicos, creo que ha llegado el momento, si pasa la prueba, le daremos la bienvenida.

Los 11 chicos, tenían que asegurarse de que Pedro era el miembro que faltaba, todos provenían de familias adineradas salvo él, pero éste, reunía una cualidad de la que carecían los demás, era extremadamente discreto, sencillo y por lo que habían podido atisbar, una persona agradecida, unas cualidades que podrían ser útiles para el grupo.

En el internado había tres clases de alumnos, los que ocupaban el pabellón del león, todos niños de procedencia adinerada a los que sus familias querían enderezar, los del pabellón del toro, alumnos que habían sido becados y procedían de familias muy humildes y los del pabellón del águila, formado por niños abandonados y sin recurso alguno.

Podían haber elegido a cualquier crío de su mismo estatus, pero demasiada soberbia podía poner en peligro la integridad del grupo, el afán de protagonismo que tenían aquellos niños de clase alta no era el ideal para confiar un sinfín de secretos y fechorías, además, un huérfano, era un punto añadido, ellos serían su familia.

Aquella noche, mientras todos dormían, llegaron sigilosamente a la puerta del pabellón de Pedro, no podían entrar todos, el murmullo de las 22 pisadas podría despertar a alguien y romper su plan, Fernando y Alfonso, los fundadores de la sociedad oculta, discutieron sobre quien debía entrar, finalmente, optaron por el más pequeño, Antoñito, su delgadez y estatura, era más propia de

un niño de 10 años que los 15 que indicaba la ficha metálica que asomaba entre los botones de su camisa.

Ante la presión de los demás, giró el pomo y se adentró en la larga y oscura sala. Era verano, las gruesas paredes de la dependencia la mantenían con el frescor más propio de una cueva, pese a ello, la tensión de ser sorprendido por alguien, ponía al descubierto un brillo de gotas de sudor que asomaban reflejados por la luz de la luna que entraba por las ventanas de la izquierda.

Como si de un fantasma fugitivo del inframundo se tratase, se movía con una incommensurable agilidad difícil de explicar.

Se acercó a la litera donde descansaba Pedro, tocó su hombro en un intento por rescatarlo del fuerte abrazo de Morfeo en el que estaba sumido, dijo...

—Ven, te esperan fuera, no hagas ruido.

Sin dar tiempo a réplica con un gesto demandando silencio, Antonio desapareció entre las sombras de la sala.

Pedro, todavía algo adormecido, no sabía si la imagen de aquel niño era real o si se trataba de un fantasma, intentó conciliar el sueño, aludiendo a que había sido fruto de su imaginación.

Empezó a dar vueltas en la litera, estaba intrigado, quién podría llamarlo a altas horas de la madrugada, y si no era un sueño y si alguien lo buscaba ¿podría dejar la oportunidad de dejar escapar un amigo?

Desde que tiene uso de memoria, Pedro había estado sólo, su timidez no facilitaba las cosas con los demás chicos, ya estaba estigmatizado con la marca del chico raro del internado.

La curiosidad y el ansia de tener alguien con quien poder compartir sus cosas pudieron con él, se levantó cuidadosamente de la cama, sin apenas hacer ruido salió de la estancia, allí estaban, el grupo de los 11 le esperaban.

Antoñito, retirándose hacia atrás dejó paso a los líderes del grupo, Fernando y Alfonso se acercaron a él.

—¿Hola, te interesa unirte a nosotros? preguntó Fernando.

—¿Unirme?

Alfonso, que era el más vivo en palabra, tomó la iniciativa.

—Verás, hemos formado una sociedad secreta, un club formado por... dudó un instante, por 12 miembros, 12 miembros con el juramento de ayudarnos, algún día seremos poderosos y entonces desde la sombra, dominaremos esta nación.

El grupo estaba formado por diferentes edades comprendidas entre 13 y 17 años, todos ellos venían de diferentes ámbitos importantes de la economía española, Alfonso, hijo de un destacado miembro del consejo de ministros de Franco, Fernando hijo del propietario de la mayor empresa de telecomunicaciones del país, Marcos, hijo de un destacado ingeniero con reconocimiento internacional, Belmonte, heredero de un marquesado concedido tras la guerra, y así sucesivamente, todos ellos provenientes de alta cuna, formaban parte de un círculo del cual ninguno podría salir, un círculo cerrado donde todo, salvo la traición estaba permitido y consentido, para ello, necesitaban un pacto de silencio, un pacto que llevarían a cabo la noche de la luna de sangre.

Aquellas palabras retumbaban en el interior de Pedro, causando el mismo efecto que el agua para un sediento en el desierto.

Toda su vida se la había pasado entre aquellas paredes, viendo como con cada graduación entraban y salían nuevos alumnos, tenía ante él la posibilidad de dejar los libros y los cuentos por

gente de su edad, gente real, la oportunidad de tener amigos. Entrar en aquel grupo, suponía lo más parecido a la familia que nunca tuvo.

—De acuerdo.

—¿No creerás que puedes entrar nuestro club sin antes demostrar que eres capaz de todo para el grupo, verdad?

—¿Qué quieres decir Fernando?

—Como verás, eres el único que no proviene de una rica familia, de hecho, ni tan siquiera conoces a tus padres, así que poco podrás aportar a nuestro club, bueno sí, una cosa, lealtad absoluta, si esto fuera un ajedrez, tendríamos todas las figuras, pero no podemos empezar la partida sin un fiel peón.

Con 13 años, Pedro no entendió lo que implicaría aquello, pero el pertenecer a un grupo, le atraía de tal manera, que accedió a la petición.

—Ven, acompáñanos al cobertizo.

Una vez allí, Fernando sacó entre dos fardos de paja un cachorro enrollado con unas mantas, era una cría de la camada de uno de los perros pastores del padre Pascual.

Alfonso, le entregó una daga que había pertenecido a su familia y mirándolo fijamente...

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—No creerás que voy a hacerlo.

De repente, al igual que en una ceremonia, el grupo de los 11 rodeó a Pedro y empezaron a canturrear como si de una oración diabólica se tratase, 12 tribus, 12 apóstoles, 12 mariposas.

Giraban entorno al nuevo miembro –12 mariposas, 12 meses, 12...

—No puedo hacerlo —exclamó alterado.

Un escalofrío recorría su cuerpo, la escena parecía sacada de una película de terror.

Fernando y Alfonso se miraron, comprendiendo que no sería capaz de dar el paso,

—¡Andrés, ayúdalo! —dijeron con tono violento.

Pedro, asustado, cerró los ojos, frente a él tenía aquel pequeño cachorro, indefenso, parecía un peluche ¿cómo iba a matarlo?

De repente, notó como alguien le agarraba la mano con la que tenía empuñada la daga, notó la presión que ejercía la mano de Andrés sobre la suya, poco a poco se dirigía hacia el pescuezo de aquel pobre animal, instintivamente apartó el brazo, pero Andrés lo cogía con fuerza, el forcejeo duró tan solo unos instantes, retrocedió apenas dos pasos y tropezó con uno de los fardos que habían retirado anteriormente al descubrir el cachorro, cayendo al suelo, sobre él, notó el peso del otro joven, Pedro sólo vio la mirada fija de aquel niño sobre su rostro, intentó emitir alguna palabra inteligible que más bien parecía un reproche. Lo siguiente que recuerda es aquel charco de sangre roja empapando su camisa, en el forcejeo, la daga se había clavado en el abdomen de Andrés.

El grupo dejó de girar en torno a ellos, Alfonso y Fernando con una mirada de complicidad y una sonrisa de sadismo, dijeron;

—ahora no puedes salirte del círculo, más te vale estar con nosotros.

Los recuerdos bombardearon a Pedro, ciento de diapositivas invadieron su cerebro, como si de una película de cine se tratase, todas las vivencias de su corta edad, pasaron dibujando una cortina opaca que lo aislaba de la realidad.

Atemorizado por lo ocurrido, intentó excusarse.

—Yo no quería, ha sido un accidente.

—¿No querías? hemos visto como cogías fuertemente el puñal, tan sólo tenías que haberlo soltado.

—Pero...

Pedro, conmocionado, no supo que responder, había matado a un compañero.

Otro miembro del clan, dijo

—Sí, todos lo hemos visto, te resistías a que no te lo quitaran y le has abierto las tripas.

A lo que se sumaron otros tantos comentarios por parte del clan al igual que respondería una manada de hienas.

Acorralado por las acusaciones, no pudo evitar sentirse culpable.

—Tranquilo, eres de nuestra familia, uno de los pilares del clan de la mariposa es ayudar a sus miembros pase lo que pase, nadie nunca sabrá que lo mataste, te ayudaremos a esconder el cuerpo, pero recuerda, ya estás en el círculo, ya no hay marcha atrás.

—Cómo vais a ayudarme, no podemos esconderlo aquí dentro, los curas lo descubrirán enseguida.

—Confía en nosotros, somos gente de recursos —replicó Alfonso al tiempo que sacaba una llave de su bolsillo.

—¿Ves esto? es una copia de la llave maestra, Gonzalo se la tomó prestada al gordo de don José, ese maldito cura es capaz de dormirse de pie teniendo la barriga llena.

Con ella saldremos del internado, lo llevaremos a las cuevas subterráneas, el agua y unas cuentas piedras, harán el resto.

CAPÍTULO 7

La noche prometía larga, apenas quedaban dos horas para el alba, pronto los sacerdotes tocarían una pequeña campana en su llamamiento a la oración. Todas las mañanas, a las 07:30, antes del desayuno, solían tocar una esquila en señal de aviso.

La luna brillaba con fuerza, gracias a su tenue luz, podía vislumbrarse sin necesidad de candelabros el sendero que llevaba a las cuevas.

Con una carretilla, los miembros más mayores, sacaron a su compañero camuflado entre mantas y sacos de paja, la puerta del internado estaba cerrado a cal y canto, la llave maestra abrió los dos candados con la que estaba asegurada, atravesaron el portal de madera de roble, llegaron a un pequeño desvío, tan sólo a unos 200 metros del caserío, el peligro a ser descubiertos había pasado.

Se adentraron por una senda hasta que las piedras y los arbustos lo permitieron, apenas habían recorrido 100 metros desde el desvío cuando tuvieron que cargar con Andrés auestas, pese a que no era chico que se caracterizara por su desarrollo, tuvieron que transportarlo por turnos.

Manolo, Fernando y Alfonso se hallaban extenuados por el esfuerzo, el camino se hacía cada vez más angosto.

El resto del grupo se quedó en el centro con la intención de vigilar a Pedro, no podían permitirse que diera un paso en falso movido por la desesperación del momento.

Encerrados en el cobertizo esperaban la vuelta de los mayores, la frialdad de los muchachos no llamó la atención de Pedro, el cual estaba en estado de shock.

Sacaron una baraja de cartas y propusieron jugar una partida a la brisca.

—Saca un cigarrillo de los tuyos.

—¿Quieres? ofreció Marcos al nuevo del grupo.

—¿De dónde lo has sacado? preguntó Pedro con una voz quebrada.

—¿No sabes que mi padre es el mayor productor de tabaco de Italia?

—“El Spagueti” está forrado —se sumó Pascual a la conversación.

—Tenías que haber visto la que nos preparó para la fiesta de fin de curso.

Por el horizonte empezaba a asomar una fina línea anaranjada que podía distinguirse entre la negrura de la noche, Alfonso miró su reloj, apenas disponían de una hora para volver al centro, tenían que deshacerse del cuerpo rápidamente, antes de que los echaran en falta con el desayuno matinal, justificar la salida del recinto a esas horas, implicaría un castigo importante, tal vez la expulsión, aunque en tal caso, estaba convencido de que sus padres lo arreglarían con una cuantiosa cifra de dinero, en casa no lo querían y era consciente de ello, pero ¿y el resto de mariposas?

—Vamos, no hay tiempo que perder, pasamos al plan B.

—¿Plan B? no sabía que había plan B —replicó, con voz de desacuerdo, su mano derecha.

—Fernando, yo siempre tengo plan alternativo ¿recuerdas la sima del tío Vizcaya?

—¿Cómo no? Siempre hemos comentado que cualquier día habrá una desgracia, lo raro es que nadie haya caído todavía por ahí.

—Exacto, ese día ha llegado, hoy, el pobre Andrés va a desprenderse por los más de 50 metros de profundidad que tiene, con este calor, no creo que tarde más de un mes en descomponerse el cuerpo, en caso de que alguien lo encuentre, estaría irreconocible, dudo que

pudiesen averiguar la causa real del fallecimiento, además, con los metros de caída libre que tiene la sima, les va a costar reconocerlo —sonrió al tiempo visualizaba la escena.

Pedro no podía centrarse en la partida, era incapaz de salir del letargo en que se encontraba sumido.

—Más te vale espabilar chaval ¿o crees que cuando den la señal de alarma ante la desaparición de un interno vas a librarte del interrogatorio?

La palabra interrogatorio sobresaltó a Pedro, fue como un jarro de agua fría lanzado sobre su rostro.

—Tranquilo, eres de la familia, nadie ha visto nada, y lo mejor es que tu no recuerdes tampoco nada.

Desde ese instante, armado con la templanza inusual que mostraban el resto de miembros del clan, Pedro asintió y se incorporó a la partida.

En la cima del foso, que parecía haber sido cortado con la precisión de un cirujano, intentaron divisar la base de aquel monumento de la naturaleza, la luna dibujaba sombras sobre las paredes de roca caliza, una imagen hermosa a la vez que tenebrosa.

Al fondo brillaban bajo el reflejo, a pesar de la poca luz que llegaba, las hojas de los árboles donde parecía poder distinguirse las ramas de un alcornoque. Por un momento, Alfonso temió que la frondosa vegetación que se habría pasado ante sus ojos frenara la caída, demasiado tarde para estudiar por donde tirarlo, pensó.

—Ayudadme —exclamó Alfonso a sus compañeros.

—Fernando, tú por los pies, Manolo, ayúdame a cogerlo por los brazos.

Y cogiéndolo entre los tres por las extremidades, balancearon el cuerpo un par de veces hasta conseguir una inercia coordinada, contaron hasta tres y lo lanzaron lo más lejos posible que pudieron.

El sonido, en mitad de aquella oscuridad iluminada por la luna, fue espeluznante, dos estruendosos golpes secos, primero sonaron ramas quebradas para después un sonido sordo impactar contra las rocas del fondo.

—Ya está hecho, ahora toca volver antes de que suene la campana, no tenemos tiempo que perder.

—¿Qué hacemos con las mantas? están empapadas de sangre.

—Las quemaremos mañana en la ceremonia, ahora démonos prisa, pronto sonará el maldito aviso.

Tras aquellas palabras, salieron corriendo del lugar, estaba amaneciendo, cada minuto, la luz de la luna iba menguando a favor del sol.

En el cobertizo la partida había terminado, era hora de que volvieran a sus respectivos pabellones, pronto se escucharía un leve tintineo que daría vida al internado.

Llegaron a la puerta principal, ya era completamente de día, metieron la llave en la cerradura de hierro envejecido cuando se pudo escuchar el cimbalillo de la torre. Con miedo a que los más madrugadores ya deambulasen por los pasillos que conducían al comedor, asomaron la cabeza con cuidado de no ser descubiertos, habían fracasado, las ventanas de los claustros empezaron a abrirse, el padre Damián iba con don José tocando con los nudillos las puertas de los pabellones, los internos que se quedaban en verano, por la noche nunca tenían prisa en acostarse, pero por la mañana despegarlos de las sábanas era toda una ardua tarea que debían tomar con paciencia.

Los tres, en el portal, plantados y con las piernas llenas de arañazos de la broza, dudaron si entrar rápidamente o esperar, optaron por cerrar dejando una pequeña rendija entre el marco y

la puerta, lo suficiente para ver de reojo si podían acceder a su interior sin ser descubiertos.

La entrada parecía complicarse, cada vez salía más gente al patio, el resto del grupo, salió en fila de sus dormitorios reuniéndose con Pedro en el huerto.

—No han llegado.

—Deben estar cerca.

—Mirad —gritó disimuladamente Antoñico.

—La puerta no está cerrada.

Pedro, de manera instintiva y sin pensarlo dos veces, se acercó hasta que pudo distinguir como unos ojos lo observaban, se giró y volvió corriendo hacia donde estaba el resto.

Al otro lado, los nervios empezaban a aflorar y las discrepancias entre los tres no tardaron en aparecer.

Fueron unos momentos de confusión, de pronto de manera inesperada, se escuchó un grito.

—¡Fuego, Fuego!

De pronto, la gente corría de un lado para otro, alarmados, sin saber el origen de la alarma.

Los fardos de paja del cobertizo empezaron a echar humo, a los pocos minutos, las llamas alcanzaban la parte superior del refugio donde horas antes habían escondido aquella cría esperando que Pedro se sumase al grupo.

Pronto se organizaron en una larga fila, desde las cocinas llenaban cubos de agua que iban pasando de uno en uno al compañero de al lado, un trabajo en equipo, donde todos colaboraban, una cadena humana con un único objetivo, sofocar las llamas.

—¡Ahora! Gritó Fernando —es nuestra oportunidad.

—No, vayamos por la puerta de servicio, ahora están todos entretenidos pasando cubos de agua.

—Buena idea —repuso Manolo.

Cerraron la puerta, ya no tenían visión de lo que ocurría en el interior, pero controlar el incendio les llevaría algún tiempo.

Dieron la vuelta al recinto, allí estaba la pequeña puerta auxiliar, normalmente la utilizaban para recibir pequeñas mercancías, aunque también era frecuentada por algunos sacerdotes en sus escapadas nocturnas.

Abrieron la puerta, accedieron por un pasillo con las paredes de piedra pintadas de blanco, ya estaban dentro.

La cocina estaba llena de gente, los cubos iban y venían llenos de agua. Alfonso y Manolo se sumaron a la hilera de gente que trabajaba a destajo pasando cubos, Fernando salió al exterior, se acercó hasta donde estaba el resto y felicitó a sus compañeros por la hazaña, sabía que el grupo había facilitado la entrada provocando el fuego.

—Ha sido cosa del “Spaguetti”—susurró uno de sus miembros.

Aprovechando el desconcierto, Fernando bordeó el granero, observó unas brasas incandescentes que se habían librado de los pozalazos de agua y sin dudarlo, arrojó la manta ensangrentada, la única pista que quedaba de lo ocurrido en aquella fatídica noche.

Aquel 18 de julio era festivo, en el día de la celebración del alzamiento, la mayoría de familiares recogían a sus hijos con la intención de aprovechar el puente.

El núcleo duro del profesorado pasó el día en silencio, cabizbajos, la mañana no había empezado bien, aquel incendio podía haber acabado con congregación del internado ¿qué hubiera sucedido en caso de que las llamas hubieran alcanzado los pabellones mientras estaban durmiendo? Se preguntaban todos.

Podía haber sido cualquiera, el rector del centro, Emilio, era conocedor de que alguno de sus rebeldes adolescentes fumaba, pero también conocía de los vicios de alguno de los miembros de la congregación, cualquier colilla mal apagada podía haber sido la causante.

¿Qué castigo podría imponer? Meditaba en silencio durante la comida. Sin hallar respuesta, se resignó a pedir colaboración en la construcción de un nuevo cobertizo, de esta manera, el culpable, si tenía algo de conciencia, ayudaría en las tareas de reconstrucción purgando así su pecado.

Llegada la noche, Pedro se dirigió con extrema cautela al patio exterior, el roce de una china en el cabello llamó su atención, una mano oculta tras las columnas de los arcos que formaban el claustro sobresalía haciendo aspavientos indicándole que se acercara, fue hacia el pilar de piedra y rápidamente se encontró con Marcos, los dos, acurrucados, agazapándose de la claridad de la que presumía la luna llena aquella noche.

—Tenemos que saltar el muro.

—¿Cómo, no teníais una llave maestra?

—Sí, pero el rector ha ordenado hacer guardia esta noche, tras el incendio, los más mayores están cuestionando su capacidad para dirigir el centro y no quiere ser tan permisivo en las escapadas nocturnas de los suyos.

—Subiremos por el muro trasero, ahí la torre del campanario nos oculta del intenso brillo lunar.

Dirigiéndose al muro, subieron sobre los dos cajones que habían apilados, y con un salto, treparon hasta la parte superior, por suerte, las clases de educación física del padre Mateo daban su fruto, estaban fuertes y ágiles, ello les facilitó la tarea.

Una vez al otro lado se adentraron en el bosque, al fondo una pequeña hoguera indicaba el lugar elegido.

Manolo, que era muy supersticioso no se sentía seducido por la idea del juramento siendo uno menos, Alfonso le había convencido durante meses que 12 era un número mágico, símbolo de poder y fortuna, el accidente de Andrés les había dejado una baja. Dudó si todo aquello se les había ido de las manos, pero la alineación del planeta rojo con la luna de sangre sólo se daba cada 21 años, con mala suerte o fortuna, daba igual, tenían que hacerlo, habían llegado demasiado lejos para echar marcha atrás.

Una vez comenzó el ritual de iniciación, Alfonso sacó el cachorro que habían cogido la noche anterior para poner a prueba a Pedro, lo habían criado oculto durante mes y medio en el granero incendiado.

Al verlo, Pedro no pudo evitar sentir cierta aversión sobre el animal, como si redimiera su culpa acusándolo de ser el causante de aquel desgraciado incidente.

Fernando leyó en voz alta un escrito con las bases de la sociedad de las 11 mariposas, al finalizar todos juraron fidelidad al club que habían fundado y para sellar el juramento, uno a uno fue pasando, con daga en mano, originando un corte sobre el pobre cachorro. Llegado el turno de Alfonso, lo colocó en el suelo y le asestó el golpe final. Colocó la mano sobre la nuca del can, hundió sus dedos en uno de los cortes y los untó de la sangre que todavía brotaba del cachorro marcando a los integrantes de la reunión.

El juramento bajo la luna de sangre había concluido, ya nunca volverían a ser los mismos, ahora eran mariposas.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente, tras el eclipse, los maestros se percataron de la falta de un alumno, Andrés Colmejero, natural de Palencia, sus padres lo habían internado con la esperanza de que corrigiera ciertos vicios que les tenía preocupados.

Sus padres siempre habían presumido de lo fuerte y grande que se estaba criando comiendo de todo, mientras otros niños de su edad no querían probar los higadillos o los sesos de cordero, Andrés nunca parecía tener bastante, le encantaba la carne, principalmente las vísceras.

A medida que el niño iba haciéndose mayor, demandaba sus platos de menudillos a los que estaba acostumbrado cada vez menos hechos, hasta el punto de estar casi crudos, decía que así tenía el sabor más fuerte, hasta ahí todo podía encuadrarse dentro de una rareza dentro de la normalidad, incluso el médico de la familia les indicó que no se preocuparan, que así, al punto, es como debían de consumirse para favorecer la absorción de hierro, pero cuando empezó a servirse él mismo de la nevera, las primeras alarmas saltaron en la casa, toda carne que entraba, Andrés tenía que probarla tal cual venía del matadero.

El desencadenante del ingreso en el internado fue tras haber desangrado al gato de la familia, almacenando su sangre coagulada en pequeños frascos, los padres, asustados por el cariz que estaba adquiriendo, decidieron internarlo en un colegio de renombre sobradamente conocido por las clases altas de toda la Península.

Don Emilio, rector del centro, había obtenido diversos premios otorgados directamente por el caudillo en favor de la capacidad del centro en reconducir jóvenes rebeldes de toda España, además también había recibido diversos diplomas desde la ciudad vaticana de reconocimiento a su labor social con pequeños huérfanos desamparados por el sistema.

La prensa del régimen llenaba portadas con las virtudes del internado, en casi todos los periódicos había una reseña del centro a modo reclamo “¿Tu hijo juega con muñecas? No lo dudes, no dejes pasar más tiempo, la homosexualidad puede tratarse en edades tempranas, visita nuestras instalaciones, o del tipo ¿tu hijo te cuestiona, harto de las malas notas? ven a nuestro centro educacional y di adiós al fracaso escolar, la mano dura del padre Emilio y su claustro forjarán los hombres del mañana”.

Los padres de Andrés, desesperados, tras una llamada telefónica con el padre Emilio no dudaron en trasladarse a Madrid.

Pedro, en cuanto fue conocedor de la búsqueda que habían emprendido desde el internado, no pudo evitar pensar en que estaba perdido, lo iban a encontrar y pronto todos sabrían que era un asesino.

Alfonso, uno de los alumnos más veteranos se ofreció voluntario en las labores de rastreo, Fernando y Manolo también deseaban encabezar las partidas de búsqueda, pero como los mayores del grupo, sus mariposas, como así apodaban a sus miembros, los necesitaban más que nunca.

Llegó la noche y con ella los primeros hombres volvían al centro sin rastro del joven Andrés.

Su tutor interrogó a todos sus compañeros de clase, tal vez podría haberse escapado, los adolescentes son un coctel de hormonas impredecibles.

Aquella noche, fue casi imposible conciliar el sueño, sabían que, a primera hora de la mañana, uno a uno, serían interrogados el resto de alumnos en busca de alguna pista donde seguir la búsqueda, un escándalo como ese no podía traspasar los muros del centro.

Ninguna de las preguntas dio el resultado que esperaban, necesitaban ayuda del exterior, antes de avisar a los padres del desaparecido, el rector realizó una llamada a un viejo amigo.

—Julio, tenemos un problema, uno de los alumnos del centro se ha escapado y no tenemos forma de dar con él, tengo que dar parte a los padres.

—¿Cómo, me estás diciendo que un jodido niño ha desaparecido sin dejar rastro?

—Me temo que sí.

—¿Pero tu sabes en qué lío nos puedes meter si esto llega a la prensa internacional?

—¿Qué le importa esto al resto del mundo?

—Les importa una mierda Emilio, pero lo utilizarían en contra del régimen ¿imaginas el daño que puede hacer el titular...” Un internado del régimen franquista pierde un niño, la mano dura de la educación del régimen se le escapa un alumno” ... ¿te das cuenta?

Emilio asintió con resignación, había fracasado como rector y lo más importante para él, había perdido toda credibilidad con el caudillo, seguramente, sus contactos vaticanos lo enviarían escondido de la opinión pública a algún convento perdido, todo por lo que había luchado todos estos años se esfumaba ante sus ojos siendo incapaz de hacer nada por evitarlo.

—Emilio, este caso hay que cerrarlo rápido, llama a los padres, yo me encargo del resto.

Habían pasado ya 72 horas desde la muerte de Andrés cuando los padres, desesperados por la noticia, llegaron al centro.

Tres furgones de la guardia civil y un coche de la brigada político social estaban aparcados junto a la entrada.

Desesperados desde que recibieron la noticia, los padres del niño desaparecido entraron buscando explicaciones, la madre, rompió a llorar mientras gritaba desesperadamente. Uno de los guardias tuvo que intervenir bajo aquellos gritos desgarradores. El resto del alumnado, asomado por las ventanas que daban al claustro intentaba descifrar qué estaba pasando como si de una serie del inspector Colombo se tratase, todo tipo de teorías corrían por los pasillos.

El clan de las mariposas estaba inquieto, Alfonso y Fernando no habían barajado la posibilidad de que la desaparición adquiriera aquellas dimensiones, pensaban que un coche de la guardia rural y voluntarios del pueblo serían todos los medios de los que dispondrían para la búsqueda, cuando vieron llegar el coche del servicio de inteligencia custodiado por la guardia civil no pudieron evitar ser devorados por los nervios.

Tras una larga conversación de las fuerzas de seguridad con los padres se iniciaron las labores de búsqueda. El calor sofocante del verano en la sierra de Madrid, impedía que la búsqueda se alargase todo el día de manera ininterrumpida. Empezaban a las 7:00 y paraban a las 14:00, comían y para evitar contratiempos por los efectos del fuerte sol, no retomaban las tareas de búsqueda hasta pasadas las 17:00. Cada parada, el grupo lo celebraba como una victoria, necesitaban tiempo.

Habían pasado ya 2 días desde la llegada de los padres del muchacho cuando un brigada se acercó al que estaba al mando de la policía secreta del estado.

—Mi teniente, hemos localizado una sima a 2km de aquí, el acceso debe hacerse a pie ya que la vegetación y el relieve del terreno dificultan la entrada con los Patrol, creemos que el chico puede haber caído, solicito permiso para iniciar las tareas de exploración.

La investigación había dado un giro de 180°, en un principio se habían basado en la travesura de un adolescente, tal vez se había fugado cerca de algún pueblo buscando una caseta de campo donde reunirse con alguna joven muchacha que hubiera podido conocer en uno de los días de permiso, de ahí, que todos los efectivos se centrasen en caminos principales, pero el descubrimiento de aquella fosa, capricho de la naturaleza, lo cambiaba todo.

Julio estaba ansioso por cerrar el caso, los primeros curiosos del pueblo más cercano comenzaban a acercarse por el internado, si esto se alargaba, difícil tarea les esperaba.

—Permiso concedido, disponga de cuantos medios sea necesario brigada —respondió Julio con semblante serio y decidido.

Estaba oscureciendo, ya estaba todo el material preparado, los alrededores de la fosa estaban llenos de cuerdas y arneses esperando ser utilizados en el descenso.

El rector, acompañado de Julio, acudió hasta la misma sima con la esperanza de obtener alguna pista que pusiera punto y final a aquella pesadilla, los padres del alumno habían amenazado con acudir a la prensa extranjera si era necesario.

Si esta amenaza era llevada a cabo, sería el final de Emilio y el principio de una serie de ataques al jefe mayor del estado, la estabilidad del país estaba en juego, no podían ser la gota que colmara el vaso en una España llena de conflictos internos y una Europa esperando la oportunidad de entrar al trapo.

Aprovechando que en el centro reinaba el desconcierto, el clan de las mariposas convocó una reunión de urgencia tras las últimas noticias que les había llegado.

En la sala continua a la biblioteca, había una pequeña sala de recepción para invitados, Marcos con ayuda de Pedro atrancaron la puerta con la intención de que no entrara nadie.

Alfonso empezó a hablar.

—Como todos sabéis, la investigación de los agentes se está acercando a dónde tiramos el cuerpo de Andrés, tenemos que permanecer unidos, nadie, salvo los miembros presentes, pueden acusarnos de asesinato y encubrimiento, hicimos un pacto con la luna de sangre sellado con la vida de aquel cachorro, hoy ha llegado el momento en que pongamos a prueba la solidez del grupo.

Pedro escuchaba con atención, pese haber sido un accidente, él se sentía culpable, le habían hecho creer que era un asesino, que ante el forcejeo con Andrés no dudó en clavar el puñal en sus entrañas, expectante a las palabras de Alfonso, interrumpió.

—Chicos, quiero daros las gracias por todo lo que estáis haciendo por mi, os aseguro que compensaré con creces todo esto.

Los miembros del clan se miraron unos a otros, y al grito de la pregunta...

—¿Qué somos?

Respondieron...

—¡Mariposas!

Tras este momento de euforia provocado por lo que se había convertido en su grito de guerra, abandonaron la sala con más coraje que nunca y se encerraron en sus respectivas habitaciones a la espera de nuevas noticias.

Un guardia civil se deslizaba verticalmente entre las rocas de la sima, el descenso sin apenas luz complicaba las tareas, pero por orden del teniente esa misma noche, si Andrés estaba ahí abajo, tenían que saberlo.

Llegó al fondo, la linterna del frontal buscaba una zona donde poder desengancharse para iniciar una exploración más exhaustiva, desde arriba parecía un perímetro más sencillo de acotar, por lo que por el walkie comunicó su situación y solicitó la ayuda de un compañero.

Piedras, matojos y envases cubrían la superficie del suelo, el reconocimiento visual de la zona había comenzado.

Arriba reinaba el silencio, ya era de noche y los hombres estaban agotados tras dos días de búsqueda en duras condiciones, una masa de aire del Sahara había entrado a la Península dejando un calor tras su paso que apenas dejaba conciliar el sueño, eso, sumado a las horas que

llevaban los participantes de la búsqueda a sus espaldas, comenzaba a hacer mella entre los agentes.

De pronto, entre la oscuridad del fondo de aquel angosto barranco, se pudo escuchar la señal para subirlos. Los hombres rápidamente cogieron el extremo de las cuerdas que sobresalía de la polea instalada y comenzaron a tirar.

Las caras de los agentes al tocar la superficie lo decían todo.

—Señor, hemos encontrado el cuerpo sin vida del menor.

Julio, contento por el resultado de la operación, miró con aires de desprecio al padre Emilio.

—Parece que la has cagado hermanito.

El rector, conmocionado por la noticia no dijo palabra.

—Tranquilo, Emilio, me encargaré de todo, déjame a mi hablar con los padres.

Tras la conversación entre el teniente del servicio de inteligencia y el rector, se dieron por finalizadas las tareas de búsqueda, el próximo día sacarían el cadáver y cerrarían el asunto definitivamente.

—Bien muchachos, recojamos, mañana nos espera un día duro, no quiero ni una palabra de lo que ha sucedido aquí ¿de acuerdo? Y por supuesto, los padres todavía no deben saber nada.

Tras la orden, se retiraron a descansar al internado, esa noche, la tensión podía sentirse en el ambiente, cenaron en el comedor principal y sin apenas mediar palabra los agentes se fueron a descansar, el día del alzamiento del cadáver solía ser un día duro hasta para el más veterano.

Cuando el teniente Julio comunicó el hallazgo del joven, sus padres estaban desolados, no podían creerlo, habían enviado a su hijo a hacerse un hombre de provecho y le devolvían un cuerpo sin vida y destrozado.

El reconocimiento del cadáver fue a través de los objetos personales, el muchacho estaba completamente desfigurado los más de 50 metros de caída y el avanzado estado de descomposición, ayudado por la ola de calor, hacían prácticamente irreconocible al chico.

Realizaron una autopsia de oficio, para ello, habilitaron una sala a modo de campaña en el patio central, oculto a los ojos de curiosos. Tras quitar las ropas, enseguida los agentes encargados del estudio médico, observaron una incisión en el abdomen, el muchacho parecía haber sido apuñalado y lanzado al vacío en un intento de ocultación del cuerpo.

—Teniente, tiene que ver esto—dijo un hombre vestido con bata verde y mascarilla mientras asomaba medio cuerpo entre la tela de la tienda de campaña.

Cuando le comunicaron aquella evidencia, Julio con la autoridad de un teniente del servicio de inteligencia del estado, ordenó no dejar constancia del hallazgo en el informe.

Esa misma tarde, Julio reunió al rector como responsable del centro junto con los padres de la víctima, leyó el informe de las fuerzas de seguridad en voz alta y entregó copia de la autopsia.

—Causa de la muerte, politraumatismos compatibles con caída de 50 metros, hallados restos en las uñas de minerales compatibles con el terreno.

El padre, no pudo escuchar más, las lágrimas nublaban todos sus sentidos.

Don Emilio, se sumó al duelo con un fuerte abrazo a aquellos padres rotos por el dolor, consideró que el silencio sería más apropiado que unas palabras de consuelo que más bien sonaban a excusas.

El teniente Julio, se levantó de la silla y estrechó la mano a los progenitores.

—Lo lamento señores —dijo mientras salía por aquella puerta con intención de abandonar el lugar y volver a la capital.

Al despedirse de su hermano, le advirtió que vigilara a los muchachos.

—Tienes un asesino en el centro, es más, me aventuraría a decir que no trabaja solo, trasladar el cuerpo hasta ahí no creo que pudiera hacerlo una persona, deberías andar con pies de plomo, normalmente si no son pillados, suelen repetir.

—¿Qué quieres decir? Tu mismo has dicho que cayó por la sima.

—Sí, claro, y caer cayó, pero tenía una herida en el abdomen causada por arma blanca, nuestros hombres tienen la certeza de que fue hecha en vida, seguramente, tras el asesinato quisieron deshacerse del cuerpo.

—Dios mío ¿quién habrá podido hacer algo así?

—Yo apostaría a que alguien del centro, además, hay algo que he omitido de la investigación.

Entonces, metiendo su mano en un bolsillo entregó un papel a su hermano con total discreción, a pesar de hallarse a solas en la sala de recepción.

El papel contenía un dibujo, era una mariposa, donde podían distinguirse una letra en cada ala, eran las iniciales del centro separadas por un número, el 11.

—Alguien estaba muy interesado en dejar su sello, sabía que lo íbamos a encontrar, es un psicópata que disfruta con estos jueguitos.

El padre Emilio no daba crédito a lo que estaba escuchando, con la mirada perdida en aquel esbozo, lo primero que pasó por su cabeza fue la conveniencia de convocar a los internos y mostrar aquel dibujo diabólico, tal vez, bajo métodos poco ortodoxos alguien dijera algo.

Una voz le devolvió a la realidad.

—Lo mejor que puedes hacer es vigilar y evitar que vuelva a suceder, he podido taparte este viaje, si se repitirse, no tendré más remedio que dar parte a mis superiores, un asesino en serie, en un correccional del estado, es un atentado al régimen y debe ser exterminado como una amenaza.

CAPÍTULO 9

Era el último año de Alfonso en el internado, había finalizado el bachiller y ahora tenía que cursar estudios superiores tal y como obligaba la tradición familiar, sus padres le habían preparado todo el papeleo, estudiaría medicina en la universidad de Alicante.

Pese no haber tenido opción a elegir, la idea le parecía atractiva, siempre había tenido curiosidad por el cuerpo humano y su mente, la psiquiatría le gustaba, tal vez, el hecho de ser consciente de ser diferente al resto, aumentaba su hambre de cultura, de cierta manera, ansiaba saber por qué los demás no concebían el mundo igual que él.

En cambio, Fernando de la misma quinta, no había conseguido acceso a ingeniería en sistemas en ninguna de las pocas universidades donde se impartía, el dinero con que disponían sus padres, no sirvió para comprar su entrada, una universidad al norte de Inglaterra parecía que había respondido a su solicitud, pero no fue apto en la prueba de inglés.

El grupo se seguía reuniendo tres noches por semana, el nuevo granero era el centro de operaciones entre semana, el fin de semana, el aprovechando la permisividad del internado a los alumnos solían reunirse en una vieja casa de campo que había abandonada cerca del pueblo.

Eran las fiestas de san Jerónimo, el pueblo estaba lleno de gente de la contornada, los alumnos de san Jorge del padre Jofré disponían del día libre, el toque de queda era a las 21:30, tiempo más que suficiente para disfrutar de la variedad que ofrecían las fiestas populares.

El clan de las mariposas, sentados en un banco cercano a la plaza, se deleitaban observando a las jóvenes de la villa mientras, ocultado en una bolsa de papel, bebían de una botella de whisky escocés que había conseguido Marcos en una de sus visitas a la casa familiar.

—Alfonso, mira aquella morena, deberías darte un homenaje antes de irte a la universidad —dijo Fernando.

—Menuda pinta de golfa tiene —añadió Tomás.

Sin ningún tipo de respeto, dos de los miembros se acercaron a la muchacha con intención de convidarla a tomar algo, cosa que la muchacha rehusó, aquellos chicos le parecieron algo siniestros, además la forma grotesca en que se dirigieron no invitaba en absoluto a acompañarlos, más bien a alejarse del lugar.

Tras el rechazo, entre las mofas de sus compañeros, volvieron al banco donde estaban los demás sentados. En eso, dos niñas uniformadas, Irene y Antonia se pararon frente a ellos,

—Disculpad ¿la calle mayor?

El grupo, con la mirada de unos cazadores observando a su presa, amablemente les dieron indicaciones al tiempo que Alfonso, de manera extremadamente refinada les invitaba a dar un paseo con ellos.

Las niñas, en un principio desconfiaron, pero la manera elegante y culta con que se expresaba aquel chico les atrajo.

—Para nosotros, y me permito hablar por el grupo, sería un honor que dos lindas señoritas compartieran unos minutos con nosotros, hemos viajado desde Salamanca para las jornadas de jóvenes de Cristo rey, nuestro colegio quiso hacer una parada en este bonito pueblo para que nos empapáramos de la cultura y fiestas populares de nuestra hermosa patria.

Las jóvenes, encandiladas con la dulzura de aquellas palabras, cayeron en la mentira aceptando la invitación.

Mientras paseaban y conversaban, la manada fue haciéndose una composición de lugar,

con relativa facilidad, habían conseguido sacarles con quienes habían llegado al pueblo, hasta qué hora tenían planeado estar y demás preguntas todas ellas enfocadas a diseñar su estrategia de ataque.

Pronto, uno de ellos propuso tomar una copa junto con unos cigarrillos en un lugar más tranquilo. A las jóvenes, como todo lo prohibido por los adultos, la idea les pareció interesante, ya habían roto el hielo del principio, por lo que relajadas en el ambiente en que estaban accedieron.

—Venid, es por aquí —les indicó Pascual.

Alfonso, cogió de la mano a una de las niñas, Irene, tendría 14 años, era rubia como el trigo de los campos de Castilla, su cabello brillaba con el reflejo del sol sobre ella dándole un aura especial, que más que una niña de 14 años parecía un ángel que había bajado desde el cielo.

La niña en un principio, no intentó escabullirse de aquel osado gesto, se sentía atraída por Alfonso y no quería dar la imagen de niñata de colegio de monjas. Su amiga Antonia, no quería quedarse atrás, veía como su compañera había llamado la atención del mayor del grupo, por lo que de manera disimulada intentó imitar los gestos que había visto en películas románticas, intentando seducir a Pedro, pensó que, si se dirigía al más tímido, ella dominaría la situación sin que se le fuera de las manos.

En cuanto vieron que el pueblo quedaba atrás, las chicas comenzaron a hacer preguntas, se suponía que iban a un lugar tranquilo y a tomar algo y se estaban separando demasiado, por lo que cada vez la situación resultaba más incómoda.

En lo alto de la loma de un pequeño cerro, podía verse una caseta de labranza

—Vamos a subir hasta allí —dijo Pascual.

La chica, que le había dado la mano, voluntariamente y de buen agrado, al joven educado que había conocido minutos atrás, trató de separarla cuando notó que Alfonso ejercía presión sobre ella, evitando que así se soltara, pronto los nervios se apoderaron de la joven.

Su amiga, al ver a Irene, hizo lo mismo con Pedro, éste apretó, pero no la tenía sujeta con la suficiente fuerza y consiguió soltarse con relativa facilidad, de repente, dos de los otros chicos que iban rezagados, se colocaron uno a cada lado de su víctima, como el policía que escolta a su reo camino del corredor de la muerte.

Antonia, intimidada por aquella actitud hostil supo que algo terrible iba a sucederles.

Irene, tiró con fuerza sin conseguir zafarse, lo único que consiguió fue un bofetón que la sumió en un rol de aceptación que impidió toda resistencia. Antonia chilló con todo el aire que sus pulmones permitieron, pero estaban lo suficientemente alejados como que nadie acudiera a su grito de auxilio. No había escapatoria, estaban a merced de aquellos animales.

Durante la semana siguiente, nadie habló de lo ocurrido en la caseta.

Pedro, movido en un sentimiento de culpabilidad, buscó el momento para reunirse a solas con Alfonso, que se había convertido en el líder del clan.

De los 11, el único que no participó en la violación de las dos muchachas fue Pedro, pero se quedó allí, en la caseta, inmóvil contemplando la atrocidad que cometían sus compañeros, incapaz de reaccionar, ni para un lado, ni para el otro.

Sabía perfectamente que estaba mal lo que hacían, pero su compromiso con el grupo era total, le habían ayudado con el accidental asesinato de Andrés y por ello les estaría agradecido el resto de su vida, así lo había jurado la noche que fundaron la sociedad secreta, sellando el pacto con la sangre de aquel pobre cachorro.

Era primer domingo de mes, normalmente el padre Emilio reunía a todos en la ceremonia de inicio de cada mes, la misa no podía ser obligada como si de una clase se tratase, pero para

asegurarse de la máxima asistencia ese día realizaba una homilía diferente, dando mayor protagonismo a los asistentes y realizando una fiesta al finalizar, donde servían coca al estilo franciscano, una delicia para cualquier paladar.

Alfonso, al igual que el resto del clan de las 11 mariposas, aguardaba en la puerta de la capilla, esperando que sonaran las campanas reclamando la asistencia de los feligreses.

—¿Dónde está Pedro? —preguntó Manuel.

—Se habrá entretenido en su pabellón —respondió Pascual.

—Seguro que está en la biblioteca, lleva unos días que prácticamente vive allí —exclamó Fernando.

Empezó en tintineo de las campanas, entraron al interior de la capilla. El resto de alumnos y profesores empezaron a acudir, los asientos pronto se ocuparon.

Alfonso abrió su misal, un marcador llamó su atención, abrió el libro por donde indicaba y su cara se transformó, con una mirada llena de ira se excusó del resto de compañeros.

—A las 12.00 en la torre del campanario —rezaba el sobre el marcador del misal.

—Maldito imbécil —pensó para sus adentros.

Algo no iba bien, aquella nota ya no era un desplante fortuito, Pedro quería hablar a solas con él y eso no podía significar nada bueno.

Salió del recinto sagrado, cruzó el claustro y atravesó un pequeño pasillo de piedra tras el nuevo granero, la puerta del campanario estaba entreabierta.

Miró su reloj, eran las 12 pasadas cuando comenzó a subir las escaleras de la torre, por su cabeza cientos de posibilidades golpeaban su cerebro, pero ninguna respondía a la pregunta ¿qué querrá decirme?

Subió los 350 escalones del torreón, allí, al otro lado de la se encontraba Pedro, sentado sobre una pequeña alza utilizada para hacer funcionar las campanas en caso de fallo del automático.

En cuanto vio asomar a Alfonso, Pedro se alzó en señal de respeto.

—Hola.

—Tú dirás por qué me has hecho subir hasta aquí.

—Sabes que estoy muy agradecido a lo que hicisteis por mi, pero lo del otro día en las fiestas del pueblo...

—No pasó nada —cortó Alfonso la conversación.

—Claro que sí, engañamos a dos chicas y las llevamos hasta la caseta de la tía Riola.

—Mejor que no sigas por ahí.

—Yo no soy así, no puedo seguiros.

Alfonso, reaccionando de manera violenta como antes nunca lo había visto su compañero se abalanzó sobre él.

Pedro, atemorizado retrocedió hasta tocar con su espalda la campana.

—Escúchame escoria humana —exclamó con un tono completamente inmerso en la ira.

—Hiciste un juramento de sangre, un juramento sin retorno.

Pedro titubeaba movido por el miedo.

—Sí lo se, pero...y si...

Alfonso, con una fuerza más propia de un animal que de un ser humano, lo alzó cogiéndole del cuello.

—Creo que no me has entendido, aquí sólo puedes dejarnos de una manera ¿vamos entendiendo lo que significa el clan de las 11 mariposas?

Pedro, apenas podía respirar, las fuertes manos de su oponente le oprimían la tráquea al

tiempo que lo levantaban un palmo del suelo.

Quiso responder, pero el hilo de voz que salía por su boca apenas era audible. Amaratado y temiendo por su vida consiguió decir lo que parecía un perdón, tras aquellas irreconocibles palabras perdió el conocimiento.

Al despertar Alfonso estaba sentado en el alza donde anteriormente lo estuvo esperando él, fumaba un cigarro.

—¿Quieres?

Todavía con la tos propia de la asfixia, negó con la cabeza.

—¿Vas a decirme por qué me has reunido aquí?

Pedro sabía que era una pregunta trampa, un juego de palabras donde la respuesta errónea lo condenaría a la muerte.

Fue entonces cuando se dio cuenta que había hipotecado su vida la noche de la luna de sangre cuando juró convertirse en mariposa.

—Bien, sólo quería que supieras que, pese a no estar a la altura del grupo, estoy y apruebo cuantas prácticas realice nuestro clan.

—Buen chico, ves como no era tan difícil explicarse, empezaste con mal pie, pero has sabido rectificar, espero que de ahora en adelante recuerdes y tengas bien presente esta conversación, si algún día te surge alguna duda, aquí me tienes para refrescarte la memoria, o si prefieres acudir a cualquier otro compañero, estoy convencido que también serán capaces de hacerte entrar en razón rápidamente —dijo mientras una sonrisa asomaba por su rostro.

Era la primera vez que el grupo iba a separarse, Pedro se sentía aliviado por la marcha de Alfonso, pensaba que la universidad le mantendría ocupado, además, Alicante estaba bastante lejos de Madrid como para seguir a la cabeza del grupo.

En su lugar quedaba Fernando, bastante retorcido, pero no llegaba al punto inusitado de Alfonso.

El año, sin el que había sido su líder cofundador estuviera en el centro, cuidando de sus mariposas, como él los llamaba, fue relativamente tranquilo, fechorías rozando la delincuencia no faltaban, pero no con el ensañamiento al que estaban acostumbrados.

Pasaban los días, y con ellos las semanas, los meses volaban, ya apenas quedaba nadie de la noche en que hicieron su ritual de iniciación.

Alguna vez recibían alguna carta del exterior, siempre en tono cordial, nada hacía sospechar que aquellos muchachos ocultaban bajo las letras postales un clan, una sociedad secreta de la que nadie podría escapar hasta el final de sus días.

Alfonso, puntual como siempre, cada 13 de cada trimestre, dedicaba unas líneas a todos sus compañeros de barbaries. De una manera u otra, siempre les recordaba que eran parte del círculo.

CAPÍTULO 10

El clan de las mariposas se había ido graduando uno a uno, sus adineradas familias los habían enviado a las mejores universidades del territorio nacional, el grupo parecía haberse disgregado, cosa que permitía respirar al pequeño del clan.

Habían pasado ya más de 5 años desde aquella noche donde juraron bajo la luz del eclipse lunar que jamás abandonarían el círculo que habían formado. El único contacto que mantenían con lo que quedaba de la sociedad secreta era a través de las cartas que cada 13 de cada trimestre, los diferentes miembros de aquel horrendo grupo, recibían con tan solo el destinatario y el matasellos donde podía leerse, Alicante.

Quedaban 2 meses para finalizar el curso, Pedro ya era mayor de edad, por tanto, no podía permanecer más bajo la tutela del internado, la que había sido su casa todo este tiempo.

Durante todos estos años, había sido formado para enfrentarse a la vida fuera de aquellos muros que lo habían tenido secuestrado desde que tenía uso de razón, lo que para muchos era una cárcel, para él había sido su hogar, no conocía otra cosa, todo lo que pudiera conocer del exterior, se lo habían enseñado horas y horas de lectura en la biblioteca del complejo.

Por norma general, los alumnos que finalizaban sus estudios y carecían de familia acudían a unas tutorías semanales que ocupaban toda la mañana de los sábados, el rector, junto el padre Idelfonso, que era el jefe de estudios de humanidades, eran los encargados de dirigir dichas reuniones. En ellas, intentaban preparar en su recta final a aquellos alumnos que iban a abandonar el centro en los próximos meses.

—Como sabrás, has llegado a la etapa final en este centro, que ha sido tu casa durante muchos años, como en toda familia, has vivido momentos que te acompañaran durante el resto de tu vida y otros que tal vez prefieras olvidar.

—No creo que Don Emilio y Don Idelfonso sepan hasta qué punto comparto las palabras que me dirigen —pensó para sí mismo.

—Queríamos entregarte tu libreta de ahorros, que es donde durante todos estos años se ha ido ingresando una pequeña pensión de orfandad concedida por su excelentísimo Franco.

—Que Dios lo tenga en su gloria —replicó el padre Idelfonso mientras hablaba el rector.

Hasta ahora, Pedro nunca se había preocupado por el dinero, todo cuanto necesitaba se lo proporcionaba el colegio, un uniforme de quita y pon, comida, que pese no disponer de grandes lujos, nunca repetían plato, libros, todos los que quería, tan solo un abrazo, una caricia, un buenas noches acompañado de un beso, ese afecto de unos padres a un hijo es lo que había echado en falta durante su estancia, durante su corta vida.

Cuando abrió la cartilla, su asombro delató cierta satisfacción en los números que había en la libreta.

—No es mucho, pero como hormiguita que hace camino, mes a mes, durante tus 18 años, hemos ingresado esa pequeña cantidad en tu cuenta, con ello podrás apañártelas hasta encontrar un trabajo que te sustente.

Pedro aquella noche no pudo dormir ¿qué iba a hacer con aquel dinero? ni tan siquiera había pensado dónde quería vivir.

A la mañana siguiente, pese a tener el día libre, prefirió pasarlo encerrado en la biblioteca, tenía que planificar su futuro, ya tendría tiempo de pasear.

Cogió un Atlas y lo abrió por la página donde podía verse el mapa de España dividido por provincias, sabía que hacía poco las habían cambiado, pero aquel boceto de territorio político, le sirvió para hacerse una idea.

Tras horas frente aquel libro, ya lo tenía decidido, Cataluña le atraía, incluso de pequeño, tuvo un intento fallido por aprender el idioma de aquella región, el acento le sonaba tan dulce como el italiano y tan elegante como el francés, además, tenía una enorme curiosidad por saber de primera mano qué sucedía en aquella región que tantos quebraderos de cabeza había dado a Franco hasta el punto de prohibir el uso de aquella lengua.

13 de junio de 1978, apenas le quedaba dos semanas para abandonar su hogar, una carta llegó a su nombre, en el matasellos, como no, podía adivinarse la A de Alicante, no había duda, este loco jamás se cansaría de recordarle que estaba allí, pese a la distancia siempre al acecho, cuidando de sus mariposas.

Por un instante dudó si leerla o deshacerse de ella.

—Qué diablos —exclamó como si hablara con alguien más.

—Esta va ser la última carta que reciba de él, en Tarragona no podrá localizarme y por fin esta pesadilla habrá acabado.

En la carta, como en tantas otras que había recibido, tan sólo contaba banalidades sobre sus estudios de medicina, pero en esta, la despedida era diferente, además de recordarle que era parte del círculo, le pedía de manera insistente que se pusiera en contacto con él tan pronto como se instalase en su nuevo destino. Como era evidente, no respondió a su petición.

En patio que daba a la entrada principal, todos los maestros que habían intervenido en la educación de Pedro hacían una fila, todos ellos esperaban para despedirse y dedicar unas palabras a su alumno.

Fue un momento muy emotivo, al fin y al cabo, aquel joven de 18 años llevaba allí desde sus primeros pasos, requisito indispensable para el ingreso en el pabellón de acogida.

Fray Adolfo, el más mayor de todos, no pudo contener sus lágrimas, pese su avanzada edad, gozaba de una salud excelente, pero en cada despedida del área del águila, un trocito de sus recuerdos marchaba con ellos.

Tras la despedida, Pedro se dirigió con una pequeña maleta hacia el pueblo más cercano, apenas unos 5 km le separaban de la parada del autobús regional que conduciría con destino hacia la capital.

El rector, al ver al joven marchar, la conciencia se le removió y se ofreció a llevarlo en su Seat Supermirafiori, a lo que el joven aceptó de buena gana, el calor de julio era sofocante, y cargado con todos sus enseres el camino se le podía hacer realmente largo y pesado.

Asomado por la ventanilla, respiraba el aire de aquellos montes, cerró los ojos y un sinfín de recuerdos le vinieron a la cabeza, que no tardaron en nublarse al distinguir de lejos la caseta donde engañaron a aquellas pobres inocentes.

Como aquel que vive atormentado en sus recuerdos, un sudor frío recorrió su cuerpo dando paso a una tristeza que no tardaría en dar un tono vidrioso a sus marrones ojos.

—Tranquilo muchacho, ya verás como va todo bien —dijo Don Emilio pensando que la idea de enfrentarse al mundo le angustiaba.

—Sí, estoy bien, tan solo...

En ese instante, la posibilidad de confesar sus pecados le invadió, pero el recuerdo de Alfonso cogiéndolo del cuello esfumó toda posibilidad de redención.

Llegaron a la parada de autobús, tan sólo pasaba 2 veces al día, a las 09:00 de la mañana y otro a las 17:00, por lo que tendría que esperar unas horas.

Tras una despedida protocolaria, el padre Emilio volvió a sus obligaciones, enfrentándose Pedro a lo que iba a ser su día a día, la soledad.

Miró el sobre con el dinero en efectivo que le habían dado tan sólo hacía apenas 20 minutos, cien pesetas, le pareció poco, por lo que dispuso que sería conveniente acercarse al banco y sacar algo de su cartilla de ahorros, Madrid era una ciudad grande y cara, si llegaba preparado ante algún imprevisto, mejor siempre si podía solventarlo con la agilidad que proporcionaba un colorido fardo de billetes.

Atravesó la plaza mayor, los niños corrían por las calles, las mujeres se reunían alrededor de un lavadero, los ancianos, sentados en unos bancos bajo la sombra de una higuera observaban todo movimiento.

El pueblo, estaba lleno de vida, cruzó el lavadero y se detuvo frente un pequeño local donde vendían prensa, caramelos y cigarrillos sueltos, de un vistazo leyó los titulares del día, dos llamaron su atención “El Congreso de los Diputados aprueba el texto proyecto de la Constitución” bajo el titular de la portada otra noticia, Alicante conmocionada por la aparición del cuerpo de la 4ª víctima en lo que va de año ¿estamos ante un asesino en serie?

Pedro no pudo evitar sentir estremecerse ¿estarían hablando de Alfonso? Entonces, en un atisbo de cordura pensó que estaba sugestionado ¿de tantos locos sueltos por ahí, precisamente tiene que ser él?

Ahora tendrá cerca de 23 años, está en cuarto de medicina, seguro que ha cambiado, pensó en un intento por auto convencerse.

Al girar la esquina allí estaba el banco, caja rural de la sierra podía leerse en lo alto del portal.

Se dirigió a la ventanilla y muy amablemente retiró algo de dinero.

Al salir, miró la hora, ya era tiempo de comer, apenas tenía hambre aquella mañana, tal vez con todo el ajetreo se le había cerrado el estómago, pero no sabía cuándo volvería a encontrar otro bar donde comprar un bocadillo, así que se dispuso a buscar uno que había visto cerca de la iglesia.

—Un bocadillo de atún con olivas, por favor.

—Marchando, tome asiento señor.

—Ah no, disculpe, lo quiero para llevar.

—Como usted guste ¿está de paso por aquí?

—Sí bueno —respondió Pedro sin dar más explicaciones.

Pagó su bocadillo envuelto en lo que parecía un periódico y se dirigió a la parada del autobús, allí esperaría el resto del día.

Llegó a Madrid sobre las 19:30 de la tarde, aquellos grandes edificios que tantas veces había visto en fotografías estaban ante sus ojos, el ruido, al que no estaba acostumbrado, lo envolvía como un enjambre de abejas instalado en lo más profundo del hipotálamo.

Desorientado y a la vez maravillado por todo cuanto se mostraba ante él, se adentró por la boca de metro con la intención de dirigirse a la estación Chamartín.

Bajó lo equivalente a 4 pisos de altura, mientras como un niño, trataba de no perder el equilibrio en las escaleras mecánicas.

Llegó al andén de la estación, y se detuvo unos instantes bajo un plano de la ciudad, intentó confirmar que no se había equivocado, todo era tan novedoso y tan hermoso, que no se percató que habían salido 3 metros mientras consultaba el mapa.

—Sí, aquí es, 5 paradas y bajo ahí —pensó al tiempo que su dedo índice señalaba el recorrido que lo conduciría a su destino.

Una vez en la estación de Chamartín, observó como la gente corría, unos le adelantaban por la espalda, otros le venían de frente con paso tan firme que o se apartaba o acabaría chocando con ellos como si de jugadores de rugby se trataran.

Nadie se hablaba, todo el mundo parecía deber algo a alguien, cada persona ensimismada en sus pensamientos, aquella imagen le pareció muy fría. La vida en la ciudad era tan diferente a la vida rural, que no sabía si podría acostumbrarse a aquello.

Consiguió un billete a Tarragona, viajaría por la noche, le habían dicho que el tren disponía de literas.

—Increíble, literas en un tren —pensó.

La espera en el andén se hizo eterna, el reloj donde indicaba los minutos que faltaban para que saliese el convoy parecía detenido en el tiempo.

—Por fin —exclamó con agotamiento.

Mientras subía la escalerilla que le conduciría al vagón, dio un repaso general a toda la estación, una sensación de pequeñez se hizo en su persona, respiró hondo y se dirigió hacia su asiento, miró el billete donde ponía 25 a, ventanilla, litera 75 izquierda.

Pese haber pagado el suplemento por la cama, pasó toda la noche sentado en su sitio, mirando a través de la ventana. No se veía nada, tan sólo el reflejo de su imagen al reflejar la luz del interior con la negrura del exterior, pero eso le ayudaba a sumirse en sus pensamientos.

Sin ser consciente, se había quedado transpuesto, el sueño y el cansancio acumulado de un día lleno de novedades pudo con él.

Saliendo los primeros rayos de sol de la mañana un pitido le despertó, era el aviso de que estaban cerca del destino, tan sólo 10 minutos y pondría pie en Tarragona, su nuevo hogar.

Cargado con su maleta, atravesó la estación en búsqueda de alguna oficina de información, era demasiado temprano, abrían al público a las 09:30, así que esperaría un poco.

Una vez tuvo claro los horarios de autobús, se dirigió hacia fuera buscando la parada que la azafata de información le había indicado tan amablemente.

De pronto, una figura estilizada le cortó el paso.

—Hola compañero ¿ya no saludas a los viejos amigos?

Al alzar la vista, no daba crédito ¿qué hacía Pascual allí?

—Hola, que sorpresa, no esperaba encontrarme contigo.

—Me envía Alfonso, dice que no has contestado a ninguna de sus cartas, y que te habías marchado del centro sin decir a dónde ibas.

—Bueno... —carraspeó Pedro.

—Tranquilo, ya sabes que tenemos nuestros contactos, fue realmente fácil sonsacar a don Emilio a dónde tenías pensado ir, Tomás está trabajando en el banco de España, una llamada tras ver que habías retirado efectivo de tu cuenta bastó para que ese viejo cura nos dijese todo lo que queríamos, y ya que yo estaba en Tortosa, me pareció justo venir a recibirte, Alfonso se va a alegrar mucho.

—¿No estabas en Girona?

—Sí, cuando salí empecé allí mis estudios, pero al final convalidé algunas asignaturas y me cambié a enfermería, si hubiera continuado con la licenciatura todavía estaría con ella, esta carrera es mucho más práctica, además, la demanda es tan grande que ya estoy trabajando en un hospital universitario.

—Entonces ¿en qué puedo ayudarte?

—En nada, ya he visto suficiente, lo único que tienes que hacer es contactar con él, quiere que al mes que viene nos volvamos a reunir todos.

—¿Te importaría que pasara unos días en tu casa?

—Claro que no —respondió Pascual enérgicamente.

—Para eso somos hermanos de sangre helada ¿no?

Haciendo referencia a que eran mariposas selladas con sangre.

A Pedro, la idea de volver a aquel grupo no le atraía demasiado, pero el hecho de sentirse respaldado por gente que conocía le hacía sentirse protegido ante tantas novedades.

—Sube al coche.

—¿Tienes un Mercedes?

—Pues espera a ver la casa —respondió pletóricamente.

—El grupo cuida de sus miembros, recuerda que hicimos un pacto, nos gusta cuidar de los nuestros.

Pedro durante el camino apenas dijo palabra ¿y si no era tan mala idea seguir con ellos?

Al llegar, quedó impresionado por la casa de Pascual, era un ático de 120m² con una gran terraza, toda decorada por grandes macetas llenas de plantas tropicales, parecía una pequeña selva.

Al día siguiente se levantó temprano, y en aquel microclima creado por la gran variedad de vegetación se dispuso a escribir a Alfonso, como le dijo una vez, ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 11

La vida en Viena ya no era la misma, con la entrada en la unión europea, el precio de todos los productos, se habían disparado al alza, por suerte, era un país rico y no faltaba trabajo, pero Isabella no tenía tiempo para buscar otra cosa.

El supermercado iba creciendo al ritmo que crecía la ciudad, gracias a los años que llevaba de dedicación ya era encargada de turno, con su correspondiente aumento de sueldo, pero le absorbía muchas horas y que como madre viuda y sin más ayuda que la de su hija de 11 años las dificultades del día a día no era pocas.

Habían transcurrido 2 años desde la muerte de Andersson e Isabella, pese a que solía hacerse la dura ante los pequeños, no podía evitar derramar alguna lágrima en las largas noches de Austria, la soledad le consumía.

Siempre había sido una buena autodidacta, cuando Martin y Daniela se acostaban rellenaba el vacío aprendiendo español, un idioma que estaba muy de moda por todo el país, seguramente, la canción de la macarena había despertado el interés por el idioma, hasta tal punto que el número de alumnos ya doblaba a los de inglés en las academias de la ciudad.

A Isabella le hubiera gustado apuntarse a clases, pero no podía abusar más de su pequeña, Daniela también tenía derecho a jugar como cualquier niña de su edad, así que se limitó a leer libros e intentar captar alguna palabra en alguna película que emitían por satélite.

En noviembre, en las calles de Viena a las 17.00 comienza un trasiego de gente que va y viene, dejando a la ciudad desierta en apenas una hora.

Isabella normalmente sale a las 17.30, ya que se queda al recuento final de la caja del turno ordinario, tras ello, como rutina necesaria, sale todos los días y se dirige caminando por las calles heladas de la ciudad, que bajo las luces de las farolas iluminan con un aire místico las fachadas barrocas de la capital.

El vaho traspasa la bufanda que cubre su rostro, el gorro le cubre hasta las orejas que, a pesar de estar protegidas, no son capaces de entrar en calor, al igual que sus pies.

Hacía ya un rato que se había puesto el sol, el cielo estaba raso, por lo que la temperatura era especialmente baja para la época del año en que estaban, una masa de frío polar había entrado en Europa que, al condensarse bajo la majestuosa altura de los Alpes, daba temperaturas más propias de enero que de finales de otoño.

Cerca de la ópera nacional, ya podían verse a lo lejos aquellos Mozarts ataviados con sus elegantes vestidos ofreciendo entradas a precios desorbitados, de pronto, un pequeño altavoz de uno de los puestos ambulantes cercanos a la ópera, empezó a emitir una melodía que le resultaba familiar, el concierto de Aranjuez, inmediatamente, su cabeza la envolvió con los recuerdos del primer encuentro con el que había sido su compañero tantos años.

Isabella, era consciente que Andersson no la había querido del mismo modo que ella a él, pero por algún misterio que desconocía y que no había podido controlar, su amor incondicional le había dado fuerzas para aguantar toda clase de agravios.

Andersson cayó en una espiral de la que no fue capaz de escapar. Había soportado insultos, desprecios, incluso en alguna ocasión, algún moratón la acompañó durante días, pero ella siempre lo perdonaba por un amor incontrolable. Su adicción, que era su enfermedad, siempre era la culpable de sus actos, perdonándolo una y otra vez con la esperanza de que algún día se despertase y fuere el chico que sólo ella conocía.

Por desgracia, nunca sucedió así, aquella imagen con la jeringuilla clavada y el cuerpo extendido en la habitación bajo un charco de vómito venía una y otra vez a su mente, causándole un profundo dolor.

La melancolía parecía haber llegado para no marcharse.

Al llegar a casa, miró el buzón, no es algo que soliera hacer con asiduidad, pero esa noche, una carta en el suelo tras entrar por el portal le recordó que llevaba meses sin mirarlo.

Normalmente salvo alguna carta del banco, tan sólo recibía propaganda de comercios que se iban instalando a lo largo de la ciudad, cansada de lo que ella consideraba basura, optó por mirar el buzón de semana en semana, y así pasó a de mes a mes y así al olvido. El correo electrónico estaba en auge, por lo que fue olvidándose del correo convencional en detrimento del digital.

Abrió el buzón y como de normal un montón de folletos de grandes comercios apenas dejaban sitio para más.

Al fondo, con cierta timidez, se hallaban dos avisos del servicio postal estatal, el último de hacía dos semanas, tiempo límite para recoger el aviso.

En el remitente podía leerse, ministerio de finanzas de Austria, qué querrían aquellos chupasangres como solía llamarlos.

Subió al piso, besó a sus pequeños, estuvo un rato jugando con ellos y tras una cena ligera, se acostaron.

Isabella, como de costumbre, sentada en el pequeño escritorio que tenía en el comedor, se quedó repasando vocabulario en español, en un intento de centrar toda su atención en el idioma y así alejar esos fantasmas que acudían a su cabeza por las noches.

A la mañana siguiente, como de costumbre, preparó los desayunos y se dirigió a la habitación de los pequeños, Daniela dormía en la parte de debajo de la litera, se acostó a su lado, y con besos y caricias fue despertando a la que era su brazo derecho en la casa.

—Buenos días princesa.

—¿Ya es la hora? respondió la niña al tiempo que intentaba desperezarse.

—Venga, hoy es viernes, mañana si queréis podemos ir a la feria y por la tarde al cine, me han dicho que Sherk está muy bien.

—¿De verdad? He visto el tráiler y tiene muy buena pinta.

—¡Bien! —exclamó la pequeña llena de entusiasmo.

Tras aquella efusividad, el pequeño Martin asomó su pequeña cabeza a través del somier de arriba.

—¿Vamos a ver una peli de dibujos? —dijo con la dificultad propia de un niño de 3 años.

—¡Sí! —gritó su hermana.

Esa mañana, sentados en la mesa del comedor, desayunaron todos con una alegría de la que hacía meses que no disfrutaban en aquella casa.

Tras acercar a los pequeños a la escuela mañanera, que no era más que una ampliación del horario escolar, propuesta por la asociación de padres y educadores para que los niños pudieran entrar una hora más temprano y así los padres poder dirigirse a sus centros de trabajo sin retrasarse en exceso.

En aquellos tiempos, la conciliación familiar en Austria estaba muy avanzada, pero en trabajos no cualificados, brillaba por su ausencia, por lo que padres y centros, se tenían que buscar la vida con medidas que facilitarían las cosas.

Tras el beso de despedida, se dirigió al supermercado, por las mañanas el trabajo era bastante moderado, al ser un pequeño comercio enfocado para olvidos de última hora o para

turistas que se habían despistado del horario comercial del país, les permitía tomarse un respiro en el turno matutino que, sin duda, era el turno más cotizado por los trabajadores del centro.

Isabella, con el acuse de recibo postal en la mano le dijo a uno de sus compañeros más veteranos que tenía que ausentarse a la hora del parón que solían hacer a la hora del almuerzo, se le había pasado recoger una carta y hoy se cumplía el plazo de devolución.

Nada más salir, tomó la boca de metro que tenía en la estación Wien Mitte, por suerte, la oficina de correos tan solo estaba a 4 paradas de metro, por lo que, si no había colas, enseguida estaría de vuelta.

Bajó del tren y tras bordear la parada de metro, continuó por la calle que cruzaba al otro lado del canal del Danubio.

Tan solo había dos personas delante de ella, miró el reloj, iba bien de tiempo.

—Buenos días ¿en qué puedo ayudarle? —preguntó el joven que le atendió en ventanilla.

—Hola, es que tengo este aviso y hoy se cumplía el plazo para recoger la carta.

El chico, tomó el papel y leyó detenidamente la información que contenía.

—Disculpe, pero aquí le indica que son 15 días naturales, antes de ayer se cumplió el plazo.

—¿Cómo que antes de ayer? —responde Isabella en tono como si estuviera dispuesta a pelear por su carta.

—Sí, mire.

Entonces, con la ayuda de un calendario que tenía el joven en el mostrador empezó a contar delante de ella los días.

—¡Pero si los domingos cierran! —exclamó mostrando su inconformidad en el recuento.

—Señora, los festivos computan en el plazo de recogida, lo tiene reflejado en las normas estatales, lo siento.

Isabella, sin ánimo de abandonar el mostrador continuó discutiendo atacando la falta de flexibilidad que ofrecían los servicios postales del país.

El chico, comprendiendo que no se marcharía de allí sin ofrecerle una solución le dijo que esperara un momento.

Cogió el teléfono y telefoneó a lo que parecía otra oficina.

Tras la conversación le dijo,

—Es su día de suerte, su carta se encuentra en el centro de logística, hasta la tarde no la cargarán en el camión hacia su origen, he pedido que se la retengan, deme el recibo y lo registraré como recogida para evitar problemas.

Isabella, suspiró aliviada, volvió a mirar la hora en el reloj, la cosa se iba alargar más de lo previsto.

Al salir de la oficina postal, buscó una cabina telefónica, llamó al trabajo y explicó que tardaría un poco más.

Con la dirección que le había apuntado el joven de la ventanilla minutos atrás, localizó en un plano que había junto a la parada de autobús, el centro logístico.

Tras dos horas, volvía al supermercado con el objetivo cumplido, la carta estaba en su poder.

Como todos los días, a las 17:30 había terminado el recuento de cajas, pero al haberse ausentado media mañana, pensó que lo correcto sería esperar hasta las 19:30 al cierre de la tienda, como encargada tenía la responsabilidad de dar ejemplo, es lo que le hubiera gustado que hicieran sus compañeros en caso de haber surgido cualquier imprevisto como el de ella.

De vuelta a casa, se acordó de la carta, la llevaba en el bolso, todavía no la había abierto,

así que se dispuso a hacerlo.

Con semblante serio, no daba crédito a lo que leía, era una multa valorada en 37.500€ por no haber declarado unos ingresos en el extranjero de su difunto esposo.

Andersson había heredado tras el fallecimiento de sus padres una casa en Finlandia y una cuenta bancaria con 15.000€, un valor que tenía que haber declarado en vida y que, al no hacerlo, la sanción pasaba a su cónyuge beneficiaria.

Isabella nunca se había preocupado del papeleo, bastante tenía con el día a día del trabajo y criar a los pequeños ella sola.

Al llegar a casa, sin saludar a sus hijos, llamó al teléfono de información que indicaba la carta, quedaban 15 minutos para el cierre de la línea de atención al ciudadano.

En la conversación, le informaron que había recibido una carta donde se le explicaba su situación actual que, en caso de no renunciar a la herencia en el plazo de tres meses a contar desde la notificación, aceptaba la herencia como beneficiaria y con ello todas las obligaciones legales.

Isabella, tras colgar estaba pálida, no daba crédito a su torpeza, la sanción era un 150% superior al importe del valor no declarado de la cuenta bancaria, y eso sin contar los impuestos que no había pagado de la casa en Finlandia.

Esa noche, el fantasma de Andersson no la visitó, sus pensamientos se envolvieron únicamente en la preocupación por la sanción, si no pagaba, le embargarían la nómina, no tenía escapatoria.

CAPÍTULO 12

Esa mañana la temperatura era agradable, lucía el sol y la temperatura había subido, la ola de frío parecía dar paso a un anticiclón dejando un clima primaveral.

Isabella, apenas había conciliado el sueño, cuando sonó el despertador lo primero que pensó fue en apagarlo, pero enseguida el pequeño y vivo Martin, se abalanzó sobre ella recordándole que les había prometido ir a la feria y ver una peli de dibujos.

Se incorporó en la cama y medio dormida, jugó un rato con Martin. Al oírse las carcajadas del pequeño por toda la casa, Daniela no tardaría en sumarse.

Se levantaron todos como de costumbre y prepararon el desayuno.

—¿Tostadas con mermelada?

A lo que Daniela respondió...

—Pero ponme un poco de mantequilla.

—¡Yo no quiero mamá!

Espetó categóricamente el pequeño como si de ello dependiera su vida.

—Martin, cielo, debes comer algo, no podemos pasar todo el día fuera de casa si no tomas algo.

—Leche con chocolate —respondió con voz apenas inteligible.

Tras la lucha diaria que suponía el simple hecho de organizar los desayunos, se dispuso a preparar el picnic.

La mañana no empezaba como ella esperaba, el día anterior había organizado el fin de semana perfecto, hacía tiempo que no pasaban el día fuera, alejados de la rutina de entre semana, pero la carta, le había trastocado todos los planes, cansada del estrés del trabajo, la casa, había que sumarle la mala noche que había pasado pensando en cómo iba a pagar la multa.

—¿Llevamos salchichas y nos las comemos en el parque?

—¡No! gritó Martin —yo quiero macarrones.

—¡Y yo Wiener Schnitzel, hace tiempo que no haces y en el colegio está incomedible!

Tras aquellas palabras el llanto del pequeño resonaba en la cabeza congestionada de Isabella.

—No sé para qué les pregunto, la próxima vez pondré lo que yo quiera y punto.

Salieron de la casa una hora más tarde de lo previsto, Martin no había querido ducharse y como de costumbre, montó en cólera para salirse con la suya, hoy se lo dejaría pasar, estaba realmente agotada y no tenía ganas de discusiones.

Se pusieron los abrigos, cogieron dos pequeñas mochilas cargadas al punto que casi no podían cerrarse y salieron dirección al Prater.

Cuando llegaron al parque de atracciones, Isabella, repartió el presupuesto que había preparado para la feria y lo dividió en dos.

—Toma Daniela, esto es para ti, cuando se acabe, ya no hay más atracciones.

—Gracias mamá.

Y dándole la mano a Martin, le enseñó el dinero en un intento que comprendiera que no podría subir a todo, tan sólo hasta donde llegase el presupuesto.

La mañana pasó volando, Isabella, tras dos cafés bien cargados en uno de los muchos puestos que había dentro del parque recargó las pilas y disfrutó como una niña más. Martin al ser tan pequeño, tenía que ir acompañado de un adulto, así que revivió una experiencia que no vivía

desde que era niña. Los recuerdos de su padre comprándole una nube de algodón o acompañándola al tiovivo consiguió que asomara una pequeña lágrima por su mejilla.

Un sentimiento de alegría, amor y tristeza la acompañaron el resto del día.

Ya casi se habían gastado el dinero, Daniela se acercó a su madre y le dijo;

—¿Mamá, podemos subir todos juntos a la noria con lo que me queda?

El hecho de que su hija prefiriera gastar lo que le quedaba en una atracción todos juntos la conmovió.

—Claro, si falta algo, no te preocupes, como es la última atracción yo pongo el resto.

De la mano, se dirigieron los tres a aquel coloso de noria que dominaba las vistas desde todos los ángulos del parque de atracciones. Al llegar a la cabina de la noria, subieron con entusiasmo, los dos pequeños, con tal de equilibrar el peso, se sentaron frente a su madre.

A pesar de que el pequeño deseaba ponerse en pie, siguió a rajatabla las instrucciones que les habían indicado momentos antes, tal vez, aquella impresionante altura le daba el respeto necesario para no moverse del sitio.

Las vistas eran preciosas, Isabella, a través del cristal, con la mirada perdida en el horizonte, dio un fuerte respiro, tenía que ser fuerte y superar la melancolía que tantas veces se apoderaba de ella y la consumía por momentos.

—¿Mamá, echas de menos a papá?

Al tiempo que salieron estas palabras de la boca de Daniela, Martin se sumaba canturreando,

—Yo quiero papá ¿dónde está papá?

Isabella, a pesar de sus esfuerzos por controlar sus lágrimas, rompió a llorar.

Tal vez, subir a la noria no fue tan buena idea, el silencio se apoderó durante un interminable rato, fue la media hora más larga que recuerda Daniela en su corta vida.

Adentrándose en el parque junto a la feria, la vegetación ganaba terreno, era la hora de comer, y el lugar era el sitio perfecto para ir de picnic en una soleada mañana de noviembre.

Se había hecho tarde, pero la emoción de las atracciones había conseguido que se olvidaran por completo de la hora.

Buscaron una zona arbolada, extendieron una pequeña manta sobre el césped para evitar que la humedad de la tierra les traspasase, sacaron los bocadillos y colocaron una botella de Almdudler sobre la manta que a modo improvisado hacía el papel de mesa.

—¿Salchichas? —dijeron los dos pequeños casi al unísono.

—El que no se las coma me parece que se va a quedar sin Sherk.

Como si de una frase mágica se tratase, se acabó la discusión sobre el menú.

Tras la comida, emprendieron el camino hacia un pequeño cine que se encontraba en el centro de la ciudad, Isabella, de pequeña solía ir con sus padres a ver películas infantiles, así que tal como habían hecho con ella, se disponía ahora a seguir los pasos de sus padres.

Las calles estaban abarrotadas, era sábado, los comercios empezaban a cerrar, la gente paseaba mirando escaparates, deteniéndose ante artistas callejeros o simplemente aprovechando los últimos rayos de sol del día, a las 17:00 sería completamente de noche.

Llegaron al cine y se colocaron haciendo cola para sacar las entradas. Daniela miraba los carteles que colgaban de la fachada del edificio, Isabella, había conseguido olvidar durante la mañana el problema que se le avecinaba, pero cuando abrió la cartera para preparar el dinero de las entradas la preocupación por la multa que le esperaba volvió a secuestrarla en sus pensamientos.

Tan sólo fueron unos instantes, el sonido del tranvía la volvió a la realidad, agachó la

cabeza buscando a Martin, estaba muy callado por lo que seguro que algo andaba tramando.

—¿Y tu hermano?

Daniela, confiada que iba de la mano de su madre, apartó la mirada rápidamente de los carteles que la tenían ensimismada.

—¿No estaba contigo?

De repente, un nudo se le hizo en la garganta, la boca se le hizo pastosa, a Isabella le costaba tragar saliva.

La calle, que hacía un momento, parecía sacada de una postal, comenzó a hacerse grande y grande.

Miró a su alrededor, no había rastro del niño, de pronto, un frenazo y un golpe, el corazón de la madre y de la hija se aceleraron.

Sin pensarlo, las dos abandonaron la fila y se dirigieron corriendo hacia donde habían oído el estruendoso frenazo, al tiempo rezaban para sí mismas que no fuera Martin.

Al llegar vieron un tumulto de gente alrededor de un coche empotrado sobre el escaparate de una tienda de ropa, se temieron lo peor.

Angustiada, Isabella le pidió a su hija que no se moviera, como pudo, se abrió paso entre la gente, una moto estaba en tierra, tirada a escasos metros del vehículo empotrado en la fachada.

Volvió a respirar, pensaba que Martin había cruzado y un coche lo había atropellado, pero no había rastro del pequeño, tan solo un motorista magullado y un señor de mediana edad que salía del coche con un pequeño corte en la ceja.

—Mamá ¿y el tete? —preguntó temblorosa.

—Ves por esa calle y yo por la otra, no puede haber ido muy lejos.

Tras recorrer toda la manzana, madre e hija se volvieron a encontrar en la puerta del cine.

—Nada, sin rastro —dijo preocupada Daniela.

—Vamos a llamar a la policía.

Aprovechando que una patrulla estaba tomando atestado del accidente se acercaron para denunciar la desaparición del menor.

Tras tomar declaración, se activó el protocolo de desaparición de menores, pronto un par de coches de policía se acercaron al lugar, dando vueltas en círculo sobre la zona cero del suceso.

Por radio, se oía como daban parte a los superiores, solicitando vigilancia en estaciones y aeropuertos.

De pronto, tras una hora de angustia, Isabella no daba crédito a lo que veían sus ojos, el pequeño Martin, salía por la puerta del cine con una sonrisa de oreja a oreja diciendo...

—¡Sherk es bueno, yo soy asno!

No se lo podía creer, la policía activando el protocolo antisequestro de menores y el niño salía de la sala de cine donde iban a pasar la tarde.

Cuando los agentes vieron la escena, se alegraron de que el chico estuviera bien, pero dieron una reprimenda a la madre por su negligencia.

—Señora, a la próxima tenga más cuidado con su hijo.

Aquella frase le indignó hasta el punto de pensar que jamás volvería a pedirles ayuda ¿Quiénes se creían para juzgar a nadie, acaso nunca han tenido niños?

Hacía poco que se había hallado el cuerpo de una niña que había desaparecido semanas atrás y un aire de psicosis tenía conmocionada a la población.

Tal vez, conmovidos por las últimas noticias del caso, habían dado parte a la central sin tener en cuenta otra serie de factores.

Los agentes consideraron pertinente dejar constancia del descuido de Isabella, los había

dejado en ridículo y necesitaban buscar un culpable para limpiar la imagen de alarmistas que habían dado ante sus superiores.

Esa noche, durmieron los tres juntos, el día había estado lleno de emociones, el cuerpo de Isabella acusó el cansancio de los últimos días, hacía tiempo que no dormía y tras recogerse en casa cayeron rendidos en la cama.

Amanecía otro día, era domingo, los rayos de sol atravesaban tímidamente las persianas, Daniela y Martin dormían como se suele decir a pierna suelta.

La madre, con instinto protector, cogió al pequeño y lo centró en la cama antes de levantarse.

Como todas las mañanas, se preparó el café en su vieja cafetera italiana, aquel sonido del agua traspasando el filtro y subiendo al depósito superior resultaba un tanto relajante, sin duda, para Isabella era uno de los mejores momentos del día.

Con aquella armoniosa melodía de fondo, acostumbraba a planificar el día, un repaso general por su cabeza bastaba para poner orden en aquel caos en el que se encontraba inmersa estos últimos meses.

Buscó un sobre de azúcar moreno, le habían dicho que era más sano que el blanco de toda la vida, y pese tener un kg abierto de hace poco, tenía un tarro lleno de pequeños sobres del que le habían recomendado.

Dio un sorbo y enseguida tuvo que escupirlo.

—¿Qué es esto? —se preguntó.

El café no tenía el color habitual, era de un color bastante más claro de lo normal, el sabor, como si hubiera calentado agua con azúcar.

—Empezamos bien el día.

Esperó a que la cafetera se enfriara, con la ayuda de un trapo consiguió abrirla, enseguida vio que la goma estaba quemada y todo el café, de manera inexplicable, se había compactado en el filtro no dejando pasar el agua.

—Con razón no sabía a nada.

Abrió la despensa y recurrió a unos sobres de café instantáneo que tenía para este tipo de emergencias, de fondo, se oía a los niños jugar entre ellos, así que antes de que se levantaran, les preparó una taza de leche con cacao bien caliente y esperó a que entraran corriendo por el comedor.

El resto del día, lo pasaron en casa jugando a juegos de mesa y viendo la televisión.

Isabella, con gran esfuerzo, olvidó sus tristezas y preocupaciones como si hubiera hecho un pacto con el domingo.

—Mamá, hacía tiempo que no jugabas con nosotros.

—Hija, he estado muy atareada intentando llegar a todo, pero ahora todo va a cambiar, te lo prometo.

Por la noche, una vez acostados los niños, Isabella retomó sus clases de español, necesitaba practicar, leer libros o escuchar cintas no era suficiente, así que descubrió un chat que causaba furor en el mundo latino, y se metió en un apartado donde ponía Terra España.

Nada más acceder al portal le pedía utilizar un pseudónimo, requisito indispensable para entrar en cualquier chat room. Con el nick, fue poco original, utilizó su nombre, enseguida la pantalla de su ordenador se llenó de pequeñas ventanas de diálogo, con timidez de movimientos, como si tuviera miedo a tocar y romper algo, comenzó a interactuar con otros usuarios, era la primera vez que chateaba. Los nervios y la emoción la invadieron, sin darse cuenta, habían pasado más de 4 horas

—Dios mío, es tardísimo.

Se despidió de los usuarios con los que hablaba y cerró el ordenador.

El lunes estaba cerca, en pocas horas amanecería, cuando se quiso dar cuenta, el sonido del despertador la devolvió a la realidad, otra semana comenzaba.

CAPÍTULO 13

Como de costumbre abrió la cajonera donde guardaba la cafetera, recordó que se había quemado la goma y volvió a dejarla en su sitio.

Se preparó un sobre de café instantáneo y añadió un vaso de leche semidesnatada, las tostadas saltaron, ya estaban listas.

Para el pequeño preparó una rebanada de pan con mantequilla, para Daniela, al igual que ella, añadió un poco de mermelada a la base de mantequilla, todo ello, acompañado de un buen tazón de leche.

—Mamá, yo quiero zumo —dijo Martin.

—No queda, tengo que comprar.

—Quiero zumo —insistió el niño.

—Ya te ha dicho que no queda —añadió Daniela

Y así comenzó la primera discusión del día.

Tras acompañarlos hasta donde solía dejarlos cada mañana para ir al colegio recordó la angustia que habían vivido el sábado, por lo que Isabella no se iba tranquila a trabajar si no los acompañaba hasta la misma puerta del centro, apenas separaban 300 m la boca de metro del colegio, pero esos minutos, le daba un respiro de tranquilidad, un margen, que por pequeño que fuese, le permitía empezar la jornada sin el estrés propio de llegar tarde.

La mañana transcurrió como de normal, los clientes entraban, iban directos al producto, pagaban y se marchaban, las horas de más volumen, era a partir de las 16:30, hora en que el resto de supermercados comenzaban a avisar a sus clientes de que cerraban pronto quitando cajas en un intento sutil de presión, siempre acompañado de una megafonía recordando el horario del local.

Isabella disponía de media hora para comer, cosa que hacía sobre las 12:30, hoy lo alargaría un poco más para ir a comprar, la despensa de casa comenzaba a necesitar una mano que la llenase.

Era un establecimiento de la misma cadena enfocado para la cesta grande de la compra.

Siempre solía aprovechar la media hora de la comida para hacer una compra rápida de todo lo que no podía comprar en su tienda.

Esta semana, había estado más ocupada de lo normal, por lo que necesitaría un poco más de tiempo que de costumbre para tachar todo lo que tenía anotado en su lista de compra.

Llamó al compañero con más antigüedad, por decirlo de alguna manera, el segundo de abordó, y le pidió que la cubriera, normalmente utilizaban este sistema cuando se ausentaban durante cortos periodos de tiempo en la jornada, así no tenían que aportar justificante alguno a los jefes de arriba y todos tan contentos.

Cogió su carnet de empleada para el descuento, se puso una rebeca encima del uniforme y se dirigió hacia el supermercado, estaba cerca, a 5 minutos paseando.

De manera metódica y como una persona que conoce cada pasillo con los ojos cerrados, terminó la compra en un tiempo récord, miró su reloj y todavía le quedaban 2-3 minutos de su tiempo de descanso.

La cola iba rápida, pero cuando le iba a tocar a ella, el cartucho de tinta de la máquina registradora se había acabado, eso demoró un poco, la chica de la caja se notaba que llevaba poco tiempo y no tenía la destreza de un veterano.

A Isabella le supo mal intervenir, pero en cuanto mostrase el carnet para el descuento de

empleado ¿cómo se lo tomaría la compañera después del mal trago que estaba pasando?

—Espera, antes de cerrar, debes presionar un poco el cartucho para que reinicie el sistema —dijo con tono de complicidad.

La chica, nerviosa, sonrió siguiendo las indicaciones que le había dado.

—Gracias, es que llevo poco tiempo y nadie me había explicado como se hacía —se excusó.

—Te cojo el carro ¿vale? Luego cuando termine os lo devuelvo ¿necesitas anotar algo?

—Tranquila, somos compañeros, ya he visto que estás aquí al lado, no creo que escaparas muy lejos con el carrito —respondió amigablemente la cajera.

Nada más salir el ruido de una sirena de bomberos llamó su atención, de pronto, dos camiones de bomberos y una ambulancia pasaron a toda prisa por la avenida.

—Algo gordo ha sucedido —pensó.

De nuevo, otro camión pasaba a toda prisa.

El incendio debía estar cerca, podía olerse a chamusquina, pese a que los altos edificios no dejaban divisar humo alguno.

Las calles pronto se colapsaron, el centro cortó el tránsito rápidamente dejando un carril auxiliar para emergencias.

A medida que Isabella se acercaba hacia su centro de trabajo, el olor se iba haciendo más fuerte. Al fondo de la avenida, parecía alzarse una cortina de humo negro que con el paso de los segundos se iba haciendo más densa.

Una explosión dejó un estruendo terrible, las sirenas de policía se abrían paso a lo largo de la avenida.

—¿Se habrá incendiado el centro comercial?

Un pequeño nudo en la garganta se le hizo a Isabella, aceleró el paso, dobló la esquina y un cordón policial le impidió continuar.

—Señora, por motivos de seguridad debe permanecer al otro lado de la vaya.

—Pero, trabajó allí —señalando en dirección a la cortina de humo negro que se veía al otro lado de la esquina.

—¿Qué ha sucedido agente?

—¿Usted trabaja en el centro express, en la planta baja del centro comercial?

—Sí —respondió temblorosa.

—De acuerdo, acompañeme.

Abrió la barrera que habían improvisado y la acompañó hasta un pequeño furgón donde había más agentes

—¿Le importaría que le tomáramos declaración?

—No claro, pero ¿qué ha sucedido?

Cuando le comentaron lo que había ocurrido, un ataque de ansiedad se apoderó de ella, los servicios sanitarios tuvieron que actuar, lo siguiente que recuerda fue una enfermera tomándole las constantes en la cama del hospital.

—Dios mío ¿qué hora es?

—No se preocupe Isabella, ahora procure descansar, nos ha dado un buen susto.

—¿Susto? no entiendo nada.

—Se desmayó y a los doctores les costó bastante estabilizar las constantes, en resumen, estuvo cerca de sufrir un infarto.

—Pero si estoy sana.

—Bueno, aunque no tenga ninguna dolencia base, a veces, por motivos externos, llevamos

nuestro cuerpo al límite, y usted parece que ha llegado.

De manera automatizada, alzó la muñeca en un intento de ver la hora, no llevaba reloj, tan solo la bata del hospital central.

—No se preocupe, mandaré a un auxiliar que le traiga sus objetos personales, por precaución tuvimos que quitarle todo, por cierto, son las 19:00.

El corazón volvía a latir con fuerza.

—¡Los niños! —no me lo puedo creer, pensó sin decir palabra.

Ya en casa, tras la cena, estuvo un buen rato dándole vueltas a todo lo ocurrido.

Su compañero había fallecido en el incendio, al parecer, un corto circuito en la cámara principal había ocasionado el fuego, que no tardó en propagarse.

Yo tenía que haber estado allí, resonaba en su cabeza una y otra vez, pobre Jeremy.

Al día siguiente tras recibir una llamada telefónica de la central del supermercado para el que trabajaba se presentó en las oficinas.

Al parecer, a los jefes les constaba que Isabella se había ausentado durante el incendio, los motivos, no importaban, el hecho era muy grave, un empleado muerto y una encargada ausente mientras todos luchaban por controlar las llamas era un hecho que no pensaban pasar por alto.

Tras una conversación que duró más de una hora, le invitaron a abandonar la empresa amistosamente.

Para la marca, no era buena propaganda los hechos, pero sabían que, si salía el nombre de Isabella en la prensa sensacionalista, ella tampoco lo tendría fácil ¿quién querría contratar a una persona a la que todos los noticiarios culpaban de una grave negligencia?

Isabella, barajó las posibilidades que tenía, lo mejor será aceptar el despido, pensó para sí misma.

La investigación policial seguía su curso, en principio parecía un hecho fortuito, pero no podían dejar escapar otras variantes, ya que al inspector Matew no le convenía el hecho de que Isabella estuviera comprando justamente cuando todo sucedió, además, como responsable del centro, otros trabajadores habían declarado que, si no hubiera sido por la cantidad de cartones que la encargada había ordenado a almacenar bajo el cuadro de luces, el incendio no se hubiera producido.

Al estar abiertas todas las hipótesis, los datos se cruzaron con el percance que había sufrido el fin de semana anterior, había perdido a su hijo, un niño de 3 años.

Asuntos sociales no tardó en sumarse a la investigación colaborando con la autopsia psicológica de la madre, un simple perfil psicosocial de la persona investigada para entender mejor su entorno actual y posibles comportamientos futuros.

Isabella estaba destrozada, primero sus padres, un terrible sentimiento de culpabilidad que nunca la abandonó, luego, Andersson, es cierto que la vida con él no era de color de rosas, pero como toda enfermedad, cuando pasaba lo que ella llamaba su brote de adicción, tenía el apoyo de una persona al lado, aunque tan sólo fuera para que los niños no pasaran largas horas en casa solos, afrontar ser madre sin ningún tipo de apoyo era una tarea para lo que no estaba preparada.

Cuando parecía que conseguía salir de la depresión en la que se encontraba sumida, aparece la ansiedad, dando paso a una tristeza incontrolable.

Parecía un círculo vicioso del que era incapaz salir, una marioneta de un destino empeñado en burlarse de ella.

Había tocado fondo, los problemas le perseguían, incluso sumaba dos faltas a su cita de cada 25 de cada mes, una visita al cementerio que se ha convertido en su pequeño vía crucis que le ayudaba a expiar su sentimiento de culpabilidad.

Acababa de perder el trabajo, tenía una multa con el ministerio de finanzas que no podía hacer frente, la policía sólo hacía que hacerle preguntas, asuntos sociales se ha entrevistado con sus hijos en dos ocasiones, y siempre a puerta cerrada, Isabella parecía a punto de estallar.

Atiborrada de ansiolíticos cerró los ojos y despertó al día siguiente bien entrada la mañana.

Los niños ese día no fueron al colegio, pasaron el día en casa, jugando y viendo la televisión, cosa que agravaba la delicada situación.

Sin nada qué hacer, la mente de Isabella se trasladó al punto de partida de todos sus problemas, no veía solución, así que se encerró en su afición de perfeccionar el español en un intento desviar sus pensamientos.

Luis como de costumbre, se conectó un rato tras la comida, en España era típico hacer la siesta, pero una úlcera de estómago, le llevaba dando la lata durante unos años y no le dejaba practicar tan placentera rutina, así que utilizaba ese tiempo en charlar con otras personas, y por qué no, practicar su asignatura pendiente, el inglés.

Desde el primer día, Isabella le atrajo, su nombre italiano le parecía sofisticado, sumando un punto extra el que fuera austriaca, siempre le había atraído lo que era de fuera, así que aparte de una excelente maestra de inglés, tenía una compañera con la que se desahogaba de los problemas del día a día.

Normalmente coincidían por la noche, se conocían desde hacía meses, desde el primer día que Isabella se conectó a aquel chat.

De todas las ventanas de conversación, Luís destacó rápidamente, era diferente a los demás, buscaba hablar y se preocupaba por conocer, en cambio, el resto de cibernautas, se presentaban a modo...

—¿Hola, quieres follar?

—Tu Nick me pone pinocho.

—¿Tetas grandes o pequeñas?

Eran las 17:00 de la tarde, el descanso de Luis había finalizado, salió de la trastienda del bar e hizo el relevo en barra a una chica que había contratado por horas para que le echara una mano.

—Jefe, si quiere puedo quedarme un poco más, tiene mala cara.

Las ojeras de Luis delataban que había pasado la noche en vela.

—No, tranquila, pero me vendrá bien un poco de ayuda, Alicia es mayor y yo he pasado mala noche.

—Debería ir a cambiarse de ropa —propuso la joven Elena dirigiendo su mirada hacia los camales embarrados de Luis.

—Te he dicho cientos de veces que me hables de tú, me haces sentir viejo.

—Disculpe jefe, digo, perdona Luis, es que en casa me enseñaron en tratar de usted a los mayores.

—Pero si sólo tengo 33 años, podría ser tu novio —exclamó Luis simulando un tono ofendido.

Elena se echó a reír.

Ese día, Luis no cerró el bar de carretera que regentaba, lo dejó en manos de Alicia, una señora mayor que le había ayudado desde los inicios y Elena.

Se marchó a casa, y con una mezcla de preocupación y curiosidad, tras encender el ordenador, esperó a Isabella mientras cenaba, eran las 21:00, todavía quedaba una hora para que se conectara, pero a miles de kilómetros de Tortosa, su amiga, la austriaca, adelantaba su cita

diaria.

Tras la conversación de la tarde, ambos sentían la necesidad de hablar el uno con el otro, de pronto, un tono sonó iluminando con luz parpadeante una pequeña parte de la pantalla, estaban conectados.

CAPÍTULO 14

La noche anterior Isabella le había contado todos los problemas, él último, la carta de embargo que le había llegado.

Luis, por motivos desconocidos para él, le había cogido afecto, tal vez, el hecho de que alguien desconocido le confiara sus problemas, había creado un vínculo parecido a lo que debiera ser el cariño familiar, vínculo del que la vida le había privado. Las cosas no le habían resultado fáciles, desde muy pequeño criado interno en un colegio de curas, sin el cariño de unos padres.

Durante la mañana una idea rondaba por su cabeza ¿y si había llegado el momento de compartir su vida con alguien?

Sin apenas tiempo ni amigos, había dedicado todo su tiempo a aquel bar de carretera, situado entre Benicarló y Tortosa, 45 minutos de autopista le separaban de su casa, un trayecto que le permitía reflexionar y meditar sobre su pobre existencia, para él, ese tiempo era lo más parecido a ser libre, por lo que más que un inconveniente, subirse cada mañana y cada anochecer a su viejo Opel Corsa blanco era todo un balón de oxígeno en su monótona vida.

Por un lado, deseaba conocer a Isabella, pero ¿sería capaz de compaginar su atareada agenda con una persona al lado? Y eso sin contar que tiene dos niños.

Aquella tarde, como había hecho todas las puestas de sol durante los últimos 13 años, subió al coche, arrancó y se dirigió hacia la Ap7, mostró su bono al empleado que nada más comprobar su validez, abrió la barrera y emprendió el camino de vuelta.

Las manos apretaban el volante tan fuerte que, con el roce de la goma y el sudor, un pequeño sarpullido se dejaba mostrar entre los dedos.

Centrado en sus pensamientos, aceleró a fondo, una bocanada de humo negro salía por el tubo de escape difuminándose con la oscuridad de la carretera.

Voy a intentarlo, se dijo. Esa noche, llegó 10 minutos antes de lo que solía hacerlo

Llegó al chalet donde vivía, abrió la puerta exterior, aparcó y miró la hora en su Nokia, tengo que hacerlo, respiró hondo, tomó el teléfono y sin salir del vehículo hizo una llamada, apenas duró 30 segundos, pero como si de buenas noticias se tratase, Luis bajó del coche, introdujo la llave en la cerradura, dio medio giro y abrió la puerta de casa.

Sin encender las luces, como un ciego que conoce cada rincón de su hogar, se dirigió al ordenador, pulsó la tecla power y sentado en un taburete, esperó frente al ordenador, una vez el módem realizó aquel desagradable concierto de ruidos de conexión y pitidos, entró como cada noche en el chat de Terra, allí, sin moverse, esperó atento a ver el Nick de Isabella en la pantalla.

Al otro lado, en Viena, las cosas no parecían ir mejor, Isabella estaba desesperada, al embargo había que sumarle las desagradables entrevistas con asuntos sociales, cosa que, en lugar de ayudarla, la dejaba más tocada si cabe.

Esa noche, estaba cansada, los niños se habían acostado, cualquier otro día hubiera encendido el ordenador en busca de una pequeña conversación con su amigo español, pero se quedó dormida en el sofá mientras hacían una antigua película en blanco y negro.

Luis estaba nervioso, la una de la madrugada e Isabella no se había conectado, de repente, lanzó con fuerza el ratón sobre la ventana en un sentimiento de frustración.

El ruido y los cristales por el suelo hicieron que se levantara del incómodo taburete tras horas sentado con la mirada perdida en el brillo del monitor.

Por suerte la casa más cercana estaba a 300 metros, aquel ruido en la silenciosa noche

hacía que cada cristal sonara como si llevase un amplificador al esparcirse por el suelo.

En un intento de ordenar el estropicio que había hecho empezó a recoger cristales con la ayuda de la escoba y el recogedor, de pronto, la pantalla se iluminó, Isabella había entrado.

—Pensaba que hoy te habías olvidado.

—Oh no, la situación me supera, me había quedado traspuesta por el agotamiento, los niños no paran y me crecen los enanos ¿lo he dicho bien?

Una sonrisa se dibujó en la cara de Luis.

—Sí, bueno, más o menos, te he entendido.

—Tenemos que probar con micro, la ortografía creo tenerla controlada, pero la pronunciación...hablo como un robot.

—Isabella, me gustaría que vinieras a España, vivo en una casa grande, en un chalet, habría sitio para ti y los niños, podrías olvidarte de todos tus problemas y empezar de cero.

El silencio reinó durante unos minutos, la propuesta le pilló de improviso.

Para Luis, la espera se hizo eterna, entonces dijo...

—Creo que te quiero.

¿Cuánto tiempo hacía que Isabella no había escuchado aquellas palabras?

Por un instante sintió miedo, cerró su portátil y llorando se metió en la cama tapándose hasta la cabeza como un niño cuando tiene miedo.

Luis, apagado y desanimado, apagó la torre de su ordenador, la noche no había salido como había imaginado, el resultado, una ventana rota, un ratón inservible y unas ojeras que lo acompañarían el resto de semana.

A la mañana siguiente, sin necesidad de que sonara el despertador, Luis se levantó, se preparó un café bien cargado y acompañándolo de un cigarrillo vio los primeros destellos del amanecer.

Después de su pequeño ritual matutino, cogió su mono de trabajo, unos vaqueros y una camiseta lisa color negro y como una persona sin ilusión alguna que se deja llevar por la corriente y vaga sin rumbo por la vida, se dirigió al coche, encendió el motor, bajó las ventanillas para sentir el frescor de las primeras horas de la mañana y se dirigió hacia lo único que lo esperaba, su bar de carretera.

Como de costumbre, abrió la persiana con sus más fieles clientes adictos al cremaet como espectadores.

—¡Che, va que cada día nos abres más tarde! —exclamó con un fuerte acento valenciano Gregorio, un jubilado del campo que no había faltado ni un solo día desde que Luis se quedó el local a su café tocado y su copa de cazalla.

En una hora, el bar estaba a reventar, muchos agricultores iniciaban la jornada en lo que se había convertido en su punto de reuniones, normalmente, las horas fuertes del bar eran los cafés tocados de primera hora de la mañana y los almuerzos que lo tenían ocupado buena parte de la mañana y finalizaban sobre el medio día. Por suerte, podía contar con Alicia, una señora que ya había trabajado con los dueños anteriores y había ayudado a Luis como si de su madre se tratase.

El resto del día, el negocio estaba enfocado para viajeros que paraban a tomar un café o a por un menú barato y rápido. Por la noche, nunca abría, pese los consejos de algún asiduo, es algo que Luis siempre tuvo muy claro, a las 19:30 el local tenía que estar completamente vacío.

Alguna vez, vecinos de la zona, le habían preguntado si hacía cenas a encargo, ya que alguna vez, de pasada, habían visto luces, pero Luis siempre fue claro, siempre la misma negativa, se escudaba en que no podía estar tantas horas, que era joven y tenía derecho en conocer a una buena moza.

Dos noches sin apenas dormir y una hora de camino a casa era un coctel peligroso, Alicia, que lo conocía de años le propuso que dejase el cierre a Elena, una joven que por mediación de un viejo amigo le habían presentado para que le echara un cable, por las mañanas la chica estudiaba enfermería y por las tardes se sacaba un dinerillo en el bar.

Agotado y de mal humor iba a salir un poco antes cuando una llamada le cambió la expresión de la cara, tras colgar, estaba eufórico, inevitablemente Elena le preguntó a qué se debía tal cambio, a lo que respondió tímidamente que venía una amiga de muy lejos a visitarlo.

—Caray, sí que debe ser buena amiga —dijo con cierta actitud picaresca la chica.

Isabella había aceptado, en un principio sintió miedo, pero no podía seguir en Austria, cada día más agotada, cada día, daba igual lo que fuera, más asfixiada, necesitaba un cambio, tal vez el destino le hubiera puesto a Luis en medio para que le rescatase con un fuerte y gran caballo blanco, como los príncipes a las princesas.

¿Qué podía perder? Con un poco de suerte podría empezar de nuevo en otro sitio, sin nada que siempre le recordase las desgracias que le perseguían desde aquel día en el aeropuerto huyendo de sus padres, la vida no le había sonreído, más que sonreír, no era como había imaginado, desde muy joven, el eje central de la casa, de su familia, a sus apenas 27 años, había vivido y pasado por experiencias que otros tardaban en experimentar toda una vida.

Sin dar muchas explicaciones, cogió a los niños y les pidió que la ayudasen a hacer las maletas.

—Nos vamos a España.

—Pero mamá, la señorita Meller dice que mañana hay examen.

—Olvídate cariño, nos merecemos unas vacaciones.

Martin, sin entender la conversación gritaba por la casa ¡avión, avión! al tiempo que corría por el comedor extendiendo los brazos imitando un aeroplano sobrevolando los cielos.

Al día siguiente, con un par de maletas y una mochila pasaron el día en el aeropuerto a la espera de su vuelo, el Boeing 714XT, un avión, la llave hacia una nueva vida.

CAPÍTULO 15

Había pasado ya casi un año desde que Pedro se instaló en casa de Pascual, se habían convertido en buenos compañeros de piso, además, trabajando en el hospital, pasaba la mayor parte del día fuera, por lo que a Pedro le resultaba realmente cómoda la instancia.

Alfonso, en ese año había convocado un par de reuniones, la primera fue una toma de contacto, hacía años que no se reunían, todos estaban cambiados, las infantiles facciones de la cara, daban paso a los angulosos rasgos varoniles, los primeros reflejos teñían de ceniza los laterales de la cabeza del mayor del grupo, algún kilo que otro mostraba el paso del tiempo en otros.

Todos ellos, incluso antes de acabar sus estudios superiores ya estaban colocados en puestos de relevancia, venir de familias adineradas, facilitaba las cosas, tan sólo Pedro parecía haberse quedado atrás.

Al principio, no entender el idioma supuso un hándicap, Tortosa era una comunidad catalanoparlante, incluso había gente mayor con dificultades para expresarse en castellano, por lo que tardó unos meses en conseguir su primer contrato, en una vieja e inadaptada planta textil, de la que su dueño apenas invertía dinero en maquinaria moderna, cosa que no tardó en pasarle factura al dueño y terminó cerrando debido a los altos costes en personal y la falta de competitividad en los precios finales de los productos.

En la segunda reunión que realizaron las mariposas, como solía apodarles cariñosamente Alfonso, uno de los puntos a tratar fue Pedro, el grupo, viendo las dificultades que estaba pasando, decidió echarle un cable, además, había llegado el momento de que cumpliera el cometido por el cual Alfonso lo había incluido cuando apenas era un niño preadolescente.

Tal y como hacía años atrás habían prometido, el grupo selló su fidelidad, para ello, siempre daban un paso adelante en su pacto de silencio, que siempre finalizaba con una orgía sexual donde daban rienda suelta a sus instintos más salvajes.

A medida que pasaba el tiempo, las reuniones se hacían con más frecuencia.

Con los años, todos ellos habían llegado a ocupar puestos realmente importantes en el país, poco a poco, con las influencias correctas y en el momento oportuno, iban ascendiendo a niveles estratosféricos de la sociedad española.

A Pedro no le iba mal, le habían montado un negocio, donde de día era un bar llamado “El Ibérico” y de noche, en la parte superior del local, se convertía en una especie de mazmorra donde ponían punto final a sus festivales de sexo y drogas con altas personalidades de todo tipo, de manera, que como una tela de araña, el clan cada vez iba atrapando a más peces gordos del sistema a base de chantajes y secretos que si salieran a la luz del día, sería el fin de muchos.

El sadismo de Alfonso iba en aumento, había cruzado casi todos los límites, límites de los que Pedro con ayuda de Pascual tenían que arreglar limpiando lo que llamaban daños colaterales.

En un principio, las orgías las realizaban con prostitutas, pero poco a poco, éstas, rechazaban prestar sus servicios por la dureza y las vejaciones que sufrían, a esto, otro problema añadido, se empezaba a rumorear de sus bacanales, cosa que no interesaba a nadie, el ruido, su peor enemigo.

Cuando España entró en la Unión Europea, el clan vio la oportunidad de llevar sus negocios a un nivel internacional, a menudo se reunían con personalidades europeas, y como de costumbre, sellaban las grandes oportunidades en el Ibérico, un viejo bar de carretera entre

Benicarló y Vinaroz, lo suficientemente grande y aislado para no llamar ni despertar la curiosidad de nadie ¿quién podría imaginar las barbaridades que sucedían dentro?

Hasta el momento, Pedro se había mantenido siempre al margen de tales festines de depravación, se dedicaba a limpiar y arreglar los destrozos causados por tales encuentros, Pascual, como enfermero, solía curar las heridas de las cada vez menos prostitutas que acudían.

Al principio, venían de la zona, con el tiempo se vieron obligados a ampliar radio de búsqueda, hasta traerlas de todas partes de España, siempre el mismo modus operandi, llegaban en un coche negro de alta gama con los cristales tintados, normalmente, bajo contrato, las chicas aceptaban realizar el recorrido con los ojos vendados, evitando futuras complicaciones en caso de que, yéndose las cosas de madre, pudieran localizar el lugar de tales encuentros.

Belmonte no tuvo problemas, dada su condición de grande de España, en convencer al gobernador de Alicante en mover los hilos necesarios para otorgar la licencia de construcción de un nuevo hospital psiquiátrico, cuyo director, sería el prestigioso doctor Alfonso.

La red, estaba en marcha, todo estaba planeado minuciosamente, con la apertura del centro de salud mental, Alfonso podía ofrecer algún interno que, por su condición, nadie jamás creería, así es como comenzó a proporcionar jóvenes menores de edad, siempre dopados de medicación y anulando su voluntad.

Un día, los medios de comunicación se hicieron eco de una joven interna desaparecida, el centro, en un comunicado oficial tuvo que declarar que la interna, tras un forcejeo con la enfermera del turno de noche, escapó salvando los dos metros de altura del muro exterior, ahí se perdió la pista.

Con este caso, fue la primera vez que Pedro tuvo que enfrentarse al enterramiento de aquella pobre e inocente víctima.

Una llamada de teléfono en mitad de la noche, unas instrucciones, esto no era limpiar el suelo o paredes de restos de fluidos corporales, la imagen de aquel cuerpo destrozado a golpes cambiaría para siempre la vida de aquel infeliz que, como un autómatas sin personalidad, siguió al detalle las órdenes que recibió.

Durante meses tuvo problemas para conciliar el sueño, pero el miedo y respeto que sentía por el resto de sus antiguos compañeros era más fuerte que cualquier sentimiento de culpabilidad. Con el paso del tiempo, fueron tantas las situaciones en que se vio envuelto, que normalizó todas aquellas vivencias que cualquier otra persona no hubiera podido soportar.

Sin duda, no se habían equivocado, tenían el mayordomo perfecto, Pedro, había vendido su alma al diablo.

Unos nuevos clientes rusos, interesados en invertir en la compañía donde trabajaba como director Fernando, que presidía una de las mayores cotizadas del IBEX, se habían cruzado en el camino de esta secta de poder.

La inversión, suponía una inyección de capital como nunca antes se había visto en Europa, los rusos, la mayor empresa audiovisual del continente, quería un sillón de peso en el consejo de la telefonía móvil de la empresa de Fernando, un negocio que estaba en pleno auge.

Si conseguían firmar el acuerdo, la mayor ampliación de capital de una compañía española, tendría que ser aprobada por el banco de España, por suerte, Tomás estaba como subgobernador de la entidad, unas simples fotos enviadas a la prensa, bastarían para que su colega el supervisor aceptara dicha macro ampliación de capital, dando entrada a los rusos en la recién privatizada empresa de su amigo.

Habían estudiado minuciosamente durante meses las costumbres de los máximos representantes extranjeros, lo sabían todo sobre ellos, la empresa de espionaje industrial con la

que solían trabajar, era bien conocida por sondear en las profundidades de las cloacas del ser humano, así, con informe en mano, Alfonso, como el que se dedica a hacer pasatiempos, se puso a trajinar como podrían asegurar la firma, realizando un esbozo en papel, que más tarde acabaría quemando para evitar dejar prueba alguna.

Entre aquellos folios dedicados al perfil psicológico de Ivanov, subrayado en bolígrafo podía leerse, su mayor fantasía...montárselo con dos niñas vírgenes.

Sin duda, el socio soviético era un depravado, pese a que nunca entendió por qué la sociedad se escandalizaba por este tipo de cosas, sabía perfectamente que una prueba que lo envolviese en algo así, pondría fin a su prestigiosa carrera.

El plan estaba en marcha, la firma, cuestión de tiempo.

CAPÍTULO 16

Era temprano, apenas lucían los primeros rayos de la mañana cuando Pedro observó un coche aparcado junto a la entrada, dentro había dos tipos, parecían estar dormidos bajos los efectos de una larga noche de juerga.

Tenían aspecto desaliñado, jovencitos que habían quemado todos los cartuchos de la ruta del bacalao y habían acabado en un solar, frente un bar que se habían topado por la carretera, seguramente esperando a que abran y culminar la fiesta con alguna cosa que meter a la boca antes de dormir la resaca en casa.

Al oír la persiana, los dos muchachos, se apresuraron en salir del coche, torpemente se pusieron en pie y sin un ápice de educación dijeron...

—¡Eh! ¿puedes hacernos un bocadillo de longaniza con all i oli?

Pedro, que a pesar de no ser mucho mayor que ellos lo primero que pensó fue que el mundo estaba lleno niñatos, respondiendo al tiempo que recriminaba, que antes de nada se decía “bon dia”.

La figura de los dos extraños individuos era realmente peculiar, uno, alto, moreno, rasgos marcados, un cuerpo que se notaba cuidado en gimnasio, curiosamente repeinado para haber estado toda la noche por ahí, el otro, todo lo contrario, bajito, delgado, rubio, el pelo no se sabía si era de un critter o del muñeco diabólico, parecían don Quijote y Sancho panza trasladados al siglo XX.

Sin duda, el moreno, era el líder, se notaba que ejercía una fuerte influencia sobre su compañero, ya que en cuanto lo mandó callar, el rubio adoptó un papel sumiso, guardando sus malos modales para sí mismo.

Con cierto acento extranjero, tal vez portugués, el chico moreno se presentó y se disculpó por las formas.

—Hola, disculpe, soy Pepe, aunque todos me conocen como el inglés y mi amigo es Vicente.

Como si le hubieran ofendido, intervino de forma abrupta en la conversación

—Vicente no, soy Vicent, aquí y en la China.

—Yo Pedro, el que os va a preparar el mejor bocadillo en 25 km a la redonda — respondió riéndose en una broma que sólo él parecía comprender.

—Adelante, es domingo, así que tenéis el bar para vosotros, sentaos donde queráis.

En lugar de sentarse en cualquiera de las mesas que habían preparadas, como hubiera hecho cualquier visitante dispuesto a picar algo, tomaron asiento en los incómodos taburetes de la barra, pidieron un tercio y encendieron un cigarrillo, mientras, Pedro, en la cocina, esperaba a calentar la plancha en la que empezaría a preparar los almuerzos que más tarde colocaría en la vitrina junto al mostrador, a sus clientes les gustaba ver la diferente variedad y elegir la combinación de sabores que les entraba ese día por el ojo, siempre mejor que una carta donde pusiera tortilla de patata, calamares, tocino, y un sinfín de posibilidades que a la gente que no era de la zona, no le decía nada.

Pedro era conocedor de los planes de Alfonso, que había pedido colaboración al resto del clan en la búsqueda de unos tipos fuertes que hicieran un trabajillo para contentar a sus nuevos socios.

Aquellos tipos, no es que cumplieran el perfil que requería el cabeza del clan, pero se notaba que se movían por ambientes no muy convencionales, el fardo de billetes y la pequeña bolsa con polvo blanco que asomaba por el bolsillo de Pepe les delataban.

Pedro, antes de llamar a su colega, quiso asegurarse de su intuición y preguntó si podían conseguirle algo de vitaminas nasales, enseguida los dos muchachos entendieron por donde iba y no dudaron en sacar la bolsita que asomaba por el pantalón.

—1 gramo 60€.

—¿Podéis conseguirme más?

—¿De cuánto hablamos?

Ahora era el momento de poner a prueba a ver hasta donde llegaban los dos chavalines.

—Voy a montar una fiesta con unos amigos, necesitaría mínimo 10 gr.

—Bien, sin problemas, mañana podría tenerlo preparado.

—Verás Pepe, la fiesta la monto esta noche en mi casa, no puedo esperar a mañana ¿crees que si subimos un poco el precio del gramo podrías tenerlo para esta noche?

—70€ la bolsita.

—Pero Pepe ¿tas loco? No hemos dormido una mierda y tenemos que ir a Valencia, pillar y volver.

La mirada del inglés se tornó seria y penetrante, causando un efecto hipnótico en Vicent.

—Está bien, conduciré yo —respondió resignado el rubio.

Con el bocadillo en la barra, Pepe le pidió a Pedro que los envolviera para llevar, el camino era largo, además, los domingos no solían hacer este tipo de trabajos, por lo que no podían entretenerse demasiado, era un buen trato y no estaba dispuesto perderlo.

—Tomad, dentro de la bolsa os he puesto un par de latas de cola, dentro tenéis también una tarjeta con mi dirección y teléfono, cuando lo tengáis me pegáis un toque.

Justo cuando los dos chicos se disponían a abrir la puerta del bar para dirigirse al coche...

—Esperad ¿podéis traer también alguna amiga?

—Entiendo —respondió Pepe —eso te va a costar un poco más.

—Por el dinero no te preocupes, trae tres chicas para esta noche, tenemos que hacer una juerga guapa.

Tras aquellas palabras se cerró la puerta, Pedro, asomado por la ventana vio como arrancaba el viejo Seat Ronda azul con Vicent al volante.

Tras perder de vista el coche, cogió el teléfono y llamó a Alfonso, la llamada fue breve, más que una conversación parecía un mensaje en el contestador.

—Ven esta noche a mi casa, creo que lo tengo —y colgó.

El día había sido flojo, los domingos de invierno apenas circulaban coches por la carretera, algún agricultor que se resistía a abandonar su campo se acercaba, almorzaba, charlaba un poco con quien hubiera en el bar y volvía a su rutina como el preso que vuelve a su celda tras un día de permiso. El resto del día, algún cliente perdido, tomaba un café, aprovechaba para ir al baño y seguía su camino.

Pedro cerró y se fue a casa, pendiente todo el día del móvil, la llamada que esperaba no llegaba, tal vez se hubiera equivocado con aquellos tipos, ese pensamiento, le invadió durante todo el trayecto de vuelta.

Se adelantó un poco a la hora que solía llegar, todavía no eran las ocho, abrió con el mando la puerta exterior que daba al interior de su parcela, justo cuando en ese instante, una luz le deslumbró, un coche escondido en la oscuridad encendió las luces, estaba a escasos metros de él, pero camuflado entre la oscuridad, había pasado desapercibido a los ojos de Pedro.

Se apresuró en entrar a su parcela, miró por el retrovisor y pudo ver como el otro vehículo llevaba toda la intención de entrar tras él, paro en seco, cogió bajo su asiento el cepo que usaba para bloquear el volante, abrió la puerta de su Corsa y se plantó desafiante frente al otro coche.

Pedro era fuerte, estaba dispuesto a enfrentarse a quien fuera, había dado su dirección a unos desconocidos, de manera que podrían ser ellos que habían decidido darle algún susto o Dios sabe qué.

Sin apagar el motor, una silueta bajó del otro coche, la luz no dejaba distinguirlo, pero aquella voz era inconfundible, Alfonso estaba allí.

—¿Así es como me recibes?

—Joder, que susto me has dado.

Aparcaron los coches en paralelo y entraron a la casa.

Pedro encendió una vieja estufa de leña que tenía en el comedor cuando sonó su teléfono, Alfonso lo observaba con atención.

—En media hora llegan —dijo tras colgar.

—Espero que los más de 300 km que llevo a mis espaldas hayan valido la pena, mañana tengo comida con los padres de la paciente que se fugó del hospital, quiero zanjar el tema de una vez por todas.

—Son perfectos, por dinero venderían su madre al diablo, además son algo cortos, unos auténticos pringados.

El vaso de whisky vacío, tan sólo un poco de hielo fundido delataba que hacía unos instantes había estado lleno, sonó el timbre, Pedro abrió la reja que daba paso al interior del recinto, esperaron en el recibidor, los nudillos de sus invitados sonaron en la puerta.

Al abrir, allí estaban plantados, los muchachos que habían acudido por la mañana temprano al bar, tal como le había descrito a Alfonso, la figura de los dos era de lo más peculiar.

Con un fuerte acento portugués, que perdonaba los errores gramaticales del moreno, les dijo que habían conseguido la mercancía.

—¿Las chicas? —preguntó Pedro.

—En el coche.

—Diles que se vayan, tenemos que hablar —intervino Alfonso.

Desconcertados los dos muchachos dudaron.

—¡Vamos coño, he dicho que se vayan!

Como un yonqui, desesperado por su dosis y sin dinero para conseguirla, se pusieron nerviosos.

—Eh tío, tranqui eh, nos la suda si se piran o se quedan, pero, el viaje vas a pagarlo.

Tras aquellas palabras, Vicent sacó lo que parecía una Parebellum de 9 mm.

Pedro ante aquella situación, tensó todos los músculos de su cuerpo, como si estuviera preparado para entrar en acción de un momento a otro.

Sin embargo, Alfonso y Pepe, de pie, frente a frente, mantuvieron la mirada fijamente el uno con el otro, como si de un pulso se tratase.

Alfonso rompió el silencio, me gusta, estos chicos me gustan, una mueca de satisfacción se dibujó en el rostro del inglés, mientras la cara de desconcierto de Vicent dio paso a una carcajada por parte de su compañero.

—Venga Vicent, baja el arma, vamos a hablar de negocios —chapurreó con la mitad de las palabras en portugués.

Pedro intervino iniciando a modo introducción unas palabras que más bien fueron una presentación de su invitado y amigo, acto seguido, Alfonso tomó el hilo de la conversación, tras

las presentaciones oportunas, éste, con el don de palabra que le caracterizaba, envolvió a los dos muchachos en lo que podía ser el negocio de sus vidas, 20.000.000 de pesetas por llevarles dos jovencitas.

El trabajo parecía sencillo, tenían que llevar a dos crías hasta el destino que más adelante les dirían, después, desaparecerían del mapa y nunca más volverían a cruzarse por medio.

Si los dos chicos conocieran algo mejor a Alfonso, hubieran sabido que no era en sentido figurado la frase desaparecer del mapa, Alfonso, estaba hablando literalmente de lo que sucedería tras el intercambio.

Pedro, entonces supo que algo iba mal ¿por qué Alfonso no estaba dispuesto a dejar cabos sueltos? ¿qué era diferente a lo que tantas otras veces habían hecho?

Pese a las preguntas que rondaban por su cabeza, causando una enorme duda sobre si seguir con aquello o retirarse, prefirió mirar hacia otro lado y desentenderse limitándose a recoger y limpiar las habitaciones que preparaba con esmero en la parte superior del local a cambio de los sobres de dinero que recibía en b a modo compensatorio por las molestias.

Tras despedirse los dos muchachos, abandonaron el chalet, contentos por haber cerrado un buen trato.

Alfonso no alargó más la visita, despidiéndose de su compañero,

—Me espera un largo camino hasta Alicante, no contactes conmigo pequeña mariposa, tendrás noticias mías.

Sin saber muy bien qué responder, aturdido por fantasmas del pasado, Pedro se acostó en la cama, sin cambiarse de ropa, tumbado boca arriba, oyó el rechinar de las ruedas del coche de su viejo compañero.

Aquella noche apenas durmió, el rostro de aquella pobre chica destrozada aparecía en sus sueños, atormentándolo de tal manera, que el coctel de ansiolíticos con whisky no le hacían efecto esperado. Cansado de dar vueltas en su habitación, salió al jardín, cortó una rosa y se dirigió a un pequeño cobertizo donde guardaba herramientas y alguna que otra silla y mesa del bar, apartó un montón de tableros apilados en el suelo, dejando al descubierto una trampilla que llevaba al pozo ciego de la casa, junto al tanque, un bidón de obra lleno de hormigón llenaba la única esquina del pequeño sótano.

Con mirada de arrepentimiento, depositó la rosa que minutos antes había podado.

—Perdón.

Las únicas palabras que salieron por sus labios.

Tras aquella triste escena, de vuelta a la carretera, el negocio lo esperaba, los días pasaban y no perdonaban, un suspiro, llena de aire los pulmones, y da un paso adelante, de nuevo el sol luce, otro día que comienza, otro día que acaba.

CAPÍTULO 17

Tres meses desde la reunión en el chalet de Pedro, 90 días sin tener noticias de aquel siniestro tipo de corbata y gabardina oscura.

Pepe y Vicent estaban ansiosos, 20.000.000 de por medio, pasaban los días, la tentación de volver a aquella urbanización les tentaba, pero el jefe había sido bien claro, da igual el tiempo que pase, nosotros nos pondremos en contacto, si os vemos por aquí, daremos el trabajo a otros tipos.

El timbre suena, la madre del inglés se asoma por el ventanal del comedor, sabe que su hijo se ha saltado un permiso y teme que vengan a por él, nada llama su atención, sólo un hombre de mediana edad, bien arreglado y gafas de sol que apenas dejan esbozar un rostro en la cansada vista de la anciana.

—¡Vieja! ¿moros en la costa?

—No hijo, creo que es un vendedor, va muy bien arreglado.

Riendo irónicamente, Pepe dijo...

—Joder, al final van a venir a mi casa a ofrecerme nuevos productos y todo, abre anda, espero a un traficante de armas francés, seguro que es un franchute finolis que cree andar por Silla es como pasear en una de las fiestas de Chanel, menudo gilipollas.

Catrina abre la puerta por el telefonillo y se encierra en su habitación, sabe que cuando Pepe hace negocios en la casa, debe desaparecer, una mandíbula desencajada le costó aprender la lección tras la última vez.

Pasan los minutos, no suena el timbre, no cuesta tanto subir un cuarto piso, piensa bastante cabreado mientras de su boca sólo puede descifrarse “malditos gabachos”.

Coge la llave, da medio giro y tira hacia fuera cogiendo del pomo de la puerta, se abre, la luz de la escalera está apagada, se asoma por el hueco del ascensor, está parado en la planta baja, nadie parece que haya entrado a la finca, y menos subido hasta allí, enciende la luz, está cabreado, sus bruscos cambios de humor se han acentuado durante estas últimas semanas, abrir nuevos horizontes en su clandestino negocio de trapicheos lo ha alterado un poco.

Cierra la puerta con brusquedad, se dirige a la cocina, su hermano pequeño está merendando mientras ve su programa favorito en una diminuta televisión.

—Apaga esa mierda —exclama de manera alterada.

Mariano, que está empezando la adolescencia quiere responder con la misma agresividad, pero sabe que no es ni el momento ni la persona adecuada para poner a prueba su salida de machito valiente, cabizbajo se levanta y pulsa el botón de off y se encierra en su habitación lleno de rabia contenida.

El inglés como lo apodaban todos, abre la despensa, saca un bote metálico que utiliza a modo herbolario y se prepara un té, cada día es de gustos más refinados, se cuida, nada de alcohol, nada de drogas, el físico y la salud le obsesiona, choca su look y su estilo de vida con su agresiva conducta, en casa va por temporadas, ahora, todos saben que es mejor no llevarle la contra.

Sentado en el sofá del comedor, suena de nuevo el timbre de la calle, da un sorbo al té, mientras, piensa que hoy los astros se están burlando de él.

Abre la puerta, es Vicent, va cargado con dos bolsas de naranjas para Catrina, lleva un mes acogido en su casa y cree que es una buena manera de agradecérselo.

Cuando llega arriba, toca el timbre, Pepe abre la puerta, en la mano sostiene la taza de té.

—¿No piensas ayudarme, joder, voy cargado a tope?

—¿Te he pedido que traigas naranjas?

—Son para tu madre desagradecido —responde Vicent cansado mientras el rubio de su cabello deslumbra con el reflejo de la luz que entra por el balcón.

Sin dejar que Vicent dijera más palabras, lanzó la taza hacia su cabeza, por poco, la esquivó, las naranjas caen al suelo, allí, un sobre con sus apodos al dorso.

Ambos olvidan la absurda discusión, centrados en aquel papel pasan al comedor, toman asiento, dudan si abrir la carta u olvidarse de ella para siempre, saben lo que es, saben lo que significa.

Pepe comienza a leer la carta, tiene dificultades, lee como un niño de primaria con un acento portugués que hace inentendible su contenido, Vicent, le arrebató la carta.

—¡Dame anda, leo yo!

Al inglés le gusta tener el control, pero accede de mala gana a que le ayude su amigo.

—Bien —corta Pepe —parece que el encargo es para este mes de noviembre, quieren las niñas para el fin de semana que coincida con la luna llena.

Ambos se levantan y se dirigen a la cocina centrando sus miradas en un calendario que cuelga sobre la nevera de la casa.

—Eso es la semana que viene —dice el rubio mostrando cierta preocupación.

—Sí, la noche del 12 al 13, joder, estos tipos apenas nos han dejado margen para buscar.

—¿Y qué hacemos?

—¿No le pasabas hachís a una niñata que decías que no te la hacías porque no querías?

—Sí, es del pueblo de al lado, pero esa no, es buena tía.

—¿Buena tía? Pedazo imbécil, con 20.000.000 de pesetas, creo que encontrarás mejores tías que una niña que juega a ser malota.

—Nano, vamos a la puerta de un instituto.

—¡Calla capullo! Las paredes son de papel, la vieja y el enano están en casa, coge el macuto y una bolsa de cereales y vamos a la caseta.

Todo estaba preparado, Alfonso se sentía impune, gracias a sus amistades, había conseguido eludir toda responsabilidad por la desaparición de la menor de su centro sanitario. La reunión con los padres no había ido como esperaba, la imponente cifra de dinero ofrecida no fue suficiente para unos padres dispuestos a luchar por su hija hasta el final, el juicio era inevitable, pero su filosofía de favor se paga con favor dio su fruto, quedando archivada la causa por sobreseimiento, lo que es lo mismo que decir que el proceso judicial había quedado en stand-by hasta aportar nuevas pruebas.

Ahora toda su atención estaba centrada en el festival que iba a organizar para los rusos.

Fernando estaba nervioso, quedaba menos de una semana para la firma, todo debía salir bien, conseguir aquellos nuevos socios, implicaba abrir el camino para futuros acuerdos de España con el país soviético, no sólo era una cuestión empresarial, se jugaban la grandeza de país que consideraban en continua decadencia por la caída del régimen.

En Alicante, suena el teléfono

—¿Sí?

—Alfonso, soy Fernando ¿está todo preparado?

—¿Alguna vez te he fallado?

—No, pero no estoy tranquilo con los dos tontos que has cogido para el trabajo.

—Tranquilo, son gentucilla, cuando todo acabe, nadie los va a echar de menos.

—La reunión será el sábado a las 13.30, parador de la granja, Segovia.

—El viernes tendrás la firma, lo del sábado será un mero trámite, Pedro tendrá el Ibérico preparado para la media noche, os esperaré con las chicas.

Tras 40 minutos de carretera, Pepe y Vicent llegaron a una vieja caseta de campo que solían utilizar para esconder el botín de sus atracos, un par de coches y una moto abandonada es todo lo que había alrededor de la caseta, inservibles y llenos de óxido por el abandono y la intemperie.

—Tenemos 3 días para citarnos en el bar del puto pervertido.

—Pero Pepe, tienes que llamarlo y conseguir más tiempo.

—Joder, hay que hacerlo como sea. ¿Te imaginas un segundo encargo? Con dos o tres más, podríamos llevar todo el negocio de la provincia, los putos amos, se acabó esperar al Tuko en los callejones del Cabañal para unos gramitos, con toda esa pasta, nos besarán los huevos, trabajarán para nosotros.

Tras un rato deliberando, pensaron que la mejor opción era la que había propuesto inicialmente el inglés.

—Vicent, mañana irás a la salida del instituto, buscarás a tu amiguita, y le propondrás un planazo para el viernes por la noche.

—Pero si es una cría ¿tú crees que sus padres la van a dejar salir por la noche?

—Pedazo imbécil, véndeselo como una de esas fiestas vespertinas que organizan para adolescentes donde hacen que se sientan como adultos, joder, esas fiestas de discotecas donde en lugar de alcohol venden Fanta y Trina.

—Y si me pregunta ¿dónde le digo que es?

—¿En Rombo no hacen todos los viernes una de esas fiestas infantiles?

—Ah sí, buena idea, vale, mañana pondré el cebo, le diré que venga con una amiga.

Para celebrarlo, esa noche bajaron hasta el pueblo, compraron un par de bocadillos y una botella de bourbon que les mantendría calientes en la caseta de Llombai.

CAPÍTULO 18

Isabella, tras una larga sesión de relajante baño, bajó al comedor, allí sentados, embobados viendo la televisión estaban el pequeño Martin, sentado como un hombrecito al lado de su hermana.

Al pequeño no parecía importarle el idioma, en cambio a Daniela se le notaba cierta crispación al intentar coger palabras al vuelo.

—Tranquila, es cuestión de paciencia, primero tu oído debe adaptarse.

—Ya lo sé mamá, pero es que hablan raro, para decir una frase sencilla adornan de manera cantarina la oración con frases que no entiendo.

—Hija, la lengua de Cervantes no es fácil.

—¿Quién es ese? Preguntó la pequeña con curiosidad.

—Pues...ya te lo explicaré más adelante, ¿qué os parece si me acompañáis a la nevera y preparamos un súper desayuno?

Los niños se levantaron al instante, y como si de una carrera se tratase se dirigieron rápidamente a la cocina.

Para ellos todo era nuevo, el hecho de abrir una nevera americana era toda una fiesta, todo un mundo por descubrir.

—¡Alaaa, que grande es! exclamaron al ver la doble puerta.

El pequeño no llegaba al asa, de manera que se las ingenió para auparse con un taburete.

—¡Martin! Baja de ahí inmediatamente.

Ordenó su madre al tiempo que la escena le removió el recuerdo de cuando encontró a Andersson tendido en el suelo.

—Verdaderamente este chico necesita una mujer en casa, por Dios, pero si todo lo que tiene es industrial —exclamó escandalizada.

Los niños enseguida echaron el ojo a los gofres y los donuts.

—Mamá ¿por qué guarda los donuts en la nevera?

—Debe ser por el calor cariño, imagino que el chocolate no aguanta muy bien estas temperaturas.

Eran las 9 de la mañana, pero el calor de junio comenzaba a apretar con vigorosa fuerza, no estaban acostumbrado a tanta humedad, por lo que la sensación de calor aumentaba con un desagradable sudor pegajoso.

Al medio día, los críos estaban aburridos, toda la mañana viendo la televisión en un idioma extranjero no daba para más, Isabella, intentando evitar que pronto le pidieran volver a casa, se dirigió al salón principal, descolgó el teléfono y llamó al número que le había dado Luis anteriormente por si necesitaban algo.

—Luis, quisiéramos acercarnos a dar una vuelta por la civilización, los niños están que se suben por las paredes.

—Claro, comprensible, pero tenéis 2 km hasta el centro, no sé si Martin estará dispuesto a una caminata apretando el sol como aprieta.

—¿Aprieta? No entiendo.

—Me refiero a que hace mucho calor.

—Ah, comprendo, tenéis una frase hecha para todo —respondió a la vez que una leve sonrisa esbozaba su rostro.

—Luis, intentaré aguantarlos hasta la comida, luego iremos a dar un paseo por el centro comercial.

—Perfecto, mira, le diré a Alicia si no le importa quedarse sola, sobre las 19.00 pasaré a por vosotros, ah, espera.

—Dime.

—El centro comercial me temo que no lo vas a encontrar, mejor si dais un paseo por el parque de Teodoro.

—Es que quería aprovechar y hacer algunas compras.

—Ya os llevaré una tarde de compras por Vinaroz, es que aquí no hay lo que creo que buscas.

Ese día comieron pasta al pesto, la salsa no era natural, pero fue lo más saludable que encontró en la nevera, llena de platos precocinados, llenos de aditivos y colesterol.

Cargados de energía, se untaron de crema solar, cogieron un par de gorras para evitar el sol directo sobre la cabeza, y equipados con una botella de agua fresca emprendieron el camino a través de la urbanización dirección a la ciudad.

El camino, que para un adulto no ocupaba más de 15-20 minutos, al paso del pequeño Martín, se hizo eterno, pero a base de juegos y de llamar su atención, al menos consiguió que hiciera todo el recorrido a pie, todo un record para aquellas pequeñas piernecitas. Daniela en cambio no se lo tomó tan bien, se pasó todo el trayecto resoplando y quejándose por todo, le negatividad se había asentado en ella prácticamente desde que llegaron, echaba de menos su casa, sus cosas, sus amigas...

Al llegar, buscaron un poco de sombra para descansar, bajo una palmera se refrescaron, sentados en el césped, los tres estuvieron un buen rato observando la gente que pasaba a su alrededor, como el que analiza el comportamiento y costumbres de otra cultura se dejaron llevar por la armonía del momento.

A diferencia de su país, todavía lucía el sol, los niños corrían por el parque, unos jugaban a las canicas, otros al balón, gritando y viviendo el juego de manera tan apasionada que al principio creyeron que estaban presenciando una discusión.

Los padres sentados en bancos, charlaban a la vez que comían lo que parecían una especie de semillas saladas llamadas pipas.

Si no fuera porque los españoles viven todo tan efusivamente, diría que estamos en casa, al fin y al cabo, no parece que seamos tan diferentes, pensó Isabella.

Viendo que Martín había recuperado fuerzas y que sus ojos delataban sus ganas de jugar con los otros, su madre le echó un cable acompañándolo de la mano hasta donde estaban el resto de niños.

Rápidamente, a pesar de la barrera del idioma, Martín se cogió al juego, el fútbol era algo muy europeo, sociabilizar algo humano, así que, en tan solo unos minutos, era como si se conocieran de toda la vida.

Isabella se sentía feliz de ver a su pequeño, sabía que no todo iba a ser fácil, pero verlo jugar, correr y reír junto al resto de niños le daba una paz y una serenidad que sólo se truncó al ver la cara de Daniela, parece que con ella la adaptación no va ser tan sencilla.

—¿Te apetece que probemos las semillas saladas?

—Vale —respondió resignada a su madre.

—Venga, ámate, ya verás como te gusta España.

Isabella sacó unas monedas de su bolso y se las entregó a Daniela, le indicó que se acercara al supermercado que había junto a la entrada del parque.

En seguida la expresión de la niña cambió, tal vez el hecho de que su madre le confiara tal misión, en un país extranjero, con las dificultades que la lengua entrañaba, fue como inyección de optimismo en la niña, por fin sentía que tenía algo que hacer.

Cuando volvió junto a su madre la recriminó por no haberle indicado bien.

—Mamá, se llaman pipas, y no tenían en el supermercado, me ha tocado ir a otro local que se llama kiosco.

—Perdone usted señorita.

—He quedado en ridículo, pero ha valido la pena.

Tras una leve carcajada de satisfacción, Daniela se dispuso a probar tan gran manjar.

Abrió la bolsa con cuidado de no romperla, cogió una de aquellas semillas y se las introdujo en la boca, al instante, un gesto de rechazo.

—Es como comer sal —exclamó con cara de asco.

Al rato, como si de droga se tratase, madre e hija no podían parar de comer pipas.

Sin apenas ser conscientes del reloj, apareció Luis, en una mano sostenía una rosa color rojo intenso que asemejaba la intensidad de la sangre del toro español, fuerte y vigorosa, en la otra, dos bolsas con chucherías, sin duda, aquel detalle tuvo la respuesta esperada.

Caminaron a lo largo del parque hasta detenerse ante una locomotora de vapor, en una placa informativa se leía, locomotora del Carrilet y la Carrasca. Los niños al verla no dudaron en subirse, rápidamente adoptaron el rol de maquinista y fogonero.

—¡A toda velocidad, más carbón, rápido! Gritaba Daniela.

—Sí señora maquinista —respondió el pequeño al tiempo que simulaba tener una pala en la mano.

Luis se acercó a ellos en un intento de llamar su atención, y empezó a narrarles una historia más propia de Agatha Christie que de un cuento para niños. De forma abrupta intervino Isabella diciéndole en inglés;

—¿Acaso quieres que esta noche tengan pesadillas?

Aquella historieta no le hizo gracia, pero Luis rectificó hábilmente y todo quedó como anécdota curiosa del día.

Ya en casa, cenaron todos como una familia, a Martin se le veía agotado, Daniela había cambiado la cara, parecía dispuesta a dar una oportunidad a aquel país, Isabella, ilusionada, la vida parecía darle una segunda oportunidad.

Esa noche durmieron todos plácidamente.

Hoy celebramos 3 años, dijo Luis al tiempo que sacaba un sobre con 4 entradas, Port Aventura, leyó el pequeño.

—¿Es el parque que se ve desde la carretera? —preguntó emocionada Daniela.

Desde que llegaron aquella noche de madrugada al que ahora era su residencia, Isabella había encontrado la paz.

Todos los fantasmas del pasado parecían haber desaparecido, la tristeza, la culpabilidad y el estrés habían dado paso a una vida familiar llena de ilusiones por las pequeñas cosas, que ya casi tenía por olvidadas.

Volvió a pintar, montó un pequeño estudio en la guardilla del chalet, su refugio, como ella lo llamaba.

Los niños, se matricularon en el colegio, el primer curso fue algo complicado, el idioma, al principio, los lastró un poco socialmente, pero la gente de España era realmente acogedora, por lo que en pocos meses ya eran uno más, eso facilitó mucho el aprendizaje, hasta el punto de que Daniela en cosa de un curso escolar consiguió dominar la lengua e incluso atreverse con el idioma

local, el catalán.

Martin tuvo un poco más de dificultad, pero lo entendía todo, así que suplía sus carencias a la hora de expresarse con su peculiar manera de gesticular, siempre fue un niño muy expresivo, y en este caso tuvo que agudizar el ingenio, sin duda, había heredado la creatividad de la madre.

Tal y como tenían planeado, aprovechando que el sábado coincidía con la diada, Luis cerró el bar aquel fin de semana, a cambio, renunciaba a sus vacaciones, que para cualquier autónomo prácticamente son inexistentes, de manera que compensaba vacaciones con el cierre cuando alguna festividad caía cerca del sábado o el domingo.

Isabella nunca llegó a comprender la esclavitud que tenía Luis con el negocio, las cosas, por lo que veía, no le iban nada mal, daba para una casa de lujo y mantener una familia holgadamente, hasta el punto de permitirle el lujo de continuar con su sueño de pintora sin necesidad de preocuparse por el dinero.

Acostumbrada a ser una mujer bastante independiente, eso también le permitía no sentirse atada.

Llegaron temprano al parque, Luis paró el coche de manera obligada ante una caseta que parecía de vigilancia de paso. De la pequeña barrera colgaba una señal de “stop” junto a la caseta, una enorme que daba la bienvenida a los visitantes y un cuadro de precios del Parking.

La idea le pareció horrenda, como es posible que con el dineral que había pagado por las entradas tuvieran la desfachatez de cobrarles por dejar el coche en la explanada que bordeaba el complejo.

No quiso estropear el día, así que resignado sacó la cartera y pagó el precio que amablemente la mujer que controlaba los accesos le había indicado con anterioridad.

Una vez aparcados, anduvieron unos 400m hasta la puerta de entrada, distancia que a Luis le pareció vergonzosamente insultante por el precio que había pagado por aparcar.

El pequeño Martin le dio la mano, cosa que provocó una sensación de bienestar que desvió su negatividad por como había iniciado la entrada al parque de atracciones.

Daniela, ya una adolescente, estaba completamente desarrollada, incluso parecía mayor de la edad que tenía. Su pelo rubio, la tez blanca y sus ojos azules llamaban poderosamente la atención, ya que destacaba sobre el moreno de la gente local.

Cuando llegaron a la entrada, pasaron el control de accesos, como anécdota graciosa, cuando llegó el turno de Daniela se dirigieron a ella en inglés, al responder en catalán, la cara de los trabajadores fue tema de conversación durante un buen rato.

Con 15 años tenía la soltura y picardía de una mujer adulta, por lo que este tipo de escenas, era habitual en ella.

La entrada, parecía simular una plaza de México, en el centro una estatua del pájaro loco daba la bienvenida a los visitantes, Luis aprovechó para hacer una foto de la familia en la entrada, le pareció un bonito recuerdo de aquel día.

Entraron y lo primero que vieron fue un lago enorme rodeado de casitas al más puro estilo mexicano, lleno de restaurantes con enormes fotografías de platos típicos de aquel país. La sensación fue como la de haber atravesado un agujero de gusano y haberse trasladado en el espacio y el tiempo.

La cara de Martin desbordaba felicidad, todo le llamaba la atención como el niño que descubre por primera vez el universo que le rodea.

Isabella cogida de la mano de Luis, observaba con atención los carteles de los menús de los restaurantes, nunca había probado los tacos y los burritos, y en esta ocasión, no parecía dispuesta a dejarlos escapar.

Todo era perfecto, el sol iluminaba resaltando los colores del parque, Isabella, emocionada con todo lo que se mostraba ante sus ojos, una combinación de colores y olores dieron rienda suelta a su creativa cabeza.

—En cuanto llegue a casa, voy a hacer un cuadro de unos mariachis tocando en medio del lago, con la montaña rusa de fondo y un reflejo de la sagrada familia en el agua...

—¿Queréis que cojamos un barco y que nos lleve al otro extremo? Propuso Luis mientras descifraba el plano que le habían dado en la entrada.

—¡Sí! —exclamaron los hermanos al unísono.

Unos 10 minutos les costó atravesar el lago, en ese corto periodo de tiempo, pasaron de un ambiente al estilo Indiana Jones para encontrarse con un ambiente que más bien inspiraba a Marco Polo en el lejano oriente.

Pasaron un poco hasta llegar a la atracción estrella, el dragón Khan.

Hicieron una larga cola para subir en ella, pero al llegar su turno, midieron a Martin con una vara metálica, prohibiéndole el paso a falta de centímetro y medio.

La cara del pequeño se apagó, decepcionado tuvo que resignarse a las normas de seguridad. Luis, que se sentía culpable por haberlo ilusionado durante toda la cola contándole batallitas sobre la atracción decidió quedarse con él.

—Subid vosotras, Martin y yo vamos a la zona del oeste, os esperamos allí mientras no comemos un helado con tres enormes bolas de chocolate.

—¡Sí, y pistacho! —gritó el pequeño entusiasmado al imaginar tan gran delicia derritiéndose en su boca.

Madre e hija dieron un paso al frente y se colocaron ante el andén de la atracción esperando que se detuviera ante ellas la temida fiera metálica.

En aquellos instantes, una sensación de nerviosismo las invadió, Daniela abrazó a su madre y le dijo;

—Gracias mamá, gracias por traernos aquí.

Estas palabras colmaron de sosiego a Isabella durante la espera, se sentía orgullosa de sus hijos, feliz al ver que había tomado la decisión correcta para todos y muy ilusionada de haber encontrado a alguien que la quisiera de verdad. Luis, desde su llegada, siempre se había preocupado por ellos como si fueran parte de su familia.

Un sonido de frenada en seco la trasladó de nuevo a la realidad, se sentaron en el vagón que les correspondía, se abrocharon los cinturones de seguridad y acto seguido la barra de seguridad les apretó fuertemente contra el asiento.

—La suerte está echada.

Y se dieron la mano apretando con fuerza, parece mentira que esa manita tierna y débil, ahora sea la de una mujer, pensó Isabella, lo siguiente que pasó por su cabeza fue ¿qué hacía ella boca abajo gritando desesperadamente como si la vida le fuera en ello?

Al bajar de la atracción las piernas parecían temblarles, una extraña sensación de sed y hambre hizo que fueran directas a comprar una coca cola en una máquina expendedora que había estratégicamente colocada a la salida.

—¿Normal o light? —preguntó Isabella.

—Con extra de azúcar —respondió Daniela —no sé por qué motivo, pero el cuerpo me pide dulce.

—Claro hija, con la adrenalina que hemos liberado, el cuerpo nos pide glucosa.

Tras unos minutos recuperándose del estrés sufrido, continuaron el paseo en dirección al lejano Oeste.

Las hermosas casas orientales dieron paso a las casetas de madera ambientadas en el oeste americano de 1800, una transición armónica de ambientes las teletransportó en el espacio y tiempo como el que atraviesa un agujero de gusano.

El cielo rojizo sobre los tejados de madera y las banderas de los Estados Unidos ondeadas por el viento, daba una auténtica imagen de postal.

Tras lo que parecía un cabaret, convertido en restaurante temático, podía distinguirse las figuras de Luis y Martín, al lado de un pozo, junto a los bebederos para los caballos, jugaban llenando pequeños cazos de agua y lanzándolos al aire.

Aquella imagen llenó de felicidad y sosiego a Isabella, Martín tenía un padre, el padre que nunca conoció, venir a España fue lo mejor que pudo hacer, reafirmando la decisión que tomó cuando en Viena todo parecía asfixiarla.

Al acercarse, enseguida comprendió que algo no andaba bien, la mirada de Luis mostraba preocupación.

—¿Pasa algo? —preguntó Isabella temiendo la respuesta.

—No, bueno, sí, me acaban de llamar al móvil, han entrado a robar en el bar, debo dejaros e ir a firmar los papeles del seguro.

La voz de Luis se había tornado seria, sin apenas dar pie a réplica alguna, su rostro se había transfigurado, severidad y miedo reflejaban sus ojos dando el aspecto de cierta ira contenida.

—¿No puedes mandar a nadie?

—Sabes que después, el seguro sólo pondrá pegajos, tengo que estar allí antes de que llegue el perito.

Daniela, viendo la tensión que se había generado en el ambiente, interrumpió hábilmente la conversación.

—¡Mamá! tiene razón, en España la burocracia es muy lenta, y si no pasas por el aro, después son todas trabas y problemas con los papeles.

—Lo lamento de veras, pero os compensaré, coged un taxi para volver, pagad con la tarjeta del negocio, ya me lo desgravaré como gastos de empresa en la próxima declaración.

No era la primera vez que Luis tenía que dejarlo todo y salir urgentemente al “Ibérico” pero esta vez, su mirada alertó a Isabella de que algo no andaba bien.

Resignada a pasar el resto del día sola con sus hijos, continuaron su ruta mientras Luis, en dirección contraria, se dirigía hacia la salida del parque.

Antes de subir al coche, realizó una llamada

—Espero que la reunión que has convocado sea verdaderamente importante.

Al otro lado tan sólo unas palabras en la lejanía se escucharon...

—El juicio es el mes que viene —y se cortó la llamada.

En poco menos de una hora, Luis llegó al solar que tenía frente a su bar, allí le esperaban varios coches, estaban todos salvo Fernando y Tomás, que por sus obligaciones en los altos cargos que ocupaban se encontraban de viaje en el extranjero.

Luis abrió la puerta trasera del bar, subieron las escaleras que conducían al piso de arriba, se acomodaron y comenzaron la reunión, tomando la palabra Alfonso a medida que enunciaba los puntos a tratar.

—Como os he adelantado, me han filtrado que el mes que viene se va a celebrar el juicio de nuestro querido amigo, debemos asegurarnos de que no nos relacionen con él.

Luis tomó la palabra.

—Compañeros, si no ha cantado hasta ahora, no creo que con el juicio cambie nada.

Marcos lo interrumpió.

—Pedro ¿o debemos llamarte Pedro Luis, el tortolito? ¿Has considerado que cuando un animal se ve acorralado y sin salida, termina atacando en su intento de huida hacia adelante?

—¿Y si aumentamos el dinero en concepto de molestias? Respondió con sudor frío Luis.

Belmonte no tardó en sumarse al debate,

—Si amenazamos a su familia dándole una señal de lo que somos capaces, ese niño no abrirá la boca durante décadas.

—No podemos arriesgarnos, el rubio debe desaparecer, sentenció Alfonso dando por concluida toda conversación.

CAPÍTULO 19

Habían cambiado la hora, el horario de invierno venía para quedarse, aquella tarde de noviembre era curiosamente gélida, a pesar de que el termómetro no hacía justicia a la sensación que envolvía Valencia en esos días, la humedad, mal aliado para los primeros fríos, el cuerpo apenas se había habituado, daba igual las capas de ropa con que te envolvieras, el frío te abrigaba calándose entre la ropa para abrazarse a los huesos.

Ya era viernes, Pepe y Vicent subieron a su viejo Seat, verdaderamente, el vehículo se encontraba en un pésimo estado, necesitaba un baño de pintura, lijar los faros, darle un repaso a la tapicería aterciopelada, y sobre todo, un motor nuevo.

Después de aquel trabajillo, Pepe tenía pensado en cambiarlo, a pesar del cariño que le había tomado, pero no se podían arriesgar a quedarse tirados en un atraco, ¿quién iba a tomarlos en serio si eran pillados tras el robo de un banco intentando arrancarlo?

Las luces de Silla se encendían, miraron el reloj, faltaban 20 minutos para la hora que habían acordado Vicent con María.

—¿No vendrás sola verdad?

—Le dije que trajera una amiga para ti.

—Esperemos que así sea.

Los siguientes 10 minutos se hicieron eternos, una mar de dudas se apoderó de Pepe, el inglés, no podían fallar, era la oportunidad que llevaba toda la vida esperando.

El coche estaba aparcado al final de la carretera que atraviesa el pueblo, un lugar discreto y solitario donde no desentonaba con el lugar, junto a un parque semiabandonado por la falta de presupuesto del ayuntamiento, ese año, la gota fría había hecho estragos en la zona, por lo que no era de extrañar andar paseando por cualquier pueblo de la provincia y de repente toparse con una zona completamente desolada, como olvidada a la vez que perdida en el tiempo, una estampa habitual en un país sumido en una crisis económica, a la que los temporales del levante no han dado tregua.

Entre la oscuridad dos siluetas, dos sombras, a decir por los movimientos, enérgicos y llenos de vida, podrían ser ellas.

Vicent, con su cabello dorado apagó el cigarrillo con los nervios propios de un actor en su primera obra de teatro en la que está a punto de subir al escenario.

El inglés, como lo apodaban todos, se mantuvo sentado en el asiento del copiloto, en una actitud poco amigable, mientras, Vicent saluda a las chicas, tras las presentaciones, el rubio entra rápidamente en el coche y se acomoda al volante.

María había convencido a su amiga Vanesa que la acompañara a la discoteca Rombo, en un principio algo reacia, no le gustaba esos ambientes donde los chicos se hacían los machitos bebiendo zumo de naranja, pero su amiga estaba tan emocionada de ir que fue incapaz de negarse, sabía que le gustaba el chico que la había invitado al salir del insti, a ella le pareció poca cosa, un pelo dorado desaliñado, complexión delgada y bastante chaparro, el único punto a favor es que era mayor y tenía carnet de conducir, pero como dicen...el amor es ciego, al menos, de esa manera, se conformó con los extraños gustos de María.

El coche no tenía puertas traseras, por lo que el inglés tuvo que levantarse para que las niñas pudieran entrar, una vez dentro, María intentó romper en vano el incómodo silencio.

La tarde no empezaba como esperaba, pero una vez rompamos el hielo seguro que todo

fluye mejor, pensó la joven a la vez que el coche arrancaba.

Tras unos minutos, Vanesa, que tenía un año más que María, se percató de que no habían tomado el camino correcto, no sabían, que la adolescente hacía ese recorrido los fines de semana cuando iba con su padre a ver a sus abuelos de Picassent.

—Vicent, te has equivocado, era el desvío de la derecha —dijo la joven.

Vicent, miró de reojo a su compañero, esperaba que le ayudara a salir del paso, por un momento su cabeza se quedó bloqueada sin saber dar respuesta.

Viendo que Vanesa repetía de nuevo la advertencia de que se había pasado la salida y en tono más autoritario, como al que le gastan una broma y no tiene el cuerpo para ello, Pepe toma el mando, que hasta el momento había permanecido en silencio.

—No os preocupéis, iremos a un sitio más tranquilo y así nos conocemos un poco mejor ¿no os parece?

Las niñas quedaron conformes durante un rato con la respuesta, pero pronto comenzaron a ponerse nerviosas, ya que hacía más de 20 minutos que se desviaron del camino y el coche no parecía detenerse.

—¿Podemos dar la vuelta? A este paso nos va a tocar volver a casa sin entrar a la fiesta.

El inglés, sabiendo que no podía dar excusa convincente, se giró súbitamente con una mirada llena de ira y rabia que intimidó a las jóvenes.

—Cerrad la puta boca de una vez u os rompo la mandíbula de un bofetón, niñas —gritó Pepe incapaz de contenerse.

En ese instante, las niñas fueron consciente de que esa noche no volverían a casa, el miedo paralizó a María, su cabeza no comprendía lo que estaba pasando, sus pensamientos se quedaron fijados en que ella, simplemente había acudido a la cita con un chico que le gustaba y ese chico conducía impasible ante las agresivas palabras de su amigo.

Vanesa, observó que no había escapatoria alguna, tan sólo podrían salir de ese coche enfrentándose a ellos, pero ¿cómo?

Cada segundo, los nervios, parecían subir a un escalón superior, generando un aumento de adrenalina que impedía mantener la calma y sangre fría necesaria para idear un plan de fuga, en algún momento el coche se detendría, pero con la ansiedad, no pudo evitar chillar libreando así parte de la tensión acumulada.

Ante aquel chillido agudo, el inglés respondió dándole un golpe en la sien de la chica, de manera, que perdió el conocimiento, cayendo desmayada sobre las piernas de María que, en estado de shock, fue incapaz de moverse un milímetro ante aquella situación desbordante.

El resto del viaje lo realizaron en el más absoluto silencio.

A la altura de Onda, se desviaron hacia una vieja gasolinera abandonada, allí esperaba una furgoneta negra, con los cristales tintados, parecía sacada de una película americana, donde en su interior trabajan agentes secretos del gobierno, pero lejos de la realidad, en su interior, dos hombres trajeados, con máscaras más propias del carnaval de Venecia que de un secuestro, abrieron la parte trasera de la furgoneta.

Uno de ellos llevaba un maletín, que entregó a Pepe, el cual, en esta ocasión, sí salió del coche.

Mientras, Vicent, apremiaba a que las niñas bajaran del vehículo sin intentar nada raro.

—Si hacéis caso y os portáis bien, nadie saldrá herido.

Les susurró con la escasa conciencia que le quedaba al chico rubio y delgado, que aquella tarde, al salir del instituto había prometido hacerles pasar una noche inolvidable en la fiesta de Rombo.

Pepe eufórico, intentaba mantener una formal compostura, como si todas las noches secuestrase a alguien y esto fuera su rutina del día a día. Estaba satisfecho, todo parecía haber resultado más fácil de lo que esperaba, ni siquiera tuvo que sacar la pistola que guardaba bajo el bolsillo de la cazadora, todo un éxito, sí señor, repetía para sí una y otra vez.

Allí hicieron el intercambio, un maletín con 20.000.000 de pesetas por dos jovencitas tiernas e inocentes, el trato estaba cerrado y el trabajo hecho, al menos, eso pensaban Vicent y su compañero.

CAPÍTULO 20

Las niñas subieron a la furgoneta sin poner resistencia, María, todavía con el pantalón mojado de orina debido al pánico del trayecto, fue la primera en subir.

Vanesa, algo aturdida por el golpe, suplicó que las dejaran marchar, a lo que no recibió respuesta alguna, aquellos hombres de negro, daban un respeto espeluznante, tal vez la impasividad con que se comportaban ante ellas les causaba una aprensión angustiosa.

El resto del viaje lo harían en el más absoluto silencio, como el que, tras haber barajado todas las opciones, asume que es el final y no tiene sentido oponerse al destino.

Era ya pasada la media noche cuando el coche se detuvo en el parking del Ibérico, todo acontecía según los planes.

Antes de salir de la furgoneta, les vendan los ojos cuidadosamente, evitando así que pudieran reconocer el lugar, Vanesa, hábilmente consigue deslizar algo el pañuelo, pero tan sólo consigue distinguir la sombra de una casa junto a un árbol, la luna llena brilla iluminando la fría y perturbadora noche, escapar, una opción imposible.

Minutos más tarde, las dos niñas subían las escaleras que les conduciría a la parte superior del bar.

Todavía vendadas, los hombres de negro las invitaron a sentarse, colocando unas bridas en sus muñecas que las mantendrían presas a las sillas, quitan el nudo que tapa la vista de una, deshacen el otro, la habitación está completamente oscura, parece que no haya ventanas, no se ve nada, de pronto, una luz cegadora se presta ante ellas.

Estuvieron un buen rato sentadas frente a los focos, paralizadas por el miedo, no osaban moverse, ni tan siquiera hablaban entre ellas, dominando el silencio en la habitación.

La habitación era blanca, sin más mobiliario que una alfombra bajo las sillas donde estaban sentadas y unos potentes focos que las cegaba. Parecía una sala de interrogatorio sacada de una película de espías y agentes de la CIA.

El sonido de una puerta rompió el sepulcral mutismo de la sala.

De nuevo, la adrenalina se movía por el torrente sanguíneo a dosis extremadamente altas, el corazón parecía que se les salía por la boca, los sentidos parecían estar potenciados, el tic tac del reloj de María martilleaba el nervio auditivo de Vanesa.

Parecía que tras los focos había entrado un hombre con una video cámara que instalaría frente a ellas, pues podían distinguir unas sombras similares a los pies de un trípode.

Minutos más tarde, los hombres trajeados y ocultados tras las máscaras venecianas les desprendieron de sus ropas, partiéndolas en dos mitades. Tras aquel deleznable acto, un grupo de hombres, completamente desnudos pasaron frente a ellas, manoseándolas y acariciando las partes más íntimas de aquellos tiernos cuerpos.

Las niñas no pudieron reconocer a ninguno de aquellos monstruos, tan solo se distinguían la silueta de hombres que, por su complexión física, pasaban sobradamente de los 40 años.

Tras aquello, los que las habían acompañado en la furgoneta, cogieron a María y se la llevaron de la habitación.

Tras cerrarse la puerta, los focos se apagaron quedando nuevamente la sala en la más absoluta oscuridad.

Vanesa forcejeó intentando aflojar las bridas de las muñecas, pero no lo consiguió. Intentó

levantarse, pero le resultó imposible, la silla estaba atornillada al suelo, por lo que cada vez que intentaba alzarse, más apretaba el plástico sobre sus muñecas que ante la presión de las bridas, goteaban algo de sangre por la rozadura.

Diez días más tarde, Pedro se encontraba junto Alfonso, recibiendo instrucciones, esta orgía depravada, se les había ido de las manos. Demasiados intervinientes, era peligroso para su sociedad y sus clientes.

Los medios de comunicación se habían volcado en la desaparición de las niñas, todo el país se había involucrado en la búsqueda, tarde o temprano, saldría un hilo suelto, esto debía finalizar inmediatamente.

—Pedro, quiero que busques a los dos mierdecillas que nos las proporcionaron.

—Pero qué piensa hacer ¡joder, en menudo fregado nos hemos metido! —gritaba dando vueltas en la habitación donde yacía el cuerpo desfigurado de María.

—Escúchame atentamente, como vuelvas a levantar la voz, voy a mearme sobre el agujero que haré en tu puta sien.

A Pedro le faltaba el aire, pensaba que estaba acostumbrado a ver sangre, años de limpiar las atrocidades de sus compañeros no parecían haberle inmunizado, la visión del cuerpo inerte de aquella niña le superaba.

Las palabras de Alfonso le hicieron retroceder en el tiempo, volviendo a aquel torreón del internado, tras unos segundos, trasladado al campanario de hacía más de 25 años, respiró profundamente dispuesto a escuchar detenidamente las instrucciones.

—¿Qué vamos a hacer Alfonso? —preguntó en un tono de rendición absoluta.

—Cómo te iba diciendo, llama al rubito con cara de lerdo y a su amiguito, cuando vengan, llámame. Mientras debo cerrar unos asuntos, estate tranquilo, está todo grabado, nadie va a cantar.

Tras aquellas palabras Pedro se dirigió al baño, se lavó la cara con agua fría y mirándose al espejo hizo un pequeño ejercicio de respiración en un intento de relajarse. Tras unos minutos, bajó por las escaleras al bar.

En una hora, el local estaría repleto de gente esperando su almuerzo popular así que, en un intento de completa normalidad, Pedro llamó por teléfono a Isabella.

—Hola cariño ¿qué tal todo?

—Bien ¿pasa algo? Te noto sofocado.

—Ah, no nada, un poco agobiado, me ha llegado una citación del juzgado por el tema de los humos, por lo visto algún cliente ecologista, no le pareció bien el extractor de la cocina y me ha denunciado.

—Ya te dije que ese olor a frito no era normal —respondió aprovechando para reprochar que nunca le hacía caso

—De todas formas, no pasa nada, vas al juzgado y les dices que vas a arreglarlo en la mayor brevedad posible ¿no?

—Ese es el problema, que a Alicia se le olvidó darme la carta. La citación es para hoy a las 12:30 en Castellón.

—Pobre mujer, es muy mayor para estar al pie del cañón como está.

—Por eso te llamaba, te importaría venir y echarle una mano, Elena, vendrá un poco más tarde, hoy tenía guardia.

—Claro, le tomo la temperatura a Martín y salgo para allá, luego me cuentas como has quedado.

Tras un beso de despedida, Pedro cuelga el teléfono y sube al piso superior, abre el doble candado de la puerta y entra al piso de los horrores.

En la sala principal, sobre la alfombra yacen el cuerpo de las dos niñas, frente a ellas, de pie, con la mirada perdida entre el humo de un cigarrillo se encuentra Alfonso.

—Has tardado mucho.

—Tenía que arreglar cosas del bar, Alicia está muy mayor y no la puedo dejar sola.

—¿Has llamado a Elena? —preguntó Alfonso.

—Sí, salta el buzón de voz, hoy tenía guardia.

La cara de Alfonso se desfiguró, una mirada de odio y fuego atravesó a Pedro.

—Maldita sea, llamaré a Pascual, esa cría últimamente está muy ocupada.

CAPÍTULO 21

Elena, desde que comenzó sus estudios de enfermera, había trabajado en el bar de Pedro, cada tarde acudía al Ibérico para poder pagarse la carrera que cursaba durante la mañana, una ayuda que en casa no era nada despreciable.

Venía de una familia muy humilde, su madre una costurera, su padre, un prejubilado por enfermedad que la dejó huérfana a los 12 años.

La pensión de orfandad, y lo poco que ganaba su madre, apenas cubrían los gastos de alquiler así que, para poder estudiar, hubo que hacer auténticos malabares en el día a día.

Nada más comenzar las prácticas de la carrera, Pascual, el director de enfermería del hospital general de Tortosa, puso su interés en ella, tan frágil, tan vulnerable, seguramente una presa fácil de manipular a cambio de muy poco.

Pronto mantuvieron una estrecha relación, apenas se llevaban 10 años, por lo que gustos y aficiones no distaban demasiado, cosa que facilitó el acercamiento.

Pascual como enfermero, solía ayudar al grupo prestando asistencia a sus víctimas, normalmente prostitutas o gente sin recursos ni familias que les echaran en falta.

En ocasiones curaba las heridas de aquellas pobres muchachas, otras, cuando la cosa se ponía más complicada, se limitaba a aliviar su sufrimiento. Esa era su aportación al clan de las mariposas, a cambio, una importante suma de dinero, todos los meses, era ingresada en su cuenta bancaria.

Su carrera profesional había sido meteórica, siendo el director de enfermería más joven de toda Cataluña en un centro sanitario público cosa que sin las amistades necesarias, bien era sabido, que era cosa difícil.

Pascual se limitaba a trabajar y mantenerse en silencio, siempre dispuesto a ayudar al grupo, su fidelidad debía tener su recompensa, y tener los contactos debidos, en el momento correspondiente, puede ayudar, y mucho.

Sus obligaciones como director del centro no le permitían la flexibilidad que tenía cuando era un mando intermedio, por lo que conocer a Elena, le abrió un abanico de posibilidades.

Independientemente que se encontraba a gusto a su lado, vio en ella la compañera perfecta para completar su misión, una persona de confianza a la que pudiera utilizar en beneficio del grupo.

Con el día a día, el trabajo de ambos fue estrechando su relación. Elena estaba muy agradecida, Pascual no había escatimado en medios para ayudarla en su proyecto final de carrera, generando envidias y malestar entre el colectivo del centro, los tratos de favor mostrados de manera tan notoria, no eran bien recibidos entre el colectivo, por lo que pronto, un caciquismo clasista, se apoderó de todo el centro.

Pascual la sobreprotegía, y ella se sentía cada vez más atraída por la figura paternal que tanto la cuidaba, por lo que un año más tarde, una vez titulada y tras una boda sonada y criticada, Elena ocupaba un puesto de supervisora auxiliar, una especie de secretaria del director de enfermería.

De manera, todavía, inexplicable para Alfonso, Elena no tardaría en acudir a realizar alguna cura, que Pascual por sus compromisos con la Consejería no podía asistir.

Al principio, la aparición de la muchacha causó un revuelo en el clan, Fernando no veía con buenos ojos que se ampliara el círculo. Cuanta más gente supiera de ellos, más difícil sería la

contención en caso de complicarse las cosas.

El primer día que Elena subió las escaleras del Ibérico junto a Pedro, no daba crédito a lo que se escondía en el piso superior, tantas horas de trabajo en aquel bar, pensando que tan sólo era un almacén para el local y ahora, allí, agachada junto a una cama, con el cuerpo de una joven de apenas 18 años, lleno de moratones y cortes.

La imagen del labio partido, la aguja, el hilo, intentando recomponer aquel rostro roto, la acompañó toda la tarde.

Sentada en el sofá de casa, la televisión en marcha, haciendo un ruido muerto de fondo, Pascual al lado, leyendo, como si nada extraño hubiera ocurrido, una escena, que se repetía diariamente, los minutos, las horas, pasaban en un bucle eterno, una y otra vez, todo seguía igual, nada cambiaba y todo era diferente.

Tardó semanas en recomponerse de lo que había vivido, pero como solía hacer Pascual, aprovechó la dependencia que tenía sobre ella para que lo viera como un servicio ante el dolor de las víctimas, hasta el punto, que en ningún momento pensó que ya formaba parte de una red macabra de depravación, vicio y poder.

Las discusiones entre Pascual, Fernando y Alfonso se habían vuelto constantes.

—Tranquilos, la tengo completamente controlada, sólo está un poco impactada por la última cura —intentaba convencer Pascual a sus dos compañeros.

—¿Un poco? Me ha llamado llorando diciendo que lo dejaba —respondió Fernando.

Alfonso, mientras escuchaba los argumentos de ambos, con la cabeza baja, estaba sumido en sus pensamientos, tenía que poner fin a discusiones, la solidez del grupo era pieza clave para seguir escalando en esa red de poder y corrupción que habían formado, no podía permitirse el lujo de que entre los mismos miembros del clan hubiera discusiones, amenazas o chantajes.

—Haya calma —interrumpió Alfonso.

—Pascual, controla a tu mujer, y tu, Fernando, deja ya ese estado de histeria, pareces un gato acorralado por el miedo, así que cuidado con tus zarpas, no sea que arañes a quien no debes, si llegara el momento, todos sabemos lo que debemos hacer ¿me habéis entendido?

Tras aquella conversación, Pascual intentó mantener al margen a su esposa, pero Elena solía hacer preguntas incómodas de difícil respuesta, cosa que inevitablemente distanció al matrimonio.

Como quien lleva toda la vida una venda en los ojos y se deshace de ella, Elena despertó de su letargo, su zona de confort bajo el abrazo paternal de Pascual se acabó, ya no se sentía protegida, al contrario, una presa, una esclava de un cautiverio del cual no sabía como salir.

Hacía tiempo que no contaban con ella, Pascual intentó mantenerla al margen todo lo posible, la actividad había bajado en los últimos meses, pero aquella mañana, una llamada de teléfono lo cambiaría todo.

Elena salía de guardia, en su jornada ordinaria ejercía de auxiliar de supervisión, un puesto de trabajo de oficina, más bien orientado a la gestión y asistencia del director, pero los últimos meses, sin renunciar a su cargo, había solicitado un turno complementario, ampliando las horas laborables, de manera, que para cubrir toda la franja horaria, realizaba labores de apoyo asistencial en las guardias, cosa que el centro siempre agradecía en plena campaña invernal, la gripe solía colapsar las urgencias, y eso, siempre era una mala propaganda política para unos dirigentes en decadencia.

Nunca se hubiera imaginado, que descolgar su Smartphone, supondría, tan solo unas horas más tarde, inmortalizar una dantesca imagen en lo más profundo de su hipotálamo.

La mañana era lluviosa, hacia frío y viento, ideal para después de una noche de trabajo

meterse en la cama sin perdonar un vaso de leche bien caliente con chocolate.

De camino a casa, recordaba como Pedro le suplicaba que fuera, nunca lo había visto así, algo pasaba, no creo que simplemente quiera que le eche una mano a la pobre Alicia, que parecía negarse a tomarse el descanso que por edad se merecía, con 68 años y trabajando desde los 16, ya era hora de disfrutar de la jubilación, pero no, prefería ir al bar y escondida entre los fogones de la cocina, seguir haciendo lo que había estado haciendo durante los últimos 15 años de su vida.

Mientras todos estos pensamientos rondaban por la cabeza de Elena, llegó a casa, aparcó en el garaje, se dirigió al ascensor, pulsó el último piso y una vez dentro del ático, se preparó su gran y merecido antojo, bebiendo sorbo a sorbo su recompensa, no dejaba de observar, a través de los ventanales de la cocina, como el viento movía las palmeras tropicales que tenían en el jardín de la terraza.

La imagen de las grandes hojas moviéndose dibujando un zigzag entre las gotas de lluvia la relajó. Por un momento, dudó si meterse en la cama, pero sabía que, si lo hacía, caería rendida y había prometido a Pedro que le ayudaría, por lo que optó por descansar un poco en el sofá.

La idea de ir al Ibérico no le atraía en exceso, pero dejar a la pobre Alicia tirada con todos los sacrificios que había hecho mientras ella estudiaba no le parecía justo, al fin y al cabo, ella estaba completamente al margen de todo, tan sólo era una víctima más de la red de mentiras de Alfonso y el resto.

Habían pasado un par de horas desde que tapada con una manta se había tumbado en el chaise longue, cuando un estruendoso trueno la sobresaltó.

Se levantó, estiró un poco la tensión acumulada y se preparó un café caliente bien cargado.

Pasados unos minutos, la cafeína hizo su efecto, ya estaba preparada para ir al bar.

Una hora más tarde, llegó al solar donde solía aparcar cuando iba al Ibérico, la parte trasera, ya que el parking, pese ser amplio, siempre lo había respetado para los clientes, un acto de civismo que repetía de manera habitual en todos los ámbitos de su vida, no entendía como la gente no pensaba en los demás, así nos va, pensaba a menudo.

En cuanto llegó, el coche negro de Alfonso le llamó la atención, era de ese criminal sin escrúpulos, no había duda, aquella mariposa estampada junto a la matrícula no daba lugar a engaño.

Tocó la puerta metálica con los nudillos, Alicia, tardó lo suficiente en abrir como para que Elena se arrepintiera de no haber cogido el abrigo, con las prisas, una vez en el garaje se dio cuenta de su olvido, pero optó por no volver a subir al piso.

Al abrirse la puerta, una cortina de aire caliente, salida de los fogones del local, acarició sus heladas mejillas, que bien, pensó mientras frotaba sus manos en un intento de entrar en calor.

—Hola bonita —dijo Alicia al abrir la puerta.

—Hola Ali, he venido a ayudarte un poco, Pedro me ha llamado esta mañana.

—Sí, me lo dijo antes de marcharse, salió esta mañana, ese chico va a caer enfermo, siempre está liado y cada día tiene peor aspecto, las ojeras que lleva no pueden acarrearle nada bueno.

—Ya es mayorcito, él sabrá qué le quita el sueño —respondió Elena abruptamente cortando todo ápice de lástima por parte de la pobre Alicia.

—¿Isabella ya se fue?

—Al final la pobre no pudo venir, Martín tenía fiebre y se ha quedado con él.

—¡Bien hija! vamos a ponernos manos a la obra, enseguida tenemos que preparar los menús del día y hace mucho que no vienes por aquí, así que venga, pasa y al ataque.

Elena, aunque algo torpe, estaba satisfecha por como había ido la jornada, después de

tanto tiempo todavía tenía la destreza de años sirviendo en el bar, durante dos horas, su cabeza no pensó en nada, sumida y completamente concentrada en que no faltara nada a ningún comensal, dos horas de idas y venidas a la cocina.

—Me he ganado la clase de spinning.

—¿Ssss qué? De verdad que hoy en día la gente ya no sé en qué idioma habla.

—Alicia, ya ha hecho bastante, vaya a casa y descanse, del resto, me encargo yo, como hacía antes, el cierre es cosa mía —decía Elena al tiempo que le entregaba todas sus pertinencias en una invitación explícita de que se marchara.

Elena estaba sola, bajó las persianas y asomada por una pequeña ventana situada junto al extractor de la cocina observó como Alicia desaparecía entre las luces de su viejo coche.

—Esta mujer, cualquier día nos va a dar un susto por la carretera —sin poder reprimir su pensamiento en voz alta.

Tras aquel momento de inflexión, que tan sólo duró unos segundos, el coche de Alfonso volvió a llenarla de intriga y preocupación.

Observó que no hubiera nadie más cerca, la falta de luz dificultaba la tarea, pero no parecía verse nada, esa sensación de soledad con la posibilidad de que aquel psicópata estuviera allí erizó su piel.

Cogió un cuchillo jamonero, salió de la cocina traspasando sigilosamente la persiana que daba acceso a las escaleras del piso superior, allí, una robusta puerta le impedía el paso.

No se oía nada, apoyó la cabeza pegando la oreja a la fría madera, el grosos era tal, que no parecía escuchar sonido alguno.

Recordó que la llave, Pedro solía guardarla en un ladrillo extraíble del interior de la chimenea, bajó las escaleras rápidamente, decidida a buscarla, pero un chirriar escalofriante se pudo escuchar tras ella, la puerta se estaba abriendo.

—Hola Elena —saludó cortésmente Alfonso.

—Hola, ehhh...

—Tranquila, sabía que vendrías, sabía que no podías evitar subir al cerrar el bar, pasa, tengo trabajo para ti.

Atravesó todo lo largo del pasillo, al fondo, una habitación cerrada, Alfonso abre cuidadosamente y la invita a entrar.

Elena queda horrorizada con la imagen, dos niñas, de apenas 13, 14 años tendidas sobre una alfombra, toda ensangrentada, los cuerpos apenas irreconocibles, moratones y cortes por todas partes.

—¡Dios mío! ¿Qué habéis hecho?

—La de la izquierda respira, haz lo que toca.

Y cerró la puerta con llave quedando Elena a solas en la habitación.

Alfonso salió, se encendió un cigarro y con una sonrisa de éxito telefoneó a Fernando.

—Elena ya está con ellas, pronto veremos con quién está, es hora de limitar el riesgo ¿comprendes verdad?

—Tranquilo, estoy en el portal de Pascual, me mantengo a la espera de tu llamada, ya me dices.

Elena, dejando atrás su estado de pánico, se acercó a la niña que parecía respirar, el pulso era débil, tenía fiebre, su muerte era cuestión de horas.

Por su cabeza pasaron cientos de pensamientos.

—Piensa Elena, venga vamos, se te tiene que ocurrir algo.

La frase “tengo trabajo para ti” le golpeaba lo más profundo de su alma ¿qué quiere de mi?

Junto a los cuerpos vio el maletín de curas que en más de una ocasión había utilizado para sanar las heridas causadas por aquellos animales, lo abrió y cogió algo de suero y gasas, su instinto fue lavar las heridas más sangrantes, pero al ver la profundidad de las mismas, sabía que no podía hacer nada por ella.

Las lágrimas y los gritos no aliviaron su impotencia, Elena golpeaba la puerta, estaba decidida a tirarla abajo si era necesario.

De repente, desde el otro lado, se abrió la puerta, frente a ella, todavía con el cigarrillo en la boca, Alfonso la miraba fijamente.

—¿Has tomado una decisión?

—¿Qué quieres de mi maldito asesino? —gritó Elena.

—Venga Elena, alivia su dolor ¿no eres enfermera?

—No puedo hacer nada —respondía llorando.

—Hazlo Elena, alivia su dolor.

—Te juro que de esta no te vas a librar, psicópata de mierda.

Tras aquella frase amenazante, el sonido sordo de un disparo sumió en un absoluto silencio el piso.

Elena, con un disparo en la cabeza caía encima de las niñas.

El teléfono de Alfonso suena, es Fernando.

—Voy por la carretera detrás de Pascual, se dirige para allá.

—Hazlo.

Lo siguiente que escuchó Fernando, fue el tono continuo del operador telefónico.

CAPÍTULO 22

Ya de madrugada, Pedro dejaba el coche pegado a la puerta trasera del Ibérico, el viaje desde Valencia se había hecho pesado, Pepe y Vicent no paraban de hacer preguntas, inquietos por la urgencia de Pedro, sin perder sus viejos modales propios de una jerga barrio bajera lograron que frenara en seco en medio de la autopista, Pedro Luis, estaba furioso y con los ojos ensangrentados les amenazó, el resto del viaje fue en silencio, sin preguntas, sin comentarios, tan solo de fondo se escuchaba la melodía que dejaba el motor ahogado del vehículo.

La escena que se encontraron al subir al primer piso fue terrorífica, tres cuerpos, dos apenas irreconocibles y un tercero con un disparo en la frente, Alfonso, sentado en una silla, frente semejante escena, ojeando un diario deportivo, como si tan grotesca imagen fuera algo completamente normal.

El rubio, no pudo evitar las arcadas, vomitando sobre el frío suelo de mármol.

—Venga joder, no seas mariconas —exclamó el inglés en un intento de ocultar el temblor que le invadía.

Alfonso cerró el periódico, y dirigiéndose a ellos dejando ver la pistola que ocultaba bajo su americana.

—Si queréis seguir vivos para disfrutar los 20.000.000 de pesetas, tenéis que acabar el trabajo, ocultad los cuerpos en un lugar alejado, donde nadie pueda encontrarlos, cuando las enterréis os daré un plus por los servicios prestados ¡venga, a trabajar!

Pedro, que pensaba estar acostumbrado a este tipo de escenas, guardó un minuto de silencio, y no en señal de duelo, sino paralizado, completamente bloqueado por la imagen de Elena tendida en el suelo, hacía años que la conocía, un sentimiento de rabia se apoderaba de su mente, tanto, que reprimió su ira cerrando los puños fuertemente, hasta el punto de que las uñas se le clavaron sobre las palmas de la mano, produciendo una herida que tardó tiempo en cerrarse, pues ya no solo era dolor físico, sino otro tipo de dolor, tenía un dolor, una opresión en lo más profundo de su ser, que solo el tiempo ayudaría a sanar.

Cuando consiguió reaccionar, ayudó a envolver los cuerpos enrollándolos en la alfombra, las cargaron en el coche, teniendo que abatir los asientos traseros, ya que no cabían en el maletero.

—¿Y ahora dónde vamos? preguntó angustiado Vicent.

—¿Recuerdas donde escondimos la coca que le birlamos al Nardo? respondió Pepe.

Alfonso interrumpió la conversación,

—Pedro, tú recoge todo y vete a casa, mañana tienes que abrir el local y aquí no ha pasado nada ¿comprendido?

Apenas asintió con la cabeza cuando Alfonso, subido desde su coche instigó al rubio y el inglés a darse prisa.

—Vamos, no tenemos toda la noche, esto debe estar solucionado antes de que amanezca ¿tenéis claro el lugar?

Los dos muchachos, en un intento de aparentar que tenían la situación controlada, sacaron un mapa de la guantera indicándoles el lugar que habían pensado.

Alfonso durante un rato, estuvo tomando nota de las indicaciones del lugar, parecía buen sitio, la población más cercana del sitio que le habían indicado estaba a unos 15 km de distancia, por lo que parecía la zona idónea para ocultar un cadáver, si lo hacían bien, jamás encontrarían

rastros alguno.

—Tenéis dos horas, os espero allí —dijo al mismo tiempo que arrancaba su Ford Mondeo negro.

Los tres quedaron en el solar de la parte trasera del Ibérico, la luna, apenas iluminaba la noche, abatidos, con más miedo que otra cosa se miraron durante unos instantes sin saber qué iba a suceder de ahora en adelante, esto iba a cambiar sus vidas, unos por miedo, otros por una tristeza que había llegado para quedarse, los tres en pie, hablándose con la mirada y cientos de interrogantes sin respuesta en el aire.

Apenas un par de minutos bastaron para recomponerse, el inglés abrió la puerta del coche, el rubio subió de copiloto con el mapa en la mano, Pedro, observando tras la puerta del bar veía como se perdían los faros del coche en el horizonte.

Entró al baño, respiró hondo y se lavó la cara, cogió el teléfono y llamó a Isabella, estaría preocupada todo el día sin dar señales de vida.

¿Qué le diría, qué excusa podría inventar ahora? Años y años apareciendo y desapareciendo, estaba ya cansado de excusas, ella, por su condición de mujer independiente, estaba acostumbrada a los desplantes de Luis, su anterior relación tampoco había sido perfecta, Andersson desaparecía durante días, Luis apenas unas horas, así que lo veía como algo normal, y lo excusaba pensando que los hombres necesitan su espacio.

Tras colgar, a pesar de no ser muy convincente, Pedro había dado un pretexto absurdo.

—Se me ha estropeado el coche, la grúa me ha dejado en el bar, así mañana temprano aprovecharé para poner al día el inventario del local.

Ante aquel argumento de poco peso, Isabella, no quiso rebatirlo, decepcionada, se encerró en la guardilla intentando que la creatividad de los óleos, arrinconara a la triste sumisión que había adoptado ante su pareja, una vez más, parecía una pobre sirvienta a merced del macho alfa, un macho que cada día pasaba más de ella, esa historia, ya la había vivido.

Al amanecer, ya estaba todo el piso recogido, tan sólo un fuerte olor a lejía quedaba de aquella terrible noche.

Cuando llegaron al límite entre la provincia de Castellón y Valencia, se desviaron dirección al pantano, tras 7 kms de carretera comarcal, tomaron un viejo camino de difícil acceso, tanto que Vicent tuvo que bajarse e ir a pie hasta la caseta, pues los bajos del coche, con el peso, rozaban sobre las piedras del terreno.

A medida que avanzaban, la pista forestal se iba complicando, la lluvia de las últimas semanas, había dejado muy dañado la vieja pista, dejando surcos en el suelo que costaría sortear al más exigente de los todoterrenos.

Tardaron más de lo previsto, quedaban unas 3 horas hasta el amanecer, aparcaron junto al coche de Alfonso, a unos 50 metros de una vieja caseta de pastores, donde en su interior les esperaba el capo, como solía llamarlo Pepe. El frío y el viento sus únicos compañeros, el chirriar de las ventanas de madera carcomida sonaba sin cesar.

Vicent, todavía incapaz de asimilar lo que estaba viviendo en aquella maldita noche, tenía la cabeza gacha, su pelo dorado reflejaba ante la linterna de Alfonso, cabizbajo, escuchaba atentamente las instrucciones. Como el reo que espera la muerte ante su verdugo, cogió el pico y la pala que había junto a sus pies y salió junto al inglés, se adentraron por un sendero camuflado entre hierbas y ramas secas, un camino que seguramente llevaba años inutilizado al que la naturaleza había decidido recuperar después de años y años de explotación ganadera.

Apenas a unos 150 metros, un pequeño cúmulo de tierra se hallaba ante ellos, hacía poco menos de un año, en ese mismo lugar habían cavado un pequeño agujero donde ocultaron un alijo

de droga, la tierra, al haber sido removida recientemente estaba más suelta que el resto del terreno, lo que lo hacía el lugar perfecto para cavar una fosa en tiempo record.

Ambos, comenzaron a cavar, el esfuerzo era titánico, pues al cabo de media hora, los brazos y las manos empezaban a notar los efectos del golpeo sobre la tierra, la débil musculatura de Vicent empezaba a resentirse, Pepe lo animaba planteándole un escenario paradisíaco donde quemar los 20.000.000 de pesetas.

A un cuarto de hora de asomar los primeros rayos de sol, la fosa tenía una profundidad de algo más de metro y medio, con eso sería suficiente, dejaron a un lado las herramientas y se dirigieron rápidamente a la caseta, Alfonso estaba sentado en su coche, fumando plácidamente como si fuera su último cigarrillo, mientras, con el asiento algo reclinado, escuchaba una de sus obras favoritas, las bodas de figaro. Desde siempre le había gustado la ópera, y en ocasiones especiales, solía cerrar los ojos y dejarse llevar por las notas musicales, y ésta, no fue una excepción.

—Señor, perdone que le interrumpamos, pero ya lo tenemos —dijo Pepe tímidamente.

Lo primero que hizo Alfonso tras abrir los ojos fue mirar la hora.

—Venga, no tenemos tiempo que perder, está a punto de amanecer.

Los dos jóvenes cogieron la alfombra envuelta con los tres cadáveres y con sumo cuidado de no tropezar, emprendieron la senda de 150 metros que les separaba, agotados por el esfuerzo se tambaleaban a cada paso que daban.

Alfonso ante aquella deplorable escena, les echó una mano cogiendo la moqueta por el medio, aliviando considerablemente la carga que soportaban en sus extremos.

Llegados al pie de fosa, exhaustos por el peso, pararon un minuto a coger aire, a pesar de que el viento soplabla con fuerza, dando una sensación térmica por debajo de los 7°C según marcaba el coche tan solo hacía un momento, las gotas de sudor caían por el rostro de Vicent y Pepe, gotas que Alfonso contempló como el que ve a Dios.

Los chicos no entendían la cara de aquel tipo raro observándolos como aquella cara de admiración, su expresión en el rostro imponía, como impone la mirada del león ante su presa.

Sin mediar palabra, sin dar tiempo a reacción alguna, el rubio cayó a la fosa, el inglés, de manera instintiva se abalanzó sobre Alfonso, pero no tuvo tiempo, el disparo en el pecho, lo lanzó hacia atrás, arrodillado por el dolor.

Lo próximo que notó Pepe, fue el calor que desprendía el cañón de la pistola sobre su sien.

Ya era de día, 5 cuerpos enterrados en una fosa de metro y medio de profundidad y dos de largo no era suficiente, la lluvia podía remover tierra y dejar parte de la alfombra al descubierto.

Con intención de no dejar a la vista el montículo de tierra movida, Alfonso colocó varias piedras siguiendo la figura rectangular de la tumba y llenó el hueco dejado de ramas y hierbajos que encontró alrededor, cualquiera que lo viera, pensaría que era la típica construcción para quemar madera que hacían los agricultores en los campos de la vertiente mediterránea.

Volvió a la caseta, sólo le quedaba una cosa por hacer, deshacerse del coche de aquellos pobres yonquis.

Todo planeado bajo un detallado plan mental, Alfonso abrió el maletero de su Mondeo, sacó las dos garrafas de gasolina que había comprado en una vía de servicio apenas hacia 4 horas y roció el vehículo donde habían sido transportados los cadáveres. El seco solar del garrofero donde estaba aparcado, serviría de cortafuegos.

Buscó la pitillera en su americana manchada de sangre, sacó su zipo plateado y se encendió un cigarro, dos largas caladas y lo lanzó sobre el coche bañado en gasolina, en

segundos, una gran hoguera se alzaba ante sus ojos.

CAPÍTULO 23

En 20 años pueden suceder muchas cosas, sin ninguna duda, dos décadas es mucho tiempo y si hacemos un repaso, cambia la vida de cualquier persona y en el caso de Martin no fue una excepción.

El día estaba despejado, un cielo azul como hacía meses que no se veía, los almendros florecían, los gorriones revoloteaban con el típico cantar de una mañana de primavera.

El sol templaba las mejillas de Daniela mientras a su lado, Martin sujetaba un enorme ramo de flores. El paseo era corto, en el pueblo, no había distancias, pero hoy, sería un paseo especial, diferente, hoy sería una despedida, un hasta pronto.

Atravesaron un campo de kakis, el fruto de moda en toda la ribera, tras sortear un pequeño desnivel, volvieron al camino, ya asfaltado, frente a ellos, un camino con cipreses a ambos lados dando una majestuosa bienvenida.

Mientras se adentraban en aquella vía sin salida, los recuerdos afloraban en ambos hermanos, qué día más triste aquel en que tras un Mercedes azul marino intenso, se adentraban por el mismo camino hacia el interior del cementerio.

Martin, ante la puerta de hierro que se hallaba frente a ellos, alargó el brazo hacia su hermana, y abrazándola, cruzaron la puerta, tal y como hizo el año pasado en el entierro de su madre.

Isabella apenas tuvo tiempo de luchar contra la enfermedad del siglo XXI, el maldito cáncer pudo con ella.

Tres meses antes, en su centro de salud, acompañada de su hija recibió la noticia, un mes, dos...tal vez cinco en el mejor de los casos, un linfoma de Hodkin en fase 4 era el diagnóstico del TAC que tenía el médico en sus manos.

Isabella, allí sentada, frente un señor con bata blanca escondido tras su ordenador, intentaba asimilar que se estaba muriendo, y no solo eso, le estaban diciendo que era inminente ¿cómo una persona puede digerir eso?

El choque psíquico durante el tiempo que duró la consulta fue indescriptible, tantos pensamientos en su cabeza, que no destacaba ninguno, era como si su mente, colapsada ante aquella realidad, sacase todos sus recuerdos, sus pensamientos, sus miedos, todos ellos aflorando de golpe.

Con un sobre sellado de la Conselleria de Sanitat salía del centro sanitario. El frío había desaparecido, la lluvia, ligera, caía inapreciablemente sobre su cabello.

Cuando llegó a casa, estaba completamente calada por el agua.

—¡Mamá! —exclamó Daniela al verla.

—¿Qué te ha pasado?

Isabella, la miró con los ojos cristalizados por las lágrimas que se negaban en aparecer.

Sin mediar palabra, con la mirada perdida, fue directa a su habitación.

Daniela, subió al estudio fotográfico que se había montado Pedro Luis tras la jubilación.

La bombilla roja estaba encendida, sabía que entonces no podía entrar en la guardilla. Martin con el teléfono fuera de cobertura, estaba sola ¿qué le pasa a mamá? así que temerosa de recibir la noticia que no quería oír, bajó, y llamó a la puerta tras la que estaba su madre, llorando inmóvil frente al espejo.

Ese mismo sentimiento de soledad, invadía a Daniela al entrar al cementerio, a pesar del

abrazo de su hermano. Cada paso era un vía crucis de dolor y recuerdos, incluso imágenes de cuando vivía en Austria le venían a la cabeza.

Llegaron al nicho, frente a ellos, una placa, una rosa seca, un... tus hijos no te olvidan.

Los dos hermanos, en silencio, dejaron el ramo que llevaban y estuvieron un largo rato hablando con su madre, cada uno, repasó sus vidas a su manera.

Martin miró el reloj, las 13:20

—¿Nos vamos, Luis estará ya de camino al chino?

Habían quedado a las 14:00 en un restaurante del pueblo, no es que a Luis le apasionara mucho la comida oriental, pero a Daniela le encantaba, y ya que esa misma tarde cogería un vuelo intercontinental y pasarían años hasta volver a verla, no iban a quitarle el capricho.

Pedro Luis estaba en la puerta, nunca entraba y se tomaba algo como otros hombres durante la espera.

Esa imagen, provocó un extraño sentimiento de melancolía, sin motivo aparente, Daniela no pudo evitar sentir pena por aquel hombre que había hecho de pareja y padre durante tantos años. Allí, de pie, con las manos en los bolsillos, dando pasos para adelante y para atrás, como el que no sabe qué hacer durante la espera.

La escena le recordó el día que pisaron España, ella, una niña que empujaba una enorme maleta en un aeropuerto extranjero, allí, tras la puerta de llegadas, un joven nervioso los esperaba.

¿Cuántos años han pasado, cuántas cosas hemos vivido? Y con esos pensamientos que inspiraban añoranza y ternura entraron al restaurante.

Martin cogió la carta.

—¿Os parece si cambiamos las costillas de cerdo agridulce por tallarines con gambas?

—No hay problema, las dos cosas están de muerte —respondió Daniela.

—Martin, pide ambos platos, hoy estamos los tres reunidos y no sabemos hasta cuando volveremos a estar juntos así que, si os gustan las dos cosas, yo creo que podremos hacer un hueco ¿no?

La comida transcurrió cordialmente, sin prisas, saboreando cada momento.

Daniela, en muestra de agradecimiento, quería hacerle un regalo a Luis, así que cuando llegó el postre, sacó del bolso una cámara Evil, que era lo último en fotografía.

—Ten, esto es para ti, durante todos estos años has sido un padre y amigo, espero que la disfrutes y a ver si dejas la réflex esa que es más grande que tú —le decía entre risas de ternura.

Pedro Luis, estaba emocionado, y en un intento de immortalizar aquella escena, abrió su regalo, y con la poca batería que venía de fábrica hizo un par de selfies.

Volvieron a casa, le ayudaron a hacer las maletas y tras una ojeada por cada rincón de la casa, como el que se despide de cada instante vivido, bajó las escaleras, subió al coche y emprendieron camino hacia el aeropuerto de Manises, el mismo desde el cual aterrizaron tantos años atrás.

Facturaron las maletas y tras una emotiva despedida, Daniela atravesó la puerta de seguridad que le conducía hacia el embarque.

Al otro lado quedaban Martin y Pedro Luis, la imagen de los dos, allí de pie, despidiéndose con los brazos alzados, le trajo muchos recuerdos de su infancia de cuando jugaban cada mañana saltando sobre la cama de Luis.

Una lágrima recorrió la mejilla de Daniela, lanzó un beso al aire, gesticulado con la mano y se giró camino al embarque, luchó con todas sus fuerzas para no girarse, no quería que la vieran llorar, así que continuó su camino hasta que el ángulo de visión la protegió de su familia, de todo lo que le quedaba.

Ahora es momento de centrarte Daniela, pensó para sí misma intentando desviar la atención de sus melancólicos recuerdos, vas a poder hacer la residencia en uno de los mejores hospitales del mundo, el Harvard Medical School te espera, 5 años de psicología clínica y podrás volver.

Una voz de megafonía llamó su atención,

—Pasajeros del vuelo AU0098 con escala en Frankfurt, pasen por la puerta de embarque 16B por favor.

Daniela se colocó en pie, se puso a la fila y mostró su pasaporte a la azafata, respiró hondo y dio un paso al frente entrando por la pasarela que la conduciría al avión.

—Vamos, Boston te espera.

CAPÍTULO 24

Martin sabía que su hermana tenía que marcharse, una beca para acabar los estudios en Estados Unidos no es algo que te ofrezcan todos los días, posponerlo un año, tras la muerte de su madre, ya era tiempo suficiente, no podía dejar escapar esta oportunidad, también sería positivo un cambio de aires, pensó Martin, ya que superar la ausencia de su madre, a Daniela le estaba siendo especialmente difícil, siempre muy unida a ella, jamás se perdonó que la dejara ir sola a por los resultados del TAC.

Luis, por su parte, continuaba refugiado en su rutina de fotógrafo jubilado, desde que dejaron Tarragona, se había centrado en su estudio y el arte de dibujar la luz.

Apenas hablaba con la familia, traspasar el Ibérico, parece que es algo que le afectó en exceso, cosa que en casa nunca entendieron, dejar un negocio que funcionaba bien, que les permitía tener una vida holgada, una casa enorme, con todo tipo de caprichos y de repente echar el cierre.

Cuando Luis les comunicó su decisión, puso de excusa que se estaba perdiendo la familia, que el bar apenas le dejaba tiempo para disfrutar de ellos, de cierta manera era cierto, rara vez podían pasar un fin de semana juntos, siempre una llamada, un aviso imprevisto, siempre un algo que le hacía salir tras la puerta de su casa y subirse a su viejo coche emprendiendo carretera.

Lo que nunca entendió Martin, es que, si Luis necesitaba un paréntesis y disponer de más tiempo ¿por qué ese cambio de actitud, por qué esa frialdad hacia con ellos?

En un pueblo de la Ribera Alta, una adolescente y un niño, sin amigos, sin conocer a nadie, todo nuevo y aburrido, el destino no era prometedor.

A menudo, sentados en la terraza miraban al sol esconderse sobre el horizonte, al frente varios kilómetros a la redonda de llanura, característica de los campos de arroz, a la derecha, unas montañas que llamaban la atención ante aquel paisaje.

Pronto, Martin buscó un aliciente en aquel pueblecito sin apenas niños con quien jugar.

La bicicleta era algo que le encantaba, subirse en ella, desplazarse lejos, adentrarse por caminos y sendas que andando no haría por las distancias, era algo mágico que le brindaba libertad, lo que para un ave es volar era montar en aquel vehículo que le transportaba a otra dimensión.

Sobre su bici, todos los problemas quedaban atrás así que, en su décimo sexto cumpleaños, rompió su hucha de barro y se compró una BH.

Aquel día, fue de los pocos que recuerda haberlos pasado junto a Luis, que lo acompañó a la ciudad en busca de tal preciado regalo.

¡Con qué ilusión partió en dirección a Valencia, que recuerdos!

Isabella, que sabía que Martin se sentía atrapado en su nuevo hogar, insistió mucho en que Luis le echara una mano, era lo mínimo que podía hacer después de que la familia accediera ante aquel cambio de vida para luego él estar completamente ajeno a su entorno.

Desde aquel día, Martin fue otra persona, la alegría había vuelto, hasta despertó de nuevo su interés por los estudios, algo que tenía abandonado tras repetir el último curso.

Y así es como el joven Martin fue adquiriendo destreza en el deporte, su pasión por la bicicleta, hizo que pronto participara en alguna carrera de montaña, una afición que no estaba muy extendida entre los chicos de su edad, lo cual le permitió ganar algún premio comarcal en su categoría.

Pasaba el tiempo, y sin olvidar sus obligaciones, prácticamente todos los días salía a entrenar.

Tras las clases, montaba en su mountain bike y se perdía entre las montañas que de pequeño observaba con curiosidad junto a su hermana en aquellas largas tardes, sentados sobre las tejas de la terraza de casa.

Normalmente hacía el mismo recorrido, pues explorar nuevas rutas era una labor que le requería tiempo y lo dejaba para el fin de semana.

En invierno, apenas disponía de un par de horas, entre los estudios y que anoecía temprano, no tenía mucho margen para dar rienda suelta a descubrir nuevos caminos, tal vez, lo que más le gustaba de la bicicleta.

Daniela ya no estaba, ahora estaría viviendo su gran aventura, encontrándose a si misma en un país desconocido, estudiando psicología, una pasión que llevaba consigo desde muy niña, aprendiendo una cultura desconocida en un idioma que hacía años que no hablaba con nadie con la fluidez suficiente como para no olvidarlo.

Seguramente en Boston volvería a ser feliz, tal vez, rehiciera su vida allí, olvidando sus viejos recuerdos, llenos de tristeza y melancolía, tiempos en que perdió su infancia cuidando de su hermano pequeño, una época sombría, donde la imagen de su padre, tendido sobre el apartamento de Viena le visitaba en forma de pesadilla en las noches oscuras.

Estos pensamientos rondaban por la cabeza de Martin a modo complaciente de su nueva vida, una vida donde ni su madre ni su hermana, ambas sus pilares fundamentales, se encontraban.

Se había quedado solo, con Luis, un desconocido tras sumirse en la depresión que lo tenía recluido desde hacía años en un mundo desconocido.

Tras una semana de la partida de Daniela, Martin intentó un acercamiento con su padrastro, tal vez fuera compasión, quizás necesidad, pero aquella mañana Martin se levantó decidido a cambiar las cosas.

Tras despertarse se dirigió a la guardilla, lugar donde Luis había montado su estudio, que más que un despacho se había convertido en un trastero donde pasaba las horas encerrado.

Todavía no había salido el sol, así que ayudado de la luz del móvil subió sigilosamente las escaleras, pues no quería despertarlo, abrió la puerta y allí, frente un ventanal que hacía a la vez de acceso a la terraza, estaba Luis, de pie, con la mirada perdida en el horizonte, el sol comenzaba a asomar con su característico color anaranjado del amanecer, la imagen parecía un cuadro de Thomas Cole, atravesando aquellos suaves rayos de luz las nubes condensadas frente las montañas que se alzaba arrogantemente por el norte, al tiempo que la albufera reflejaba la salida del sol iluminando todos los campos de arroz típicos de la ribera, dando un contraste de claros y oscuros como nunca antes había visto.

—¿Luis, buenos días?

Sin responder, seguía frente al ventanal.

—¡Luis...! —exclamó Martin suavemente como si quisiera que volviera a la realidad sin despertarlo bruscamente de aquel ensueño misterioso que lo tenía secuestrado.

—Hola —respondió como un objeto inanimado.

Martin se acercó, se colocó a su lado y le pasó el brazo sobre su hombro en forma de abrazo.

—Venga, vamos para abajo, hoy desayunamos juntos, te he preparado unas tostadas con tomate que están diciendo cómeme.

Sentados en la cocina, el uno frente al otro apenas se dirigieron las palabras, Luis desde que se trasladaron a aquella casa había estado encerrado en su mundo, pero esta última semana,

tras la marcha de Daniela, su actitud se había acentuado.

—Lo siento, tengo trabajo —las únicas palabras que pronunció tras levantarse de la mesa.

—¿Trabajo? Pero por Dios, hace años que dejaste el bar, vente conmigo y disfruta la vida, hagamos una excursión, venga, coge tu cámara y vente conmigo.

Pero Luis sin responder salió del piso, subió la escalera que daba acceso a la guardilla y cerró con llave, un mensaje que Martín captó y decidió desistir en su intento de animarlo.

Pedro Luis se acercó al escritorio, abrió el cajón donde guardaba los carretes revelados y cogió su móvil, y allí estaba, un mensaje sin abrir desde hacía cinco días, un mensaje sin remitente, pero ese número no lo había olvidado a pesar de los años.

Durante unos minutos, frente la pantalla del móvil, dudó en abrirlo o no. Finalmente, entró en la bandeja de mensajes recibidos.

Casa del tío Bernal, junto la comarcal CV 305 km 27, día 14, recuerda el protocolo.

Tras leer el mensaje, el pulso de Pedro Luis se aceleró, hoy era el día.

Abrió el portátil que tenía sobre el escritorio y buscó la ubicación en Google Maps, 60kms, bien, no está lejos, pensó.

Cerró, miró la hora en el reloj de pared y abrió un baúl guardado en el altillo del estudio donde guardaba ropa vieja, sacó un smoking negro y una máscara con forma de mariposa oscura, tras meterlo en una bolsa de deporte, salió de casa sin dirigir palabra alguna, subió al coche y arrancó.

CAPÍTULO 25

Martin se había quedado solo, lo que iba a ser un día de playa en compañía de Luis, intentando retomar los años en que estaban juntos como si fueran padre e hijo se convirtió en un día más, en una solitaria mañana.

Un sentimiento de rabia e impotencia le invadía, se había esforzado por sacar al que había sido su padre durante todos estos años, pero parecía una tarea imposible, Pedro Luis seguía sumido en su mundo como si todo lo que le rodeara fuera algo secundario en su mísera vida.

Aquella mañana, asomado desde la ventana de casa lo vio como se alejaba en su coche, ni tan siquiera había sido para decirle a donde iba, ni cuando volvería, definitivamente, Pedro Luis estaba perdido, el enojo de Martin aumentaba a medida que pensaba en ello, por lo que decidió preparar su mochila y emprender una ruta como el llamaba, de exploración.

Llenó su Camel Bag de agua, dos litros más un bidón con sales sería suficiente, el día no era demasiado caluroso para las fechas en que se hallaban, pero la humedad de un día de sol y sombras era traicionera.

Pensó en cargar la mochila con barritas energéticas, pero como no tenía prisa en volver, las guardó para otra ocasión, cogiendo pan que guardaba en el congelador y un par de latas de atún, hoy tocaba ruta larga, perderse entre los montes, explorar caminos donde hacía meses o tal vez años que no pisaba un ser humano.

Esperó media hora a tener su Iphone completamente cargado, pues le encantaba hacer fotografías de la naturaleza, además de que era su guía, en más de una ocasión se veía obligado a utilizar el GPS para ubicarse y continuar su aventura.

Al cabo de un rato, había conseguido apartar sus pensamientos negativos acerca de Luis, viviendo y saboreando el entusiasmo que le proporcionaba su mayor afición.

Se dirigió al garaje de casa y antes de abrir la puerta, comprobó como si de un ritual se tratase, si las ruedas tenían la presión correcta, si llevaba válvula de recambio, y sobre todo, el mini bombín que escondía en la parte trasera de su maillot, pieza que jamás olvidaba tras el descuido del verano pasado, donde pinchó la rueda trasera y tuvo que hacer los últimos 15kms con la bici a cuestas por no poder ir inflando de vez en cuando la rueda, las llagas de las botas de ciclismo le duraron semanas, por lo que desde aquel día, era algo que siempre comprobaba junto al resto de material de manera religiosa.

Abandonó el pueblo subiendo por la parte alta hasta el canal del Júcar, un canal de riego que solía ser su nexo de unión entre las montañas y casa.

A la mayoría de ciclistas les solía parecer una carretera monótona y aburrida, pero para Martin era como un camino de liberación y de conexión con la naturaleza, la brisa sobre su rostro, al margen, kilómetros y kilómetros de agua color esmeralda, un color que le daba paz, los patos navegando, las garzas que se acercaban al agua en su búsqueda por echarse algo al pico o la imagen de algún zorro acercándose para beber, eran escenas habituales de las cuales se sentía privilegiado de poder presenciarlas.

La carretera del canal estaba asfaltada, cosa que le permitía realizar entrenamientos explosivos de fuerza, siempre que salía, dedicaba unos minutos de la ruta a comprobar la potencia de sus piernas.

Sin quitar la vista a su reloj, pedaleaba y pedaleaba enérgicamente hasta mantener una velocidad estable que pudiera mantener, 30,35,37km/h... las pulsaciones subían hasta

estabilizarse, la adrenalina ya estaba preparada para el resto de la ruta, todo, como un mecanismo de engranaje perfecto que se pone en marcha, cuerpo y el alma parecían estar equilibrados y la magia fluía mientras Martín procuraba adoptar una posición más aerodinámica montado sobre las dos ruedas.

Tras una hora y media, decidió parar en un área recreativa que le gustaba bastante, de normal, solía hacer una parada allí, se sentaba sobre un banco de madera bajo la sombra del pinar, respiraba hondo, cerraba los ojos y se dejaba llevar por la música que hacían los pajarillos del lugar, lo que llamaba momento Zen.

Aprovechaba para cargar algo de glucosa en sangre, hidratarse un poco y prepararse para lo que le venía en los próximos 15 minutos, la subida a un pequeño puerto de montaña, el cerro de Tous, un lugar con unas vistas que trasladan a su visitante a las tierras altas de Escocia, al menos, así es como lo solía describir Martín a sus amigos cuando intentaba convencerlos de que lo acompañaran de escapada, tal vez el juego de luces sobre la presa del pantano, le recordaba la típica estampa de los lagos con los verdes campos rodeados de montañas, de ahí la comparación.

Cargado de energía ya estaba listo para dejar atrás el llano y monótono camino por la elevación de un monte desconocido, lleno de senderos y cuevas que conectaban el interior de una montaña con otra, toda una joya de la naturaleza por explorar, escondida entre pueblos abandonados y kilómetros de agua por el nuevo embalse.

Una vez arriba, junto a un cartel con un plano de la sierra, pararía unos minutos para hidratarse bien, pues la ruta es ahora cuando realmente comenzaba.

Su tarea de exploración daba comienzo y las dos horas que llevaba en marcha no podían mermar sus fuerzas.

Normalmente planificaba sus salidas el día anterior, le gustaba conectarse a internet desde su móvil, en la cama, en la tranquilidad de la noche, así memorizaba mejor las diferentes alternativas de viaje, era como si el sueño reparador le ayudase a visualizar mejor las bifurcaciones y demás caminos que se encontrase. Incluso a veces soñaba con el objetivo que se había fijado para el día siguiente, por lo que su aventura comenzaba ya la noche de antes. Pero esta vez era una salida improvisada, fruto de la indignación e impotencia por no conseguir el estímulo que pretendía con su padrastró.

Estaba decidido a vaciar toda su energía, necesitaba quemar esa frustración, no tenía hora de retorno, total ¿quién iba a esperarlo? Estaba solo en casa, nadie se iba a preocupar por él, su madre ya no estaba, Daniela seguramente estaría dormida a miles de kilómetros de allí, y Luis... ¿quién sabe dónde se fue? Se marchó incapaz de despedirse, de dar ninguna explicación ¿Quién iba a echarme de menos?

Con el bidón vacío, decidió desviarse un poco del camino en dirección a una vieja fuente, tardaría unos 10 minutos de ir y otros 10 de vuelta, pero ese medio litro de agua, tal vez le ayudara a llevar mejor la vuelta, no era la primera vez que hacía una ruta de más de 5 horas y la vuelta le había sido realmente dura experimentando los efectos de la deshidratación muscular.

Una vez llegó al objetivo, llenó su botella, el agua fresca y trasparente, tan pura, tan natural, una escena hermosa viendo como brotaba de un canal de piedra que salía del interior de las entrañas de la montaña.

Observó el paisaje, por un momento, una sensación de paz le abordó, kilómetros y kilómetros a la redonda de naturaleza, ningún rastro de civilización a la vista salvo unas ruinas de lo que en su día fue una posada entre el viejo pueblo y Millares.

El canto de los pájaros, el viento acariciando las ramas de los árboles, el pequeño manantial cayendo sobre un pequeño riachuelo, lo único que interrumpían el silencio de aquel

idílico lugar la armonía de todos ellos actuando a la vez.

Tras unos segundos de paz, tal vez minutos, volvió a la realidad, era hora de volver a la bicicleta, subir el pequeño repecho y retomar la ruta.

Una vez en la cima, comenzó el descenso para adentrarse entre aquella sierra, un camino forestal que a la vez hacía de cortafuegos del paraje natural, la senda se estrechaba hasta el punto de que tan sólo, en un mismo sentido podría circular un vehículo a motor, seguramente lo justo para que puedan pasar los vehículos de los guardias forestales.

Ya era tarde, el sol no acababa de salir con la fuerza propia de la estación en la que estaba, la humedad sofocante del verano hacía que el maillot se pegase con fuerza sobre la piel de Martín, frente sus ojos, una alta montaña que encadenada una con otra. Parecía el mejor lugar para detenerse a comer, allí podría divisar a vista de águila toda la zona de una ojeada, un esfuerzo más y la recompensa se abriría camino hacia su estómago.

Sin apenas ya aliento, llegó a lo que parecía un mirador, una visión espectacular se alzaba frente a sus ojos.

La sensación de satisfacción era indescriptible, el hombre que dominaba la montaña, ahora, sentado en el suelo, prepararía el mejor bocadillo de atún que había probado en años, el hambre, sin ninguna duda, influía en ello.

Saboreando cada trozo de pan empapado en aceite, observó una especie de granja que llamó su atención ¿qué hacía allí, perdido en la nada una finca de aquellas dimensiones?

La edificación se hallaba algo lejana, por lo que dedujo que era un complejo enorme, no parecía la típica casa de campo donde los agricultores almacenan herramientas de trabajo, o donde los pastores descansan tras pasear al rebaño, más bien parecía una mansión de esas que encuentras a lo largo de toda castilla la mancha rodeadas de campos vinícolas, pero por el terreno, pese la distancia, aquí las viñas habían sido sustituidas por garroferos, al menos, es la sensación que tenía.

Revisó la cantidad de agua que le quedaba, bien, litro y medio, tengo lo justo para volver, pensó, así que me acercaré todo lo que pueda.

Desde lo alto la distancia parecía menor, llevaba ya media hora y los pequeños desniveles entre campo y campo apenas dejaban divisar la finca, el sol parecía decidido a clarear en una batalla en que poco a poco las nubes parecían batirse en retirada.

Después de tomar varios caminos en base a prueba y error dio con el correcto, por fin estaba ante una majestuosa finca, o sería más apropiado llamarlo cortijo.

Junto a la puerta una señal que databa la construcción de finales del siglo XVII, toda una joya arquitectónica se alzaba ante él.

En un principio, su idea era aparcar la bicicleta y adentrarse por la finca, pero unos vehículos oscuros, de lunas tintadas, le hicieron replantearse su objetivo.

¿Estarán celebrando una boda? Pensó.

Apartado de lo que parecía la entrada principal, estuvo un rato observando por si podía ver algo de su interior, pero el caserío parecía cerrado a cal y canto.

Con el temor a ser descubierto como el ladrón que entra en una vivienda sin autorización, dio media vuelta desistiendo, dejando al margen su curiosidad, habrá más días...y arrancó enérgicamente.

De repente, un grito, un chillido aterrador, rompió el sonoro silencio de la naturaleza.

Los pájaros, que hacía segundos piaban al tiempo que posaban en armonía con el paisaje, echaron a volar dejando una imagen más propia de una película de terror.

Martín, sorprendido, instintivamente, giró la cabeza hacia atrás ¿de dónde venía ese grito?

Sin parar de pedalear se alejaba más y más, a lo lejos, de entre los ventanales de la casa le pareció ver una sombra, la figura de un hombre, volvió la cabeza al frente y repitiéndose una y otra vez “olvídate, no te metas en asuntos que no son tuyos” retomó el camino forestal que lo llevaría a casa.

Durante el camino de vuelta le resultó inevitable preguntarse qué habría pasado para que alguien chillara así, intentó apartar esos pensamientos que tan sólo le generaban un escalofrío interior.

Al llegar a casa vio que el coche de Luis no estaba aparcado, señal inequívoca de que no había llegado ¿dónde se habrá metido este hombre?

El resentimiento que tenía por la mañana había dado paso a una lástima intrínseca, pues a pesar de todo, era el hombre que lo había acogido de niño junto a su madre y su hermana.

Antes de subir a casa, desde el mismo garaje lo llamó, pero el tono de apagado o fuera de cobertura fue la única respuesta que obtuvo del otro lado de la línea.

Sobre las 20:00 Martín estaba tomando una ducha regeneradora, intercambiando chorros de agua caliente y fría, de esta manera, ayudaba a recuperar la fatiga muscular, que pese su juventud y el entrenamiento de todos estos años, los 113 km de ruta por montaña pasaban factura. Después de unos minutos bajo el agua, estaba completamente recuperado.

Tras vestirse, abrió la despensa, preparó un batido de proteínas, que junto algo de fruta y un par de yogures fue lo que tomó para cenar.

Estaba cansado, y el cuerpo, más que nutrientes, le pedía sales minerales, por lo que cuando se acostó ya tenía media botella de agua mineralizada vacía.

El calor del verano creaba un bochorno en su dormitorio que no acompañaba para dormir, encendió el ventilador que tenía sobre su mesita de noche, se tumbó y cerró los ojos.

Todavía no era completamente de noche, por la ventana entraba algo de luz, pero el día había sido agotador, así que no tardó en dormirse.

De pronto, sobresaltado, se incorporó en la cama, miró la hora, son las 04:20 de la mañana, de nuevo ese espantoso grito le sobresalta, ha sido una pesadilla, pensó al tiempo que volvía a acostarse.

El resto de la noche Martín lo pasó dando vueltas sobre su cama, sin poder conciliar el sueño, algo le decía que tenía que volver allí.

CAPÍTULO 26

Luis conducía siguiendo las indicaciones del móvil, unas coordenadas, siempre un punto marcado por Alfonso. El lugar no estaba lejos, normalmente, buscaba un sitio cercano a él, sabiendo que era el más reactivo a acudir a las reuniones, sabía que la distancia no podía servirle de impedimento, por lo que evitaba darle la excusa perfecta.

Durante el trayecto, la ansiedad, los viejos temores invadían a Luis ¿por qué me ha citado ahora después de tanto tiempo, nunca me dejará en paz? Preguntas sin respuestas, preguntas que, como un esclavo, incapaz de ver que tiene la puerta de la libertad frente a él, se niega a aceptar.

Por un extraño motivo, desde su infancia, Alfonso había conseguido anular la psiquis de Pedro y someterlo siempre a su interés, al igual que hace el maquiavélico dueño al adiestrar a su perro.

¿En qué momento me hizo preso? En más de una ocasión había intentado responder a esa pregunta, pero nunca halló la respuesta, tal vez temor, quizás respeto, pero ¿por qué no se alzaba contra el maldito grupo, por qué no decía basta ya?

La media hora que tardó en llegar al desvío que le había indicado, bastó para hacer un repaso general de su existencia, desde el orfanato hasta el día que vio el cuerpo de aquellas pobres niñas tendidas sobre el piso superior del Ibérico.

Una vez en la bifurcación giró hacia la derecha, el camino se estrechaba, el asfalto daba paso a una pista forestal que subía adentrándose ante las montañas que se postraban ante él, un majestuoso paisaje que hubiera relajado a cualquiera en otras circunstancias, pero a Luis, el hecho de adentrarse cada vez más en la soledad de la naturaleza, generaba una ansiedad que se sumaba a sus sentimientos confrontados.

Siguió el camino durante unos minutos más, una vez en la parte alta, podía divisar entre la llanura que unía con la siguiente montaña un caserío, una enorme finca, que tal vez en otra época había servido de refugio de algún señorito que, escapando del bullicio de la sociedad, había decidido afincarse en un lugar retirado y abastecerse con su propio rebaño y su propia cosecha.

Bajo el smoking escondió una navaja que hacía años le había regalado Isabella, una navaja que reproducía el diseño de la navaja española del s XVII a escala contenida.

Respiró hondo y salió del coche, estaba decidido a romper su vínculo con la sociedad secreta a la que tantos años había pertenecido limpiando y ocultando con su silencio las barbaries cometidas, convirtiéndose en cómplice de ellas.

Se ajustó la máscara al rostro, estaba preparado, la puerta de madera se alzaba frente a él, cogió la aldaba, oxidada por los años de exposición a la intemperie y golpeó realizando una secuencia que hacía años que no utilizaba, una contraseña que inventaron de niños para escapar a la vigilancia de los sacerdotes del orfanato cuando pasaban de un pabellón a otro por las noches, así se aseguraban de no abrir a quien no debía estar en las reuniones secretas del granero.

Dos hombres, de fuerte constitución abrieron la puerta, no los reconoció, seguramente serían dos matones que llevaba siempre Alfonso con él cuidando sus espaldas.

Dentro, una gran sala, sin apenas mobiliario, iluminada con lámparas de velas daban un aspecto sombrío y siniestro al lugar.

Uno de los hombres lo acompañó a otra sala interior, al abrir la puerta, atravesó unas cortinas rojas que impedían su visión al interior, allí, pese sus máscaras, pese el cambio físico que había dejado el paso de los años, pudo reconocer a los miembros que quedaban de los que en

su día fueron la sociedad secreta de las mariposas, en pie, formando un círculo, entonaban un canto, unas palabras inteligibles que le recordaron las viejas clases de latín de don Mariano.

Entonces, una voz le dio la bienvenida invitándolo a unirse al círculo, era la voz de Alfonso, que a diferencia de los demás, vestía con una túnica roja y una capucha que apenas dejaba ver su máscara dorada.

Pedro dudó, durante unos instantes, sin saber reaccionar, observó cuidadosamente su entorno, inspeccionando cada rincón, analizando la situación.

No sabía muy bien por qué había acudido, parte de él esperaba esta llamada con ansia, una llamada que durante años no se había producido, por otra parte, una sed de rencor, dolor, asco, todo ellos entrelazado sin saber donde comienza y donde acaba cada sentimiento, crecía en su interior.

La confusión le paralizó, a lo que Alfonso, con tono más autoritario, insistió en su invitación, apartándose del círculo central, mostrando tras él, una mujer, apenas 20 años, desnuda y completamente drogada, al borde de la seminconsciencia, lo suficientemente sedada para no huir y lo suficiente consciente para sentir el dolor.

—Vamos, no tengas miedo, es para ti.

Entonces, los 7 abrieron el círculo absorbiendo a Pedro en él, y dando vueltas sobre ellos, seguían su cántico.

La chica, tendida sobre tierra movía la cabeza intentando descifrar las imágenes que pasaban a su alrededor, imágenes que su cerebro, sometido al efecto narcótico de las drogas no era capaz de entender, Pedro, frente a ella observaba su fino y delicado cuerpo.

Aturdido por la situación sabía que, si no hacía lo que esperaban, no saldría con vida de allí, así que, sumido en el terror patológico que causaba Alfonso sobre su ser, se acercó a la muchacha con las lágrimas ocultadas tras la máscara. Fue deslizándose su capa y deshaciendo su smoking poco a poco, dejando tendida en tierra una prenda de ropa a cada paso.

Tras hallarse completamente desnudo frente la joven, se abalanzó sobre ella consumando sus instintos más primarios, cerrando los ojos y penetrando a la muchacha que sin capacidad de defenderse gemía más por el dolor que por el placer que causaba aquel horrible y deplorable acto sexual.

Al terminar, Pedro se volvió a colocar sus prendas, levantándose para colocarse en comunión con el círculo que formaban sus compañeros, en el centro, aquella joven rubia, sollozando, incapaz de levantarse y salir huyendo.

La siguiente escena que recuerda Pedro fue a Alfonso, con su túnica roja acercándose a la chica con una daga en la mano que no tardó en clavar sobre el abdomen de la muchacha.

Un grito desgarrador, un chillido que salía de las mismísimas entrañas, escapó recorriendo todas las estancias de la finca.

CAPÍTULO 27

Martin no podía conciliar el sueño, aquella finca misteriosa, aquel grito desgarrador, aquellos coches, todas esas dudas lo desvelaron en mitad de la noche.

Su Apple Watch marcaba las 04:20, cerró los ojos, pero su cabeza no le acompañaba.

Vueltas y más vueltas en la cama, el calor no acompañaba, la humedad del día anterior había dado paso a lo que parecía un prometedor día de poniente.

Tras un cuarto de hora, se levantó, tomó un café bien cargado y se dio una revitalizante ducha de agua fría.

Un sentimiento de culpabilidad, de cobardía recorría su mente ¿quién había gritado así, por qué no me acerqué a ver qué pasaba, por qué salí corriendo?

Durante un buen rato aquellas preguntas rondaron por su mente, así que subió al estudio de Luis, observó que todavía no había vuelto, cosa que no le extrañó demasiado, pues siempre, desde que era un niño, había visto a su padrastro como aparecía y desaparecía sin dar demasiadas explicaciones, así que aprovechó para coger una pequeña colchoneta y salir a la terraza, ya que el estudio era el único acceso que tenía al exterior desde la buhardilla.

Todavía era de noche, la temperatura era agradable, el día aventuraba ser caluroso, sin ninguna duda, pero a esas horas, estar sentado en la terraza era todo un lujo del que era capaz de apreciar.

Sentado sobre sus rodillas, con la colchoneta en el suelo, practicó unas posturas de hatha yoga que había aprendido en el último trimestre en unos de esos cursos que hacen para conseguir los créditos que le faltaban de una optativa.

Después de unos minutos de meditación, centrado en su respiración, consiguió dejar la mente en blanco, el aire entraba por la nariz hasta sus alveolos, notando como estiraban las costillas mientras ocurría la magia del intercambio de oxígeno en su cuerpo y de vuelta otra vez, soltaba poco a poco vaciando los pulmones.

Esa técnica le ayudaba a dejar la ansiedad de lado y a centrarse en sus metas, sus objetivos del día a día, a aclarar sus ideas.

Abrió relajadamente los ojos, ante él, el sol comenzaba a salir, ya tenía claro lo que debía hacer.

Se levantó del suelo y se dirigió a la cocina como cualquier otro día, preparó su mochila, su maillot, sus mallas, sabiendo el destino fijado para hoy, cargó concienzudamente el material que le haría falta, buena cantidad de glucosa que le aportaría energía e hidratación, así que tanto la Camel Bag como el bidón, los llenó de agua y añadió unas sales para mantener los electrolitos en sangre.

Una vez preparado y tras un copioso desayuno, siguió su ritual, comprobó la presión de los neumáticos, revisó la pequeña bolsa que llevaba bajo el sillín, parches, válvula, llave Allen, bombín... bien, lo llevo todo. Entonces pulsó el mando del garaje, abrió la puerta y salió con las calas preparadas para un día que prometía ser intenso.

Ajustó el casco, se colocó las gafas de sol y tal y como hizo el día anterior volvió a subir hasta el canal para emprender la ruta, pasó por la zona recreativa donde solía para y reponer fuerzas, esta vez no se detuvo, aminoró el ritmo, sacó una chocolatina de cereales y poco a poco fue reponiendo energía sin parar, el calor hoy sería sofocante, por lo que si podía estar en casa antes de las 13:00 mejor, una insolación deshidratado podría traer unas consecuencias nefastas.

Subió el cerro de Tous, hoy, por el cansancio del día anterior, el calor o quizás por no haber descansado bien, las pulsaciones salían disparadas en el reloj. Cuando coronó la cima una sensación de alivio le invadió acompañada de una suave y agradable brisa que refrescaba cada poro de su piel, ese ligero soplo de viento, refrescado por la humedad del lago fue como agua en el desierto.

Se detuvo unos instantes para contemplar la bonita estampa que dibujaba el sol sobre el agua.

Hoy se podía ver el campanario del antiguo pueblo sobresaliendo arrogante y soberbio sobre el agua, gritando a los 4 vientos siglos de historia sumergida.

A Martín, una de las cosas que le encantaba, era sentarse e imaginar los niños correr por las desiertas calles bajo el agua, la plaza del pueblo con sus árboles, sus bancos, ahora solitarios y fríos, sumergidos en agua. Siempre se había dicho que algún día, con un equipo de buceo se dedicaría a pasear por sus ruinas.

Tras su ensoñada imaginación, volvió a la realidad, y la preocupación por el chillido de dolor del día anterior centró su preocupación.

Siguió la ruta marcada en su GPS, y tras kilómetros adentrado por las cimas de aquella sierra, divisó la montaña donde se encontraba la finca, atravesó un coto de caza y tras escalar una pendiente pronunciada ya podía ver la casa.

Hoy no dudó en la bifurcación, ya conocía el camino, así que directamente se adentró por el estrecho camino forestal que conducía a aquella propiedad privada.

En la entrada no estaban los lujosos coches del día anterior, tan sólo uno, medio escondido entre unos arbustos que ayer le pasó desapercibido.

Sus ojos no daban crédito, parecía la furgoneta de Luis, a medida que se acercaba sus sospechas se confirmaban, no había duda, aquella era su matrícula.

Su preocupación aumentó, algo raro había en aquello, qué haría la vieja furgoneta en aquel solitario y alejado paraje.

Por fortuna, el resto de vehículos no estaban, por lo que Martín sabía que fuera lo que fuera lo que había dentro de aquella casa, habría menos gente que lo pudiera descubrir.

Dejó la bicicleta apoyada sobre un garrofero y anduvo, no sin dificultad, sobre el árido terreno, el suelo de secano con el tipo de calzado que llevaba, no era el más apropiado, pues la solidez de la suela resbalaba sobre las piedras dificultando el equilibrio.

Con esmero de hacer el mínimo ruido posible llegó hasta la gruesa pared de la finca, la puerta estaba cerrada, tal vez había otra entrada o ventana por la que poder ver su interior.

Así que, en su tarea de investigación, bordeó el edificio, todo cerrado a cal y canto ¿de qué manera podría entrar?

El silencio reinaba en la finca, en otra circunstancia hubiera dado media vuelta, pero el hecho de estar allí la furgoneta de su padraastro hizo que no desistiera.

¿Y si le ha pasado algo y alguien lo ha traído hasta aquí? Por inverosímil que fuera, no cabía otra opción en su cabeza.

Tras segundos de deliberación, volvió a la parte trasera de la casa, parecía que tenía un patio interior, así que con la agilidad atlética de un cuerpo joven que se mantiene en forma se asomó discretamente dando un salto y apoyado sobre sus brazos e inspeccionó las diferentes posibilidades de acceso al interior.

Observó una puerta de madera entreabierta, cuyas cortinas colgantes apenas dejaban ver su interior, lo que estaba claro, era que, si quería entrar, tendría que ser por allí.

Se alejó un poco y cogió su bicicleta, necesitaba meditar un plan así que, buscando una

sombra, alejado del lugar vació los víveres que le quedaban dejando tan solo una barrita para la vuelta.

Sin apartar la mirada de la finca cientos de preguntas rondaban su mente.

Tras aquel instante de avituallamiento volvió al lugar, dejó la bici donde minutos antes la había dejado apoyada sobre un árbol y se dirigió a la entrada, tocó la puerta con el viejo y oxidado llamador, un sonido fuerte y seco rompió el silencio, ya no hay vuelta atrás.

Sin saber si había optado por lo correcto e inducido por la curiosidad y el temor, esperó en pie frente a la puerta.

De repente, se oye movimiento en su interior, un pequeño orificio que hacía de mirilla se abre ante él.

Al otro lado de la puerta, un hombre canoso del que no pudo distinguir el rostro contestó.

—¿Sí, diga?

El corazón de Martin se aceleró, no sabía qué decir, se quedó completamente en blanco, una laguna que apenas duró un segundo, pero que en su cerebro lo vivió como una eternidad bombardeado por cientos de palabras y frases descoordinadas.

—Hola buenos días, mire estoy haciendo una ruta en bicicleta y la ola de calor me ha pillado de imprevisto, he visto esta casa y me he preguntaba si sería tan amable de darme algo de agua, tengo que volver a casa y estoy bastante alejado.

—Aquí no hay agua, lárguese —respondió con tono seco y poco amigable al tiempo que cerraba la mirilla.

Martin, petrificado frente la puerta no esperaba respuesta tan hostil.

Que falta de sensibilidad, este tío es un gilipollas, pensó Martin.

Sin saber qué hacer, con la mirada perdida sobre la furgoneta de Luis, la idea de saltar el muro no le pareció tan descabellada, además, el coche de su padraastro estaba allí, era su matrícula y aquel imbécil ocultaba algo, no era normal la manera en que lo había despachado.

Sin alejarse de la puerta principal, llamó al teléfono de Luis, daba tono, pero si estaba allí, los anchos muros de piedra no dejaban atravesar el sonido, por lo que el canto de los pájaros era el único bullicio que rompía el silencio de la naturaleza.

Volvió a rodear la finca, dirigiéndose hacia la parte trasera donde se alzaba el muro del patio interior, se aupó con la ayuda de sus brazos y volvió a observar una posible entrada, todo permanecía en silencio, seguramente el patio estaba alejado del resto de la casa, a pesar de tener la puerta entreabierta no se oía nada en su interior, lo que favorecía su intrusión.

Saltó sigilosamente, estaba muy nervioso, el corazón bombeaba como si fuera a salirse del pecho, dando pasos suaves, se adentró al interior moviendo las cortinas colgantes con un cuidado meticuloso.

Era una sala amplia, lo que en su día debió ser una cocina. Apenas había mobiliario, pero unos fogones delataban la finalidad de la estancia.

Martin, intentando controlar la tensión que le producía la idea de ser descubierto, abrió la puerta que comunica con otra sala, se sentía como un ladrón amigo de lo ajeno, solo que él, su única intención era averiguar si Luis estaba allí y si estaba bien.

Maldita sea Luis, por qué narices no me coges el puto teléfono, pensó mientras asomaba la cabeza. Entonces, se le ocurrió en volver a llamar, dentro seguramente oiría el tono y despejaría dudas, tal vez simplemente había dejado el coche a algún amigo y él estaba ya en casa, durmiendo tras una noche de borrachera.

Sacó su Iphone y volvió a marcar su número.

Allí estaba, aquel tono del Tetris no daba lugar a duda.

El sonido cada vez sonaba más cerca, señal inequívoca de que se acercaba hacia él, apenas había luz, pero pronto, pudo distinguir una silueta familiar.

No había posibilidad de engaño, allí estaba, Luis junto otro hombre con el pelo canoso arrastrando algo, parecía una alfombra enrollada, pero los esfuerzos que parecían realizar, les delataba que en su interior escondía algo pesado.

—Maldita sea —gritó Alfonso.

—¡Quieres coger el teléfono de una vez!

Luis dejó en tierra la alfombra, buscó en el interior de su bolsillo el móvil, pero la llamada ya había finalizado cuando consiguió descolgar.

—Alfonso, disculpa, es Martin, llevo desde ayer desaparecido y estará preocupado, tengo que llamarle.

Martin, escondido tras la puerta de la cocina observaba atónito la escena.

Mierda, pensó para sí mismo, el sonido...pero antes de que pulsara sobre la tecla del modo silencio, el peculiar sonido de su Iphone rompió dirigiendo las miradas de Luis y Alfonso hacia donde se hallaba Martin.

Entonces, como si todo hubiera ocurrido en cámara lenta, Martin, con la mirada petrificada en la mano que sobre salía al dejar caer la alfombra, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, estaban ocultando un cadáver.

Sabía que tenía que salir de allí, un segundo, tal vez dos a lo más, es lo que tardó en reaccionar.

De nuevo, cientos de preguntas sin respuesta pasaron por su cabeza, bombardeado por sus pensamientos, salió corriendo.

Los nervios, en aquel cuerpo joven, estilizado y fibroso jugaron una mala pasada, de repente una gran torpeza parecía dominarlo.

Mientras huía al patio tropezó con una maceta, cayendo por el suelo, Luis se acercaba al tiempo que titubeando lo llamaba.

Martin, atemorizado y sin comprender la figura del que era su padre en la escena que acababa de observar, se levantó, cogió carrerilla y con especial velocidad y una fuerza inusual trepó el muro.

Mientras tanto, allí en el patio, Alfonso y Pedro Luis se miraban fijamente, los ojos vidriosos de Alfonso mostraban una ira inusitada.

—¿Vas a explicarme qué significa todo esto?

—Era Martin, nos ha visto —respondió Luis.

—Maldita sea ¿sabes lo que debes hacer verdad?

Luis, intentó convencer a Alfonso de que Martin no diría nada, además, qué había podido ver ¿dos personas trasladando una alfombra?

—Déjate de sandeces ¿acaso no has visto como ha salido despavorido?

—Al menos déjame hablar con él, dame esa oportunidad.

—Corre inútil, hay que cazarlo antes de que llegue al pueblo.

Al otro lado del muro Martin corría hacia su bicicleta, la imagen del que había sido su padre con aquella alfombra sobresaliendo un brazo lo tenía sumido en un profundo terror, una sensación de odio, asco y rencor no le dejaban pensar con claridad.

El calor era sofocante, serían cerca de las 13:00, el sol calentaba sin compasión, y el poniente empezaba a soplar actuando como un potente secador sobre las gotas de sudor de Martin.

Subió en la bici no sin antes deshacerse de todo el material que le podía lastrar, tirando la mochila y las pequeñas herramientas, aligerar peso con aquel calor, era parte de su prioridad en la

escapada que iba a emprender.

Se puso en marcha, pero Luis y el otro hombre salieron rápidamente a su encuentro cortándole el paso, entre los dos habían bloqueado el camino.

Luis, le pedía que se detuviera a hablar, a pesar de no saber muy bien qué explicación darle, pero en su yo más interno, se negaba a continuar la línea sádica y destructiva de Alfonso.

—Vamos estúpido, sube a la furgoneta, se escapa.

Luis, sin saber como parar aquella persecución accedió y subió al vehículo sin cuestionarlo.

En dirección contraria al pueblo, desconociendo hacia dónde dirigía aquel camino, sabía que no tenía ninguna posibilidad de escapar sin desviarse, por lo que dejó el tramo asfaltado por una estrecha senda que dificultaría el paso de cualquier coche, eso, al menos le daría una pequeña ventaja.

Era un camino secundario que subía por la ladera de la montaña, las piedras cada vez entorpecían más la huida y el sofocante calor, de aquel día de agosto, no ayudaba en la fuga.

Martin, recorrería unos 400 m en pendiente mientras el terreno resbaladizo se iba haciendo más angosto.

Pronto, vio como dejaba de controlar la bicicleta, las enormes ruedas de su mountain bike no eran como las de 26", le faltaba tracción, con lo que la lenta respuesta ante el camino empedrado era un hándicap añadido.

Se detuvo unos instantes, dio un pequeño sorbo de agua, comprobó la cobertura y al ver un 2% de batería sin señal, decidió apagar su Iphone, quizás, en lo alto de la montaña tuviera algo de señal y pudiera pedir ayuda.

Volvió a ponerse en marcha, pero las ruedas patinaban haciendo que perdiera el equilibrio, había llegado el momento de seguir ascendiendo a pie.

Fatigado y con la boca pastosa por la mezcla del calor y la adrenalina sacó media barrita energética y se la comió de un bocado, necesitaba energía.

Tras revisar el material que llevaba en su pequeña bolsa de herramientas, se puso en marcha, no sin antes acabarse el agua que quedaba en el bidón de un trago.

A lo lejos pudo ver como llegaba la vieja furgoneta blanca de Luis, el camino impedía que pudieran seguir a motor, por lo que Luis y Alfonso salieron del coche.

Martin, calculó que tardarían aproximadamente unos 15 minutos en llegar hasta el punto en el que estaba, una ventaja que esperaba aumentar con la fortaleza propia de su edad.

A lo lejos podía escuchar los gritos de su padrastro mientras lo llamaba.

—¡Martin, espera por favor, no es lo que parece!

Luis, movido por su lucha interna comenzó el ascenso adelantándose a su compañero, su meta era llegar hasta Martin antes que Alfonso, tal vez así hubiera una diminuta posibilidad de olvidar lo ocurrido y empezar de nuevo.

A medida que ascendía las piernas le iban jugando una mala pasada, estaban agotadas, demasiados kilómetros y poca recuperación tenían que pasar factura.

Empezó a notar una torpeza inusual, uno de sus temores se había hecho realidad, la deshidratación, el temido fallo muscular comenzaba a llamar a la puerta, el cuerpo se había vuelto torpe y lento, no respondían como quería, pronto, los mareos se sumarían a aquella agonía.

En un intento de recalcular la situación sabía que no tenía más de dos horas antes de caer desmayado, tres en el mejor de los casos, para entonces le habrían dado caza.

Alfonso, pese sus 67 años se conservaba bien, años de pádel habían moldeado su cuerpo dotándole de una musculatura y agilidad notable para su edad.

Pedro Luis a medida que avanzaba metros por la montaña, la fatiga ganaba presencia, teniendo que parar, con el corazón a mil, para poder tomar algo de oxígeno.

—Vamos inútil, no te pares ahora, ya casi lo tenemos.

Luis, cogió del brazo a Alfonso fuertemente, en un movimiento brusco e inesperado.

—Espera, es mi familia, y de ella me encargo yo, así que deja de darme órdenes, ya se perfectamente lo que debo hacer.

Alfonso, sorprendido por la fuerza con que lo agarró, lo miró con cara de desprecio.

—Está bien, pero no se te ocurra jugármela pequeña mariposa, o tendré que volaros los sesos a los dos.

Mientras, Martín, había conseguido llegar a la cima, desde allí arriba podía ver como un abrupto camino descendía en dirección al canal, desde lejos parecía verse la silueta que dibujaba el agua con el reflejo del sol, que escena tan bonita para morir, pensó.

Entonces, encendió el iPhone, comprobó la cobertura, la batería seguía al 2%

Una sonrisa iluminó su rostro, parecía que había algo de señal.

—Rápido, tengo que llamar a emergencias.

Marcó el número de emergencias, pero algo no iba bien, no había tono de llamada, la cobertura iba y venía, no era lo suficiente estable como para hacer una llamada.

El desánimo pudo con él, no sería capaz de escapar, miró a su alrededor, tan sólo tenía dos posibilidades, hacer frente o esconderse con la esperanza de no ser encontrado.

Caminó unos 50 metros desviándose del estrecho camino, andando sobre arbustos, las esparragueras, propias de aquel clima se clavaban en sus piernas, el dolor que le causaban era indescriptible, desgarrando su blanquecina piel.

De repente, paró en seco, un pequeño bellotero frente a él y al otro lado un barranco que cortaba el aliento con tan solo mirarlo.

El camino había llegado a su fin, barajó la posibilidad de esconderse entre aquel intento de árbol, pero era tarde, los dos hombres habían llegado a la cima y lo habían localizado, sin pausa, se adentraban por donde minutos atrás había caminado él entre zarzas y matorrales silvestres.

¿Cuánto tardarían en llegar a él, dos minutos, tres? Martín respiró hondo, cerró los ojos unos instantes y como si de diapositivas se tratara pasaron diversas escenas de su vida por delante.

Dicen que cuando uno está a punto de morir, inconscientemente repasa toda su vida, como en un intento de redimir nuestros pecados y poder marchar en paz y así ocurrió con Martín, de repente imágenes de su hermana siendo niña rondaron su mente, su madre acompañándolo al parque a jugar a la pelota, recuerdos que ya apenas recordaba, la imagen de Luis contando historias de miedo frente a una vieja locomotora de vapor cuando era niño le volvió a la realidad, alzó la vista y frente él los dos hombres que le perseguían le habían dado caza.

Durante unos instantes el silencio en aquella cima era dominante mientras los ojos se hablaban, unas miradas de miedo, rencor, odio y tristeza se intercambiaron.

¿Por qué estabas ayudando a ese hombre con un cuerpo enrollado en la alfombra?

Pedro Luis adelantándose, se situó al lado derecho de Martín, rompiendo a llorar.

—Yo... —titubeó antes de arrancar... —yo, verás, mi vida no ha sido fácil...

Martín, viendo el abatimiento de su padrastro se creció enérgicamente y continuó con sus incómodos reproches y preguntas.

—Te he querido como a mi padre, durante años, he intentado agradarte, no he querido solo ser tu hijo, siempre me he acercado a ti sufriendo tu rechazo, rechazo que mamá siempre excusaba en tu depresión ¿depresión o conciencia? ¡Dime! Porque por lo que veo este hombre te conoce

bien, esa confianza con la que te habla no es la de un extraño, ¿verdad?

Luis, enajenado, se abalanzó sobre su hijo gritando.

—¡Cállate por favor, calla de una maldita vez!

Las manos de Pedro apretaban con fuerza el cuello de Martin, que apenas podía tomar aire para respirar.

Los ojos, vidriosos por la asfixia se clavaron en Alfonso, quien parecía disfrutar la escena como un espectador, su rostro de satisfacción se hacía evidente mostrando una desagradable sonrisa con sus dientes tintados de nicotina.

De repente, en un último intento por sobrevivir, Martin le propinó una patada en los testículos, en un acto reflejo por liberarse de su captor.

Al ver Alfonso que Pedro soltaba su presa a la vez que se encogía de dolor, sacó su Parabellum y disparó sobre Martin, la bala atravesó el costado de Pedro, desviando la trayectoria e hiriendo en la pierna a Martin cayendo éste al suelo, al borde del barranco.

La situación parecía haber llegado al final, Martin estaba tendido en el suelo bajo aquel sol abrasador que ya apenas notaba centrando todo el dolor en las terminaciones nerviosas de la pierna herida, miró lo que pensó que sería la última vez a Luis, parecía estar inconsciente por el disparo, cerró los ojos y pensó en Daniela en un intento de despedirse de ella.

Con los ojos cerrados notó como el pie de Alfonso inmovilizaba un cuerpo ya rendido. No había escapatoria, era el fin.

En un último acto de valentía quiso mirar a su verdugo, cuando de repente, de manera inesperada, Luis, con el smoking manchado de tierra y sangre se abalanzó sobre Alfonso clavando la navaja que había llevado todo el tiempo escondida, la navaja que años atrás Martin le había regalado el día del padre.

Sin posibilidad de defenderse, Pedro Luis avanzaba con el cuerpo moribundo de su compañero hacia el borde del barranco.

—Esto tiene que acabar, Martin, perdóname.

Tras aquellas palabras se lanzó al vacío junto al que había sido su azote y compañero del clan de las mariposas.

Cuando Martin recobró el conocimiento, comenzaron a resonar unos pitidos que no tardaron en alertar a los sanitarios que entraron rápidamente en la habitación.

—Bienvenido Martin —dijo uno de los enfermeros.

—Por poco no la cuentas, el inspector Castillo va a querer hacerte unas preguntas, lo tienes ansioso en la puerta.

—Espere, por favor ¿cómo he llegado hasta aquí?

El enfermero, con un guiño al tiempo que dejaba la habitación...

—Dale las gracias a tu Apple Watch, mandó un SMS al 112 cuando detectó la caída. La tecnología te ha salvado la vida.

FIN

Carta al lector

Antes de nada, me gustaría agradecerle a los lectores por haber llegado hasta aquí. Para un escritor, una de las mayores alegrías es esa, ser leído.

Aprovecho para pedirles que, si les ha gustado esta pequeña novela, hagan una reseña ya que, si antes mencioné la mayor alegría, también les digo que la peor pesadilla es caer en el olvido, o como decía Zafón, caer en el cementerio de libros olvidados.

Siendo consciente de las carencias del texto, me gustaría matizar o puntualizar alguna cuestión. El libro fue diseñado bajo una estructura completamente diferente, ya que iba a estar centrado en un tema que, por cuestiones éticas abandono cuando llevo 2/3 del texto actual. Quedando una composición algo extraña, intento mantenerme lo más fiel posible al proyecto inicial dando por finalizado el libro, quizás algo excesivamente rápido, dando paso a una posible segunda parte donde centrarme en resolver alguna laguna y definir mejor los protagonistas en una nueva y trepidante historia.

Si les ha gustado, se les ha hecho una lectura amena, por favor, recuerden dejar una reseña. Gracias.

Libros de este autor

[El grito oculto](#)

Martin ha despertado en una cama de hospital, confuso por los acontecimientos, le cuesta creer lo sucedido.

Un nombre le atormenta. Su padrastro conocía al hombre que ha intentado matarlo, pero ¿dónde buscar las pistas que despejen sus recuerdos del pasado?

Inmerso en su búsqueda por la verdad, desaparece.

Daniela, su hermana, y el inspector Castillo se verán envueltos en una trama contrarreloj donde deberán encontrarlo. El tiempo apremia, un viaje de 24 horas transcurrirá lleno de contratiempos y peligros.

¿Llegarán nuestros protagonistas a tiempo? ¿Podrán vencer al mal?

El clan de las mariposas ha vuelto, y esta vez, están decididos a todo.

[El grito de las mariposas](#)

Finales de los 70, Viena. Isabella como todas las adolescentes de su edad tiene un sueño, el suyo triunfar en París con sus cuadros.

Una mala decisión pondrá su acomodada vida en un caos sin camino de vuelta.

Pasan los años y tras una vida truncada, nada la ata a la capital austriaca, entonces decide escapar con sus hijos a España en un desesperado intento huyendo de su pasado.

Una nueva vida, un nuevo amor pero...¿todo es como parece?

La historia de unos niños, cuya vida se transforma durante su estancia en un internado se entrelazará en una macabra historia llena de poder y riqueza donde todo estará permitido.

Asesinatos, chantajes... ¿qué precio tiene el poder?

Un thriller, un drama, una historia.